



Título: Carlos Pereyra: caballero andante de la historia

Autor(es): Quirarte, Martín

Fecha de publicación: 1952

Primera edición electrónica en pdf: 2023

ISBN edición impresa:

ISBN de pdf: en trámite

Forma sugerida de citar: Quirarte, Martín. Carlos Pereyra: caballero andante de la historia. Publicaciones del Instituto de Historia 29. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Historia, 1952.
<http://hdl.handle.net/20.500.12525/3312>

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México
Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

“Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)”



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución:
departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

"Rafael García Granados"

Biblioteca



FH 845



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

QUIRARTE, M.

CARLOS

PEREYRA

H F1234
.P44
Q85





INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

“PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE HISTORIA. NUM. 29”



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

M a r t i n Q u i r a r t e

CARLOS PEREYRA

Caballero Andante de la Historia



INSTITUTO DE HISTORIA
MEXICO, 1952



INTRODUCCION

Debo advertir que sentí desde mis años de colegial un profundo respeto por Pereyra. Cuando siendo estudiante de primero de Secundaria, y por primera vez en mi vida tuve en mis manos un libro de don Carlos —su *Breve Historia de América*— sentí que mis ojos se abrían a la contemplación de un mundo nuevo.

Aquello para mí equivalía a una revelación; no me atrevía a refutar lo más mínimo de la obra de mi nuevo maestro; es más, me parecía que sus juicios eran incontrovertibles. Cuando la inquietud me fué llevando de obra en obra, a través de todo el pensamiento de Pereyra, ya me había emancipado de mi primera convicción.

La carrera de Pereyra puede definirse como un anhelo constante de rectificación. Hombre de una honradez inmensa y de un desinterés ejemplar, dedicó media centuria a la investigación de la historia americana. La historia de América envuelta en un manto de fábulas, de prejuicios y de mala fe, fué rescatada en gran parte por don Carlos. ¿Pensó que a medida que los años pasaban su sentido crítico se afinaba más? Indudablemente esa ha de haber sido su íntima convicción.

¿Pero hasta qué punto Pereyra acertaba? Probablemente no hay en América un hombre que haya hecho un estudio más completo sobre el proceso histórico americano y la influencia de España y Portugal en los pueblos de Iberoamé-



I N T R O D U C C I O N

rica. Declaro ingenuamente que su *Breve Historia de América* es tal vez la mejor síntesis de historia que existe sobre el tema. Ahora bien, el hombre actuaba en el campo intelectual poniendo en el debate todas las energías de un combatiente. Era enemigo de la calma, no conocía el reposo ni la quietud de los contemplativos. Irguió sobre un terreno de prejuicios su soberana figura de caballero andante, en servicio de lo que él consideró justo. Pero Quijote al fin, humano, completamente humano, auténticamente hombre tuvo que haber incurrido en muchísimos errores.

Se había educado en México y vivió sus primeros años de historiador, respirando la atmósfera antiespañola del siglo XIX mexicano y de los principios del nuestro. Sin ser precisamente un adversario de España, tenía fuertes prejuicios contra su obra colonizadora. Pero descubría en medio de la niebla los perfiles de esa gran nación y empezaba a cantar su epopeya.

Cuando el hombre pasó a Europa, su hispanidad en ciertos evolucionó hasta llevarlo a la espléndida culminación en que lo vio el mundo culto. En su afán de restaurar lo que él creía lo auténticamente español, miró lo anglosajón a través de un prisma de prejuicios.

Y cuando el hombre abordó el tema de las biografías americanas, reivindicó figuras como la de Francisco Solano López y la de Manuel Rosas, pero parece no haberse sentido conmovido por la santidad laica y la grandeza de José Martí, por la excelsitud de Eugenio María Hostos y apenas si vislumbra los gloriosos destellos de la iberoamericanidad de Lucas Alamán.

De una gran sutileza en algunos tópicos históricos, don Carlos muestra una gran incompreensión en otros. Su crítica abordó con gran profundidad y extensión ciertos aspectos de la historia de América y de España, pero a través de toda su obra se notan lagunas enormes. ¿Esto menoscaba sus méritos de investigador? De ninguna manera. Actuó solo, completa-



I N T R O D U C C I O N

mente solo, en una obra de reivindicación, y era natural que hubiera sufrido no pocas equivocaciones.

Un día me dijo Vicente Magdaleno, que Pereyra en estricta justicia no era un historiador, sino un peleonero disfrazado de historiador. Tenía razón en parte, porque si don Carlos Pereyra tiene páginas que no hubieran deshonrado a un Leopold Von Ranke, en cambio a veces deja la pluma del historiador, para tomar la armadura del caballero andante y coger entre las manos el lanzón del combatiente.

¿Pudo alguien, abordando una tarea de las proporciones de la obra de Pereyra, haber incurrido en menos errores, haber sido más ponderado, más ecuaníme y ecléctico? Tal vez sólo hubo un hombre, el propio Pereyra, si no hubiera visto el fenómeno americano casi exclusivamente desde el mirador de Europa.

Para Pereyra no ha habido crítica serena, se le admira o se le odia, se le acepta o se le condena sin apelación. Tiene la enorme virtud de encender las pasiones del lector hasta el paroxismo y es preciso juzgarle colocándose por encima de toda bandería.

Hay una cosa singular: don Carlos es uno de los valores culturales universales que más se desconocen en su propia patria. En México no se le ha juzgado, sino que lo han prejuzgado. Y lo más grave es que admiradores y detractores, han contribuido a falsificarlo.

Hace falta entonces una obra que no sea un puro panegírico, pero que tampoco se concrete a la acumulación de reproches y dicerios. A los que frente al Pereyra de la madurez caen arrodillados en actitud admirativa, que no mira sino puros aciertos en sus aseveraciones, hay que recordarles las palabras de este hombre eminente cuando juzga a uno de los más grandes políticos de México: *“por su grandeza, merece investigaciones que hagan indemne su memoria a los intentos de adulteración histórica. Debe ser discutido antes de que su glorificación cristalice en formas de admiración mis-*



I N T R O D U C C I O N

tica". Y volviendo a Pereyra, cabe decir que precisa analizarlo, juzgarlo, ponderarlo, para que pueda ser valorado en toda su significación por muchos de los que ahora lo condenan sin someterlo a juicio.

No creo haber penetrado en todos los rincones de la obra de don Carlos, pero sí aspiro a juzgar a grandes rasgos aspectos fundamentales de su obra creadora. He llegado a pensar, si no sería conveniente esperar más tiempo para profundizar mejor en el tema que hoy doy a la luz acaso prematuramente ¿Pero después de algunos años de mayor investigación no llegaría quizá a la misma conclusión? ¿Mantendría la misma inquietud que hoy siento por el tema?

Si sobre su vida en México me faltan no pocos datos, ¿qué podría decir de su existencia en Europa y particularmente en España, yo que nunca he salido de mi país. Entiéndase claro, que si no ahondo todo lo que debiera desearse en el tema, no es por falta de entusiasmo sino por una imposibilidad que de momento no puedo vencer. Tal vez algún día pueda iniciar una obra de revisionismo más exacta sobre don Carlos Pereyra, y seguir sin precipitaciones la huella de su paso por América y Europa.

Finalmente quiero advertir que no acepto esa posición crítica, que pretende juzgar a los hombres, emancipándolos del movimiento social en el cual actúan. Dentro de las limitaciones de la documentación que está en mis manos, aspiro a tratar a Pereyra en relación con el medio cultural, político y social que respiró. Es más, lanzo no pocas miradas retrospectivas hacia épocas anteriores a su tiempo, porque sólo así se puede explicar de una manera cabal, su conducta de hombre y de historiador frente a sus contemporáneos.

Históricas Digital

“La iniciación de una gran vida”

p. 5-16

Martín Quirarte

Carlos Pereyra. Caballero Andante de la Historia

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1952

214 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, 29)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/026/Carlos_Pereyra.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA INICIACION DE UNA GRAN VIDA

Don Miguel Pereyra Bosque es padre de una familia compuesta de tres hijos: Carlos, Miguel y Josefina. Pero es un hombre de condición económica modesta, ¿podrá dar a sus hijos una educación tal que los haga personajes de primera importancia? *

Nadie sabe en el mundo su destino. Creemos nacer para una cosa y la vida nos lleva por rutas que no sospechábamos. A veces nuestras ambiciones se ven sobrepujadas y en otras ocasiones el tiempo convierte en irrealizables nuestros más caros anhelos.

¿Pudo haber pensado siquiera don Miguel Pereyra padre, el espléndido porvenir que le tocaba vivir a su hijo Carlos? Y éste en sus primeros ensueños de poeta, ¿podía creer que un día su disciplina de sociólogo cortaría las alas de su fantasía, para hacer de él uno de los más grandes historiadores de nuestra época? Lo que indudablemente sabía don Miguel, era que en México como en el resto del mundo de habla española, un hijo del pueblo podía escalar el poder supremo, ser el mejor poeta, el más grande historiador o el más insigne educacionista.

Un indio de raza pura, Benito Juárez, al nacer Carlos era presidente de México. Otro indígena que se llamaba Ignacio Manuel Altamirano dirigía hacia esa misma época uno de los movimientos literarios más importantes que haya sentido el país. En Argentina un plebeyo como Domingo Faustino Sarmiento, después de haber sido el más brillante pedagogo de su país, subía al primer rango político de su Patria.

* Don Carlos Pereyra nació en Saltillo, Estado de Coahuila, el 3 de noviembre de 1871. Fueron sus padres don Manuel Pereyra Bosque y doña María de Jesús Gómez Méndez.



P R I M E R O S V U E L O S

Que don Miguel Pereyra hiciese estudiar a sus hijos era lo importante, lo demás lo diría el tiempo.

Don Carlos fué educado primeramente en un colegio de jesuitas. El Ateneo Fuente de Saltillo lo hizo más tarde bachiller. Finalmente la Escuela de Jurisprudencia le dió el grado de licenciado en derecho.

Habiendo hecho su educación en su patria, Pereyra tenía que recibir el influjo de aquella cultura positivista y afrancesada, que Justo Sierra representaba como su máximo exponente. Por otra parte, el antiespañolismo se respiraba en el ambiente, pero ya se intentaba en lo espiritual y lo literario un acercamiento a España, y precisa confesarlo que en este aspecto de reivindicación de lo hispano, don Justo fué uno de los más nobles y desinteresados paladines.

¿Cómo fué la existencia de don Carlos como estudiante y como escolar? Hay pocos datos al respecto. El autor de estas líneas deplora no haber ahondado lo suficiente sobre esta etapa de la vida de don Carlos, como se lamenta también de no haber podido hacer un trabajo más extenso y profundo sobre el tema que aborda. Hay por otra parte en la vida de Pereyra algo que lo singulariza; jamás le gustó hacer ostentación de su yo, con una gran modestia pocas veces habló de él mismo. Podrían aplicarse a su conducta las mismas palabras que el propio Pereyra usó para definir la vida de Humboldt: “no nos aplastó con su grandeza, tuvo el supremo buen gusto de pasar por la vida sin solemnidad”.¹ Si hubiera escrito un diario qué preciosa documentación se tendría para juzgar mejor su vida.

¿Habría en la existencia del estudiante inmenso drama? Posiblemente no. Naturaleza enérgica, voluntad de acero nervios fácilmente conmovibles; parece que todo esto se aglomeraba lenta y tenazmente para producir futuras ebulliciones intelectuales.

¹ Carlos Pereyra, Humboldt en América, pág. 11.



INICIACION DE UNA GRAN VIDA

Pero la historia provinciana recuerda un hecho. Hubo un tiempo en que un gobernador de Coahuila que se llamó *José María Garza Galán* consumió grandes atropellos. La juventud estudiosa se puso en movimiento para pedir al gobierno federal la deposición del funcionario. Pereyra formó parte del estudiantado rebelde y junto a él estaba un hombre que años más tarde tendría gran resonancia nacional: don Venustiano Carranza.

Una vez caído Garza Galán, parece que Pereyra no toma parte activa en la política de su estado natal.

Pasan algunos años y lo vemos en México graduarse como abogado. Pero no piensa en que su formación cultural es completa. Los esfuerzos que hizo por superarse fueron considerables. Ese hombre que empieza a reunir con gran tesón los elementos con los cuales construiría sus futuras obras históricas, ¿no ha tenido los sanos entretenimientos de una vida romántica? Me pregunto si nuestro caballero andante allá en el hondón de su ser no tendría un espacio para una Dulcinea. Es un joven de 27 años que se compromete con tareas que hasta por hombres en plena madurez no serían cumplidas. ¿Tendrá tiempo para enamorar mujeres como lo hacen los jóvenes de su edad? Indudablemente no, pero su corazón está profundamente enamorado. Sí, él tiene su Dulcinea del Toboso, pero no es “una moza labradora” como diría Cervantes, refiriéndose a la inspiradora de don Alonso Quijano el Bueno. El Quijote moderno ha fijado su mirada amorosa en una mujer que será una de las glorias literarias más notables de México y de América, dotada de una sensibilidad estética que la llevaba a adorar la música con la misma intensidad que la poesía.

Aquel prodigio de feminidad se llamaba María Enriqueta Camarillo.

Don Carlos y doña María Enriqueta eran vecinos. Pereyra prestaba los libros a la mujer de sus ensueños, pero sus labios no se abrían, no pronunciaban un “yo te amo”. La doncella tenía un novio que consideraba una encarnación de Otelo,



P R I M E R O S V U E L O S

cuyos celos le producían disgustos aun cuando ella no daba motivo para que los tuviera. Pero un día aquella situación se transformó. Don Carlos pidió al padre de doña María Enriqueta la mano de su hija, siempre y cuando la joven aceptara en ser su esposa. La doncella no vaciló en decidir el destino de su vida. Dejó a su Otelo con su desesperación, sus celos y su despecho.

Don Carlos, naturaleza enérgica, volcán de pasiones, y carácter inconforme ¿podría avenirse con el temperamento seráfico y el candor de doña María Enriqueta? La gran poetisa veracruzana no se puso a dialogar con su razón, sino a platicar con el sentimiento, y precisa confesar que no se equivocó en su decisión. Aquel matrimonio ejemplar vivió 44 años, venciendo mil adversidades y sufriendo en muchas ocasiones toda clase de privaciones. ¿Cuántas veces el carácter dulce de doña María Enriqueta calmaría los arrebatos de ira de don Carlos?

Para las grandes tareas es preciso unas veces renunciar al matrimonio como lo hizo Humboldt. Hay hombres que no habiendo aceptado el celibato eterno descuidan su hogar, subordinando sus deberes de familia al imperativo supremo de su conciencia, como lo hizo Martí. Otros, que no son menos excelsos, a pesar de sus obligaciones de familia, porque tienen una mujer excepcional que lejos de impedirles cumplir con un deber supremo, los empujan y los siguen, aun en los momentos más dramáticos de su vida; son así capaces de realizar tareas gigantescas. A estos últimos perteneció Pereyra, por eso su gloria está íntimamente ligada al recuerdo de esa mujer ejemplar.

Tal era el sencillo drama amoroso que se enseñoreaba de una parte de su alma. No de todo su ser, porque éste iba a consagrarse a preocupaciones altísimas, más allá de sus satisfacciones puramente personales.

Una de esas obsesiones era la dedicación al estudio de la historia, que lo hacía pensar que cuando expresara su men-



INICIACION DE UNA GRAN VIDA

saje produciría una gran revolución espiritual. Era un revisionista, que intentaría desde sus primeros vuelos, emanciparse de la corriente histórica aceptada por la generalidad.

UN PROVINCIANO UNIVERSAL

¿Cuál fué la obra príncipe de Pereyra? El primer ensayo salido de su pluma, para don Artemio de Valle Arizpe es la *Historia de Coahuila*. Este trabajo, del cual en nuestro tiempo sólo se conservan fragmentos (inéditos aún), fué rescatado de una total destrucción por las manos piadosas del Sr. Valle Arizpe.

Revisando papeles pertenecientes a un familiar de Pereyra, don Artemio encontró cuartillas de la historia de don Carlos en notable descuido, además de incompletas. Procedió a transcribirlas del original, y una copia de esta transcripción pasó a poder de don Vito Alessio Robles. De esta última hice yo a mi vez otra copia, que conservo en mi poder. Es necesario advertir que el propio Pereyra, jamás negó la paternidad de la obra.

Don Vito Alessio Robles y don Artemio de Valle Arizpe, no están de acuerdo en la fecha en que tal obra se produjo. Mientras el primero fija el año de 1906, casi como incontrovertible, don Artemio sostiene que la escribió hacia 1898. De ser cierta la fecha que dice don Artemio, quedaría comprobado que la *Historia de Coahuila* es la primera obra que escribió D. Carlos.

Conviene situar el trabajo de Pereyra, dentro de la bibliografía histórica de las Provincias Internas, en el lugar que le corresponde por su calidad. La historia de Coahuila, como todas las historias de los Estados del norte de México, apenas si está tratada. Podría decirse que son tres las obras históricas escritas sobre Coahuila. La primera es más bien una crónica escrito por el P. Fuentes.²

² Inédita aún.



P R I M E R O S V U E L O S

La segunda fué hecha por Pereyra, y es, con todas las deficiencias que pueda tener, una obra solidísima por lo que se refiere a los puntos de vista sociológicos que contiene. Don Vito Alessio Robles, mira en ella la mejor obra salida de la pluma de Pereyra, acaso seducido por los espléndidos pasajes líricos de esta historia y tal vez ofuscado por el prejuicio provinciano. Sin embargo, señala que allí campea más el poeta que el historiador. La apreciación es un tanto injusta, porque la severidad histórica no quedó subordinada en favor de la poesía. Y no podía quedarlo, era un rasgo distintivo de Pereyra el inmolarse a veces la belleza literaria en aras de la erudición histórica. Defecto o virtud, fué un hábito que no lo abandonó nunca.

Pero dando a don Vito el elogio que merece, por su noble dedicación al servicio de la historia del Norte, y de una manera muy especial a la de Coahuila y Texas, hay que reconocer que lo publicado por él, es lo más sólido que se haya escrito hasta nuestros días sobre ese tema.

Precisa sin embargo mirar con más análisis el asunto. Don Carlos Pereyra incurrió en errores no sólo de detalle, sino de concepto gravísimos, en esta obra. Hay que tomar en cuenta que tal trabajo, fué probablemente fruto de un año de investigación y hecho en plena juventud. La *Historia de Coahuila* de don Vito Alessio Robles, es culminación de unos treinta años de continua investigación. Don Vito, sugestionado poderosamente por el lirismo pereirista, escoge y transcribe en sus libros, algunas de las páginas más arrebatadoras de esta obra inédita. Pero no sólo esto, sino que la poderosa vena crítica de Pereyra, influye de una manera ostensible y a veces inconsciente en sus apreciaciones históricas. Es claro que esta influencia está plenamente justificada. Hay juicios críticos de Pereyra en esa historia, que son de una fineza tal que no desmerecen de los emitidos en los momentos más acertados de su madurez intelectual.



INICIACION DE UNA GRAN VIDA

Dominado entonces Pereyra por hondos prejuicios antiespañoles no reniega sin embargo de Cortés, no rebaja sus méritos de gran Capitán.

Resulta el extremeño autor de una proeza “inimitable aun para el mismo Cortés... Sin embargo él, como sus secuaces no se mueven por una insana y pueril pasión de aventura... Su movilidad tenía una causa, su inquietud un fondo inmutable y serio, Cortés, como él sus compañeros, no era un fantaseador. Bordaba en un cañamazo de tosca trama con hilo recio aunque de oro. No daba puntadas en falso, porque una conquista no se hace con el espíritu ausente de los soñadores”.

Desde entonces queda trazado el perfil del caudillo español que entregara un mundo a Carlos V, y que en cambio de ese mundo que gana con la punta de su espada, no recibe una recompensa equitativa: “porque (Cortés) pobre, desconocido y condenado como desleal, hizo al primer monarca de su siglo un presente digno de él... Sin embargo muere pobre para su rango”.

Frente al virrey de Mendoza resulta injusto Pereyra. Lo presenta como el hombre que olvida “sus oficinas, sus expedientes y sus responsabilidades, para correr hacia los desiertos y capitanear nuevas conquistas”. Yo no pretendo hacer del virrey un santo, pero la estela que deja Mendoza en su gobierno, es uno de los mayores claros en la Historia de México colonial. Años más tarde, Pereyra mismo rectificará su juicio sobre Mendoza.

Ya desde este tiempo no es el historiador saltillense un hombre que se encierra dentro de un marco de provinciano. Por su “Historia de Coahuila” desfilan Magallanes, Elcano, Coronado, Narváez, Pizarro, Cortés. Los hombres marchan a través de las soledades del Pacífico dando la vuelta a la esfera terrestre, o en busca de un paso que comunicara el mar del Norte con el mar del Sur. Por el Golfo de México las naves atraviesan arrogantes. Una expedición trágica dirigida por Narváez, tiene como epílogo la travesía de un continente.



P R I M E R O S V U E L O S

Consecuencia de esta travesía: la leyenda de las siete ciudades. Las expediciones se multiplican a porfía, en busca de la Quivira, en busca de la Cibola. Luego se desvanece la leyenda... Toda la emoción de aquellos aventureros, todo el esplendor de sus proezas, pasan magistralmente pintados por su pluma. Allí se encuentra en germen el futuro americanista, el hombre que no habrá de concretarse al puro estudio de un país, sino que proyectará su investigación por todos los ángulos del cuadro americano.

Severo como es para Nuño de Guzmán y su séquito, el retrato que de ellos hace es de una gran exactitud:

“El rapaz y cruel Nuño de Guzmán salió de México a la Nueva Galicia, se fueron con él, ciento cincuenta individuos, que descontentos de las leyes puestas en vigor para contener el lujo excesivo en el vestir, formaban la mejor materia prima de aquella tropa de bandoleros que tan magistralmente desarrollaron las artes del robo y del asesinato contra blancos e indígenas”.

Emparentándose espiritual y estéticamente con Justo Sierra, piensa que Heredia en su soneto “Les Conquerants”, ha hecho el mejor de los “cuadros de la ambición española en el siglo XVI”.

Conviene presentar el juicio que entonces Pereyra, formuló sobre el conquistador español:

“El Conquistador viene a sentar sobre lo ya establecido su dominio; no vive de su industria sino de un tributo; trae leyes o las recibe de la metrópoli. Es agente de un Estado y obra en una esfera política. Pero al Conquistador le ha dicho el Estado: “Si guardas ciertos remilgos de religiosidad, vive del indígena, explótalo como dueño, como amo, como capitalista. No es necesario que trabajes con tus manos ni con tu inteligencia. En cambio en esos países híbridos, en que vas a crear el régimen somnolente de las castas, no deben adelantar porque he rseuelto que no exporten sino metales preciosos”.

Falso era que los conquistadores fuesen portadores de per-



U N P R O V I N C I A N O U N I V E R S A L

misos y encargos de tal naturaleza concedidos por el Estado. Ni el Consejo de Indias, ni los monarcas españoles habían hecho tal pacto con éstos. Por otra parte no existía el propósito preconcebido de estorbar el desenvolvimiento de las nuevas sociedades, el progreso de países recién formados en América.

Luego en el norte de Nueva España la fisonomía de la conquista cambia de aspecto, “allí acaba el encomendero y principia el soldado presidial,² el tipo del conquistador se atenúa, si no desaparece y entra en acción el colono industrial que cultiva su suerte”.

Corren por las llanuras capitanes y soldados, son hombres sin miedo a la justicia. Pero a pesar de todo, surge el tipo del caudillo superior que es “un ambicioso que con su elevación moral y divorciándose de la canalla de que formaba parte, impone su autoridad aunque para ello tenga que pisar los cadáveres de sus cómplices de la víspera. El bandido se hace general, y el general gobernante, y gobernante es el nuevo hombre que se revela en actos de energía y prudencia”. Tal es el caso de un Ibarra. En cuanto a cada soldado anónimo podría decirse que “es el de la capa al hombro hoy, propietario mañana, minero después y por fin hombre de arraigo, carne de fiera y racimo de árbol”.

Los indios del norte de Nueva España casi fueron exterminados. Ahora bien, sobre esta exterminación Pereyra emite juicios contradictorios. Tratándose de una obra inédita precisa transcribir sus puntos de vista:

“Era inútil el empeño de emplear fundentes para reducir a los Chichimecas; pero D. Luis de Velasco no podía ni estaba obligado a saber que el paso del período en que el hombre vive de la captación de productos espontáneos y de la caza y pesca al período agrícola, es una transformación tan dolorosa e inconcebible para el hombre primitivo que no se resigna a ella sino bajo el imperio de una necesidad ineludible. D. Martín Enríquez, más penetrante en esto que D. Luis de Velasco decía al Conde de la Coruña que con los Nómadas del norte, no



P R I M E R O S V U E L O S

había más recurso que exterminarlos a sangre y fuego. Era cosa muy dura reconocer como una verdad la cruda advertencia de Enríquez, y el hijo de aquel padre de la Patria que con osada mano dió libertad a ciento sesenta mil esclavos, el imprudente y bien intencionado gobernante que meditando el bien causó graves males con la reducción de Indios Montaraces a pueblos. . . era más hombre de piedad que de gobierno, para guiarse por la cinica frase de Enríquez que ha informado y dirige aún la política de los gobiernos, coloniales e independientes de México, en sus relaciones con los pueblos bravos.

Sólo por una falta de buen sentido corren como legítimas las censuras contra los ingleses de Norte América, presentando su conducta exterminadora en contraste violento con la política paternal de España. Esta fué tan exterminadora como Inglaterra cuando encontró pueblos hostiles, y aún en casos en que los Ingleses hubieran usado de toda su clemencia, pues fue a veces exterminadora de indios sedentarios y mansos. Los criollos y mestizos que formamos la familia oficial, recibimos directamente o de rechazo, mil agravios de España; pero todo nuestro resentimiento contra ella no nos impide cometer las mismas injusticias que cometía el conquistador con el indígena, sobre todo con el bárbaro e insumiso, que no es casi siempre un irreducible feroz sino un exasperado que con su bravura nativa prefiere la muerte en los montes a la infame flagelación en las haciendas”.

Como treinta cuartillas más adelante así habla:

“ . . . Todos estos infortunados salvajes, tenían dos vínculos de unión, que se manifestaban salvando distancias enormes; el disimulo pérfido, propio del ser que se siente inferior e incapaz de lucha abierta, que era la forma de sus tratados de alianza perpetua y el interés común, que tenía como objeto vivir del español, de sus simientes, mientras estaban en paz en las misiones, y de sus mercancías cuando se lanzaban a asaltar arrieros en los caminos reales. Cuando estaban en condiciones favorables, sometíanse y vivían del maíz que se cosechaba en la reducción; pero el salvaje no puede resignarse



U N P R O V I N C I A N O U N I V E R S A L

al trabajo agrícola e industrial. O muere o se rebela. Esto era lo que hacía”.

El celo excesivo de los frailes y los abusos de la soldadesca los irritaban a veces, de todos modos, su estado moral era el de la violencia contenida, ...huían furtivamente unos, otros asesinaban o robaban, otros se alistaban a las órdenes de un jefe prestigiado... a veces no se rebelaban pero conspiraban; estos conspiradores eran los más temibles y servían de correos entre los que peleaban a mano armada y los que secretamente auxiliaban a sus hermanos... Todo caballo robado, toda arma de fuego o blanca, arrancada de mano de los españoles, muertos por los indios, eran prontamente puestas a buen recaudo en lugar seguro, y más tarde empleadas con centuplicado poder destructor... El comercio de los tejanos y de los franceses en la Luisiana y las depredaciones cometidas al Sur del Bravo, eran dos canales, que enriquecieron el efectivo de armas y caballos con que iban a precipitarse algunos años después los indios más aguerridos, apaches y comanches hechos unos mitológicos centauros, al sumar en sus organismos la infalibilidad y la ferocidad destructora de los instrumentos que la civilización ponía en sus manos”.

Continúa la pormenorizada narración de los choques entre los indios salvajes y los españoles, finalmente dice Pereyra:

*EN UNA GUERRA EXTERMINADORA PERO LEAL
POR PARTE DE LOS ESPAÑOLES.*

Analizando: Si la medida dada por Velasco no era oportuna, ¿entonces podía serlo más tarde? El mismo Pereyra dice en seguida que pasado algún tiempo, después del intento de colonización con tlaxcaltecas, los indios bárbaros guardaban las mismas condiciones de rebeldía y ferocidad. Velasco, “hombre de piedad más que de gobierno había sido un imprudente”, ¿quiere decir entonces que justifica el pensamiento de Enríquez? Ahora bien, “si el paso del período en que el hombre vive de la captación de los productos espontáneos, y de



P R I M E R O S V U E L O S

la caza y la pesca al período agrícola, es una transformación tan dolorosa e inconcebible para el hombre primitivo que no se resigna a ella sino bajo el imperio de una necesidad ineludible”, ¿cómo puede afirmar luego, que “el bárbaro no es siempre un irreductible feroz? Por otra parte cree que aquella guerra de exterminio era “leal por parte de los españoles”. ¿Cómo se resuelven estas antinomias? Yo me explico todo esto, creyendo que ya había entonces en el pensamiento de Pereyra los gérmenes de su futura transformación. Hay todavía titubeos, el sociólogo y el sentimental romántico, se disputan la preeminencia del historiador.



UN CRITICO FRENTE A UN DEMOLEDOR

Fué el porfirismo uno de los períodos más fecundos para la investigación histórica. Hubo en esta época hombres de la categoría de don Manuel Orozco y Berra, que escribieron colocándose por encima de toda pasión política.

Bien es cierto que la misma naturaleza de las obras publicadas por don Manuel Orozco y Berra, coadyuvaba para que su autor se mantuviese en un plano de equilibrio. Pero no era factor deleznable, para lograr una posición tan ponderada, la probidad misma del exímio escritor. Hombre de un gran decoro en todos los órdenes de su conducta, hacía contraste con la disparatada manera de actuar de personajes como don Genaro García.

En este último habría que ver un aspecto favorable y uno negativo. México debe agradecerle el haber contribuido con su gran actividad, a la publicación de archivos y documentos de inestimable valor para el conocimiento de la historia de México. Pero le tendrá que censurar su mala fe de crítico, al juzgar ciertos aspectos de la historia.

Pero sus mismos pecados se le perdonan, cuando se considera, que si bien había algo de perversidad dentro de su alma, era su ingenuidad infantil el elemento predominante en sus juicios.

Un tanto emparentado espiritualmente con Guillermo Prieto, Genaro García era en cierto modo, un continuador de don Carlos María de Bustamante. Embusteros y poco escrupulosos estos tres hombres, escribían con el propósito de conmover la imaginación popular.



P R I M E R O S V U E L O S

Los contemporáneos de Bustamante, como Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora, Lucas Alamán, incomparablemente superiores por su talento, y que más de una vez se mantienen en el más puro plano de serenidad y ecuanimidad, fueron sin embargo fundamentalmente escritores subordinados a determinado credo político. Yo no quiero condenar a quien dominado por la más honda pasión política, escribe un libro de historia, dentro del cual —acaso contra las reglas mismas de la ciencia histórica— defiende a todo trance sus preferencias o ataca sus antipatías. Muchos historiadores del siglo XIX y albores del presente, fueron más bien hombres de acción que de pensamiento. Debemos respetar su actitud, pero precisa juzgar desde la perspectiva de nuestro tiempo.

Ahora bien, el Porfirismo es una época de paz que anheló armonizarlo todo, que sincretizó doctrinas que parecían inconciliables. Permitió a ciertos historiadores de esa época, lograr una fineza analítica profunda.

Frente a un grupo de gente que escribía la historia, escondiéndose detrás de una falsa erudición estaban los que desde la más alta posición filosófica y científica, aspiraban a construir obras emancipándolas del sectarismo tradicional.

Si había gentes como Genaro García, Guillermo Prieto y Pérez Verdía, que no sentían ningún escrúpulo en publicar fábulas con el carácter de verdades incontrovertibles, no faltaba quien pudiera notarlo, y utilizara las armas de la ironía más fina para desprestigiarlas.

Un hombre resume toda aquella inconformidad contra la impostura histórica, denunciante de falsedades, destructor de hipérboles, su obra demoledora es uno de los esfuerzos más loables hechos durante el Porfirismo, para depurar a la historia patria de las nieblas en que la habían envuelto la pasión política o la ignorancia.

Pero este hombre que se llamó Francisco Bulnes, desgraciadamente construyó también sofismas y fabricó hipérboles tan graves, que sólo pueden compararse con las imposturas por él derribadas. Profundo conocedor de las debilidades y erro-



UN CRITICO FRENTE A UN DEMOLEDOR

res de ciertos escritores mediocres de su tiempo, supo herirlos con golpes certeros. Pero cuando delante de él se levantaba un gran talento, de esos que es difícil derribar de un solo tajo, el hombre tuvo el cuidado necesario para no lastimarlo. Conocido ampliamente como tribuno y como escritor, aparece sin embargo hasta 1904 con su primer libro polémico intitulado: *“Las Grandes Mentiras de Nuestra Historia”*.

Aquella obra fué el toque de atención, era el principio de una polémica de grandes vuelos, en que tomarían parte figuras de gran significación.

De momento Bulnes había dirigido su mirada analítica, para estudiar unas dos décadas de la historia de México. Tres aspectos fundamentales toca la obra de Bulnes: la expedición de Barradas, la campaña de Texas y la primera guerra con Francia.

Don Fernando Iglesias Calderón apareció en escena con sus débiles ataques y la flaqueza de su dialéctica, aun cuando mostrando con su adversario una cabellerosidad innegable. Mas don Francisco se reía de aquel rival, aunque manifestara publicamente que reconocía en él, a un hombre que sabía combatirlo desde un plano de altura y de decencia.

Para refutar a Bulnes, era preciso un dialéctico y un escritor de su misma dimensión. Pereyra fué ese hombre y peleó en una forma tan serena, tan valiente y tan caballeresca, que ni don Justo Sierra al atacar más tarde a Bulnes, lo haría con mayor respeto.

Pereyra estaba profundamente convencido de lo difícil que resultaba acercarse a Bulnes sin prejuicios. Era indispensable “examinarlo con lentes, escudriñarlo con pinzas, y pesarlo en balanzas de precisión”³

Como punto de partida, fija Pereyra la imposibilidad de que puedan existir “las grandes mentiras de la historia”.

“En puridad, podemos decir las verdades de la historia y nunca las mentiras de la historia, como podemos decir: Las verdades de la química y no las mentiras de la química.”

³ Carlos Pereyra, De Barradas a Baudin, pág. 3.



P R I M E R O S V U E L O S

...El legendario Carlo Magno que en una sentada se comía medio carnero y aun tenía apetito para golosinas de menos sustancia; el Rolando que de un tajo hendía una montaña y cuya trompeta de marfil se oía a tres leguas de distancia; el Cid batallador que ganaba ya muerto una batalla; la Quivira y Cibola fabulosas de Fray Marcos de Niza y de Cabeza de la del Mio Cid, ni la de Cibola y Quivira. No está integrada por estas mentiras; al contrario, las analiza y disuelve. Se me dirá que en un tiempo fué verdad histórica la leyenda del Cid. Sí, y en un tiempo fué química el pandemonium de los alquimistas; pero cuando lo que se creía verdad llegó a considerarse como un error, éste dejó de formar parte de la ciencia.

Pero si se rebela contra el indebido título de la obra de Bulnes, reconoce en cambio que hasta cierto punto se justifica que declare que los libros de texto históricos de su tiempo, están plétóricos de falsedades.

Como secundando a Bulnes en una campaña depuradora, lanza serios ataques contra gentes como Pérez Verdía y Gregorio Torres Quintero, por “su falta de respeto a la cultura de su siglo”. Pero en cambio declara que México contaba con obras de historia tan sólidas como las producidas por Alamán, por Agustín Rivera, por Alfredo Chavero, por Manuel Orozco y Berra.

Pereyra sigue con supremo cuidado y gran interés el desarrollo del pensamiento del autor de “*Las Grandes Mentiras de Nuestra Historia*”. Por momentos analiza con una frialdad de laboratorio, pero le es imposible sustraerse de cuando en cuando a la posibilidad de caer en los brazos de la emoción patriótica. Más aún, el hombre se lamenta de que dentro de la obra de Bulnes no se hable de la patria en términos claros y precisos:

“Y la Patria misma, ¿qué es, en dónde está? No en el libro del Sr. Bulnes, por el que pasa ignorada o desconocida. No

⁴ De Barradas a Baudin, ob cit., págs. 9 y 10.



UN CRITICO FRENTE A UN DEMOLEDOR

*niago, entiéndase bien, que el señor Bulnes sienta con intensidad el amor patrio: en muchos de sus escritos, habla emocionado y elocuente, el patriota devoto. A nadie imputaré, sin razones muy sólidas, falta de amor patrio, y menos a quien, como el Sr. Bulnes, consagra a México sus fecundas vigiliás, las fuerzas de su espíritu genial y una elocuencia conmovedora y generosa. Lo que niago es que el señor Bulnes nos muestre a la Patria viviendo en la Historia”.*⁵

En donde Pereyra demuestra tener mayor caudal de documentación histórica, es en la parte relativa a la campaña de Texas. Nadie después de él ha podido superarlo en la comprensión de este tema, con excepción de Vito Alessio Robles. Buen hijo de Coahuila y buen mexicano, don Carlos supo escudriñar el tema con el más alto respeto a la verdad y con el mayor cariño, aun cuando al igual que a don Vito Alessio, le hubiera acontecido que terminaba de escribir alguna página con la ceniza de la amargura en los labios. Y es que en el caso de Texas, por lo que se refiere a los mexicanos, “hubo hombres pequeños para infortunios en que eran necesarios corazones de heroísmo clásico”.⁶

Pero si a través de su libro *De Barradas a Baudin*, Pereyra es el polemista que persigue incansablemente a Bulnes, el hombre nos ha dejado sin embargo algunos de sus fragmentos afirmativos más brillantes y sólidos. Treinta o cuarenta años más tarde, Pereyra se olvidaba por desgracia de muchas de estas páginas, que constituyen algunos de los mejores párrafos que haya escrito en su vida.

Para don Vicente Guerrero y para don Manuel Mier y Terán tiene uno de los elogios más hermosos y justicieros que se les hayan tributado. Sin adulaciones y con supremo decoro, el retrato que de ellos hace es de una gran fidelidad:

⁵ De Barradas a Baudin, ob. cit., pág. 21.

⁶ De Barradas a Baudin, pág. 212.



P R I M E R O S V U E L O S

...“El brigadier veracruzano (Santa Anna) jamás pudo levantarse a las cimas luminosas del heroísmo razonador de Mier y Terán, ni sentir el fuego del patriotismo de Guerrero, elemental como el instinto y puro como sus enhiestas montañas. En éste había demasiada honradez campesina para contentar los apetitos de la baja democracia, y el primero no podía, en su alta dignidad de pensador solitario, consentir que se le hablase de privilegios condenados por la razón humana”.⁷

Pero juzgar a Guerrero y a Terán, no es tan difícil como emitir un juicio certero sobre Antonio López de Santa Anna. Lucas Alamán, Justo Sierra y Francisco Bulnes en el pasado, en nuestro tiempo don Vito Alessio Robles, don José Valadés y don Rafael F. Muñoz, son los únicos hombres que han podido igualar sus juicios sobre Santa Anna, a los certeros brochazos con que Pereyra supo magistralmente pintarlo:

“Todas las fuerzas elementales, que han pugnado en nuestra historia, tuvieron en los actos de Santa Anna, su anuncio precursor. Esto se explica; no es una mera fantasía literaria, todo anhelo, todo apetito, en una sociedad desquiciada, se hace facción, y la facción necesita de un hombre depravado y activo. Este hombre era Santa Anna, y lo era siempre, porque en treinta años nadie le superó en sensibilidad para conocer y en actividad para seguir la corriente tumultuosa del día. Era el barómetro de las agitaciones nacionales. Después de cada naufragio, cuando parecía zozobrar irremisiblemente, se alzaba de nuevo para ser el deseado, el salvador de los pueblos.”⁸

JUARISMO Y ANTIJUARISMO

Bulnes no se arredró ni ante los débiles ataques de un hombre como Iglesias Calderón, ni ante la vigorosa dialéctica

⁷ De Barradas a Baudin, ob. cit. pág. 46.

⁸ De Barradas a Baudin, ob. cit., pág. 47.



J U A R I S M O Y A N T I J U A R I S M O

de Pereyra. Don Carlos por su parte continuaría con brillante resultado, su duelo caballeresco contra Bulnes. El momento era propicio, el centenario de Juárez iba a dar lugar para una gran batalla intelectual.

Si se considera que el Porfirismo está muy cerca de la guerra de Reforma y del Imperio, se explica fácilmente por qué los escritores de aquel régimen, escribían con la pasión misma que movió a los protagonistas de esta magna lucha. En el momento álgido de la guerra de Reforma, y en el momento dramático en que la República iba a hundirse definitivamente, frente a un trono que parecía consolidarse, el barco en que navegaba Juárez no sólo era azotado por el oleaje de los enemigos de la causa que defendía. Liberales como González Ortega, Aguirre y Altamirano, eran de los que no ocultaban sus antipatías para el presidente oaxaqueño. Consolidada la República, la reyerta contra Juárez tomó las proporciones de que ya hablé anteriormente. Muerto este presidente, los odios que sentían contra él algunos liberales, se atenuaron.

El año de 1904 era el decisivo para la personalidad intelectual de Bulnes; iba a ser el de su consagración. Un sentimentalismo romántico trazaba desmesurados cuadros de historia sacados de un molde de novela. Ante el criterio de la historia legendaria, los hombres bajaban como ángeles para cumplir una tarea divina; no se entendía que la historia para poder ser tal, necesita hablar del grande hombre como formando parte de un engranaje social; los directores de pueblos participan de los vicios y defectos, así como de las virtudes de los conglomerados sociales a que pertenecen. Ante las apreciaciones de hombres como Anastasio Zerecero y Angel Pola, Juárez era un hombre todo rectitud, todo fe y todo entereza. Ninguna vacilación habíase presentado en el curso de su carrera política. Una sólo mácula era imposible que empañase su frente. En realidad no había salido el libro suficientemente sólido, que hablase sobre el referido presidente y su tiempo.

Bulnes, llevado en gran parte por el afán de contrariar la



P R I M E R O S V U E L O S

creencia común, y de hiperbolizar sus puntos de vista para mejor convencer o para reírse del público, produjo el libro que fué el toque de atención para una reñidísima contienda: “El Verdadero Juárez”. Ninguna de sus obras había exasperado tanto, éste hizo derramar raudales de tinta. La lucha se entabló tenaz, inteligencias de todas las magnitudes tomaron las armas en defensa del hijo de Guelatao.

Bulnes ha de haber reído muchas veces frente al océano encrespado de súbito. Gentes de espíritu estrecho llegaron a insultar a Bulnes de la manera más soez. Hilarión Frías y Soto llegó a decir:

*“Comprendí que para contestar y refutar la última obra del señor Bulnes era preciso perder una gran suma de tiempo recorriendo archivos y bibliotecas en pos de infinidad de documentos oficiales, labor casi imposible para quien tiene otras preferentes de las cuales subsiste”.*⁸

Tenía la convicción de que investigar la historia “era un perder el tiempo ¿o era un inepto que no entendía el significado de los vocablos que empleaba? En realidad los dos puntos de vista podrían conciliarse: era efectivamente un incompetente y perdía su tiempo por ser incapaz de entender a Bulnes. En parte lo cegaba la egolatría y movido por el interés lanzó sus dardos envenenados contra Francisco Bulnes:

*“Yo el viejo jacobino periodista, yo el más insignificante de los escritores mexicanos, también vengo a tomar mi puesto de combate en la cruzada santa contra este audaz acusador de Juárez. . . Si el señor Bulnes ha tenido valor para cometer un atentado histórico, a mí me sobra para sujetar a este furioso demente, aplicarle la camisa de fuerza y hacerlo volver al mundo del juicio y de la razón”.*¹

A estos ataques había que agregar los de gentes como Genaro García e Iglesias Calderón. La tempestad no cesaba. Los admiradores de Juárez y los vocingleros que nunca faltan

⁸ H. Frías y Soto. Juárez Clarificado, págs. 6 y sigs.



JUARISMO Y ANTIJUARISMO

en toda contienda intelectual, pedían a Bulnes que opusiera el blindaje de sus nuevas apreciaciones al torpedo implacable de la crítica. Bulnes contestó a sus adversarios con otro libro, *Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma*. En él expresó:

*“El jacobinismo mexicano ha adoptado el personalismo hasta la divinización, la crítica histórica tiene que aparecer como una blasfemia, ante los numerosos esclavos de las palabras huecas, de los sentimentalismos de vanidad de horda, y de ideas exóticas para todo medio civilizado... Las llamadas biografías de Juárez, escritas por los señores Zerecero, Baz y Sosa, son excitantes de hilaridad para las personas de criterio sano. “Biografía” quiere decir descripción de la vida. En la vida de todo individuo hay errores, faltas, torpezas, malas acciones, méritos, energías, debilidades, y tratándose de un hombre público el conjunto de su existencia es extremadamente complejo. En lo que se llama biografías de Juárez, se han suprimido todos los errores, todas las faltas, todas las debilidades, todas las malas acciones, y se han hiperbolizado los méritos con las turbias lentes del politiquero a diez mil veces sus diámetros”. “Semejantes obras deben calificarse generosamente de caramelos literarios, teñidos con la fuchina del sectarismo y que propinados al pueblo mexicano por millones de toneladas lo han hecho dispéptico para la civilización”.*¹

En seguida desenvuelve las 600 páginas de su requisitoria contra Juárez. Los cargos que le hace son tremendos, muchos de ellos justos. Pese a los sofismas que hay dentro de algunas de sus apreciaciones, la obra o mejor dicho las dos obras contra Juárez, obligaron a la crítica a enfilar en sentido diverso a la trayectoria que se había seguido.

El año de la publicación de *El Verdadero Juárez*, había salido a luz la refutación de Pereyra. ¿Por qué no hizo refe-

* Francisco Bulnes. Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma, págs. 31 y 32.



P R I M E R O S V U E L O S

rencia Bulnes a ella y sí en cambio habló de Fernando Iglesias Calderón, Genaro García y de Hilarión Frías y Soto? ¿Se daría cuenta de todo lo que significaba Pereyra como polemista? En realidad la obra de don Carlos comparada con la de los otros tres refutadores, es sin disputa cien veces más meritoria.

Imposible desconocer que el prisma de un romanticismo ingenuo hacía mirar las cosas enormemente deformadas. Un patriotismo al margen de la realidad histórica, había trazado infinidad de veces cuadros irreales sobre la Reforma y la Intervención, y hablaba en sentido adulatorio de la personalidad de Juárez. Este estadista era deificado, con detrimento del mérito que correspondía a otras figuras que se habían destacado en las luchas, que consolidaron el liberalismo y la República.

Por eso Pereyra con una probidad que mucho le honra manifestó:

*“Juárez por su grandeza merece investigaciones que hagan indemne su memoria a los intentos de adulteración histórica. Debe ser discutido antes de que su glorificación tome formas de admiración mística”.*¹⁰

Bulnes acusaba a Juárez de incompetencia y apatía. Lo hacía responsable de no haber conjurado la intervención francesa, cuando estaba en sus manos hacerlo. Pereyra reacciona vigorosamente contra esta inculpación. Cierto es que a veces habla con ironía, sin embargo hay respeto para su adversario:

“El artista que hay en el Sr. Bulnes, pidió la palabra para hacer una historia emocionante, nueva, y maravillosa sobre todo. Napoleón es el príncipe cautivo; Morny el ogro que come carne tierna de niños, y Juárez, un zafio pechero que

¹⁰ Carlos Pereyra. Juárez Discutido como Dictador y Estadista,



JUÁREZ SU OBRA Y SU TIEMPO

no acierta con los medios de embriagar al ogro para desencantar después al príncipe y salva a los niños que han de ser manjares del festín”.¹¹

En *Juárez Discutido*, Pereyra no se perdona derroche de dialéctica, para hablar de las verdaderas causas del origen de la Intervención. Con supremo análisis, juzga también todos los obstáculos que impidieron la consolidación del trono de Maximiliano.

En aquella época en que la República parecía zozobrar definitivamente, frente a la amenaza del Imperio, tuvo Juárez una significación política, que Pereyra consideraba de capital importancia. Pero admira en Juárez, a un caudillo nacional no al símbolo de una raza abatida. En el alma de Pereyra, nunca hubo espacio para esa posición aberrante, que hace de Juárez un exponente furioso del antiespañolismo.

*“Juárez no es el representante de las potencias virtuales de una raza abatida; es la figura nacional por excelencia, el símbolo en que se unifican e idealizan los elementos nacionales; fué un indio excepcional, pero en la historia es el primer mexicano. Su estatura se agiganta con los años, y sin embargo, no se pierden las líneas de su fisonomía. . . . Juárez no es legendario, cada día es más real; más humano, más hondamente analizado, y del estudio de su vida recibimos la luz de la convicción y la fuerza del deber”.*¹²

JUÁREZ, SU OBRA Y SU TIEMPO

Justo Sierra que desde su juventud había sentido por Juárez la más honda admiración, creyó que era su deber de patriota y de historiador, escribir un libro sobre este gran me-

11 Juárez Discutido, ob. cit., páb. 28.

12 Juárez Discutido, ob. cit., pág. 26.



P R I M E R O S V U E L O S

xicano, con motivo de la celebración del primer centenario de su nacimiento.

Don Justo, como sociólogo que era, no iba a producir una biografía en que el grande hombre quedase emancipado de su medio social. Era preciso explicar al biografiado en función de sus relaciones con su tiempo y sus contemporáneos; de allí que su libro, respondiendo a esta exigencia, se llamara con justeza *“Juárez, su obra y su tiempo”*.¹³

En Sierra la preocupación del historiador no se desprende de la obsesión del educacionista. Quiere ser ante todo un maestro de civismo, y por eso pone la figura de Juárez como un modelo para la juventud. Siendo don Justo fundamentalmente un hombre de afirmaciones y un espíritu armónico, sintió sin embargo que su conciencia se sublevaba contra los ataques antijuaristas de Bulnes. Por eso es que a través de su obra se refutan: *“El Verdadero Juárez”* y *“Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma”*. Pero con un decoro del que hay pocos ejemplos, cuando a él se refiere, habla, habla siempre en forma poco concreta y sobre todo cuando le lanza ataques. A veces únicamente conociendo a Bulnes, se puede comprender que ciertos argumentos de Sierra van dirigidos contra las afirmaciones del detractor de Juárez. No es su libro una necia apología; si lo fuese, no tendría más valor que una biografía novelada. Como no lo inspira un afán exclusivamente demoledor, descarga su artillería contra los sofismas de Bulnes, pero le rinde pleitesía allí donde nadie le debe negar su aprobación. Una legión de juaristas de visión limitada, incapaces de sentido analítico profundo, quieren ver en las obras de don Justo y de Bulnes dos mundos inconciliables. En realidad se completan entre sí.

13 Este libro no fué escrito solamente por don Justo, Carlos Pereyra intervino también como colaborador, en la forma en que se dirá más adelante.



J U A R E Z , S U O B R A Y S U T I E M P O

Sierra, al igual que el autor de *“El Verdadero Juárez”*, no ha trazado la leyenda de un hombre impecable. Pero mientras el segundo maneja su poderosa dialéctica con el único objeto de censurarlo, don Justo aspira ante todo a buscar una explicación de su conducta y una justificación de los hechos:

...“Los honores regios tributados a Santa Anna hasta en efígie, parecían actos patrióticos: eran solo actos serviles. Juárez se complicó en uno de ellos; esto ha sido irrefragablemente comprobado (véase Bulnes *“Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma”*). Juárez tuvo considerables defectos y entre ellos el que es común a todos los mortales, de no saber resistir siempre a la tendencia de confundir nuestros intereses personales con los intereses políticos. De este limo nunca estuvo exento el gran Presidente, porque en él la ambición fué poderosa... La verdad es que el reproche al hombre es insignificante; casi todos hacían lo mismo: el reproche al liberal en grado heroico es grave; quisiéramos que no lo hubiese merecido. Pero lo mereció...”¹⁴

Es ésta una de las pocas veces en que Sierra habla de Bulnes, para darle en parte su aprobación. Cuando lo ataca fuertemente, se abstiene de nombrarlo.

Pero no es posible comentar en este trabajo toda la importancia de las contribuciones de Justo Sierra, dentro de *“Juárez, su Obra y su Tiempo”*. Ante todo, dadas las finalidades del presente ensayo, lo que precisa señalar es el valor de las aportaciones de Pereyra dentro de este libro.

La publicación de *“Juárez, su Obra y su Tiempo”* había de ser por entregas y el propio don Justo, periódicamente daría a la editorial Ballezá lo que fuera produciendo. Pero llegó un momento en que sus múltiples ocupaciones, le impidieron dar cumplimiento a sus compromisos. Ante las exigencias del público, que deseaba que se continuara la publi-

14 Justo Sierra, *“Juárez, su Obra y su Tiempo”*, pág. 62.



P R I M E R O S V U E L O S

cación del libro, y en la imposibilidad inmediata de que Sierra pudiera seguir escribiendo, se pensó en la necesidad de nombrar un historiador que pudiera llevarla a feliz término. Ese hombre fué Pereyra.

Se planteó así un problema histórico, que sólo ha sido resuelto hasta nuestro tiempo. Durante más de cuarenta años, no se había deslindado en términos precisos la parte escrita por Sierra y la hecha por Pereyra.



DESLINDANDO CREDITOS

En la segunda edición de “Juárez, su Obra y su Tiempo”, publicada en 1948, no sólo se ha tratado de fijar con toda exactitud la paternidad que del libro corresponde a cada uno, sino que se intenta hacer un juicio crítico, aunque somero, sobre los dos historiadores.

Quien prologa el libro es una de las notabilidades más destacadas de la intelectualidad mexicana de nuestro tiempo. El encargado de hacer las anotaciones es un historiador de suprema competencia, que hace trece años publicó la mejor obra histórica sobre don Lucas Alamán.

El prologuista que ha ahondado tanto en el estudio de don Justo Sierra, no penetra sin embargo en la misma forma en Pereyra. Y por lo que respecta al historiador de Alamán, hay que decir que en esta ocasión no juzgó con la misma fineza analítica de antaño.

En 1905 Pereyra el autor de “*Juárez Discutido*” y de la obra llamada “*De Barradas a Baudin*”, tenía ya un sólido prestigio. Pereyra había refutado los ataques antijuaristas hechos por Bulnes, mucho antes de que lo hiciera don Justo Sierra. Se considera que si Pereyra habiendo sobrevivido treinta y cinco años a la muerte de don Justo, no deslindó personalmente sus créditos, “todo parece indicar que no lo hizo por juzgarlos de menor cuantía”.¹⁵

La explicación es mucho más sencilla y convincente. Pereyra fué un hombre en constante renovación. Toda su vida

15 “Juárez, su Obra y su Tiempo”, ob. cit., pág. 8.



P R I M E R O S V U E L O S

de investigador, puede considerarse como un esfuerzo de rectificación. En su juventud había tenido una fervorosa admiración a Juárez. Pocos años después de la publicación de “*Juárez, su Obra y su Tiempo*”, su cariño al hombre había disminuído:

“El título de Gran Americano discernido a Rosas, es una de las designaciones más justas de la historia, y nacida del corazón del pueblo, tiene que ser rectificada por el espíritu de análisis. Este título es mil veces más merecido que el de *Benemérito de las Américas* con que se ha consagrado el renombre de Juárez. No discuto si Juárez valía personalmente más que Rosas. Inferior a éste en talento, le superaba tal vez en el conjunto de cualidades a que se llega por la meditación. Los dos tuvieron en el más alto grado las virtudes fundamentales de los grandes caracteres: los dos fueron de una firmeza inconvencible en sus designios. Ninguno de los dos poseyó condiciones de gran estadista: Juárez, apático, y Rosas activo, no crearon, porque a los dos les faltaba por igual esa chispa de la imaginación constructora que se llama genio político en los hombres de gobierno. El humildísimo indio mixteca¹⁶ y el gran señor de prosapia castellana, se igualaban en las altas esferas del poder y de la autoridad por el don de mando que los distinguía como dueños absolutos de sí mismos y con personalidad suficiente para no tener iguales ni competidores en el prestigio de la autoridad”.¹⁷

Y más tarde, en los últimos años de su vida su desprecio a Juárez era inmenso.

¿Podría pensar Pereyra “en deslindar sus créditos”? No le interesaba ya el tema y hubiera tal vez deseado no haber escrito nunca sobre él. Pero estas son cuestiones de erudición

16 Juárez no era mixteca sino zapoteca.

17 Carlos Pereyra, “Rosas y Thiers”, págs. 151 y 152.



D E S L I N D A N D O C R E D I T O S

que, al fin y al cabo, aunque importantes, no dejan de fatigar la atención del lector. Pasemos al fondo de las doctrinas.

Dentro de la parte de “*Juárez, su Obra y su Tiempo*”, escrita por Pereyra, hay puntos de vista que constituyen rectificaciones a los conceptos aceptados por la generalidad. Se ha hecho un estudio sobre estas afirmaciones de don Carlos, y está contenido en el prólogo y la parte final de la segunda edición del referido libro.¹⁸ Pero el autor de las presentes líneas, no cree que el asunto se haya mirado con toda la seriedad crítica debida.

Los ataques contra los jefes liberales, la admiración que muestra Pereyra por Leonardo Márquez, hacen pensar al prologuista que don Carlos militaba desde entonces en un campo divergente respecto del de Sierra. Las belicosidades de Pereyra son innegables, pero se enderezan fundamentalmente contra tres figuras: González Ortega, Guillermo Prieto y Matías Romero. ¿Estos tres hombres representan todo el partido liberal? De ninguna manera. ¿Y contra los demás jefes liberales como Sebastián Lerdo de Tejada, José María Iglesias, Mariano Escobedo y Porfirio Díaz, utilizaba el mismo látigo? No, lejos de ello procede con el mayor respeto cuando los juzga. Dos hombres pueden militar en el mismo campo histórico, aun cuando difieran en muchos puntos de vista. Para mí ese es el caso de Pereyra y Sierra, en esa época.

Pereyra censura a Matías Romero su torpeza diplomática, que considera que era fatal para su Patria. Para hacer una justa apreciación de sus juicios, sería preciso conocer a fondo la figura de aquel diplomático mexicano. En México, no se han hecho estudios profundos, sobre esta figura histórica. Creo que en los Estados Unidos se han elaborado tesis importantes al respecto, por más que el que esto escribe lo desconoce. Con-

¹⁸ Véase prólogo y notas de “*Juárez, su Obra y su Tiempo*”, segunda edición, 1948.



P R I M E R O S V U E L O S

sidera que debe abstenerse de juzgar este aspecto, mientras no tenga la información indispensable. Al hablar Pereyra de la conducta de Guillermo Prieto en la época hacia la que enfoca su lente crítico, para decir que pertenecía a un “*círculo de desprestigiados*”, está dentro de la más estricta verdad histórica.

Cuando se acerca a González Ortega, es cierto que habla de él, con una piedad o tal vez con una irreverencia de psicoanalista, pero en todo caso ¿se podría tratar de otro modo al pintoresco héroe de Peñuelas? En el mismo juicio de Pereyra, no hay sólo dicitos contra el defensor de Puebla, a veces la admiración es innegable:

“El héroe de Puebla fué uno de esos hombres cuya vida se compone de violentas oscilaciones. Pasó sin transición de la oscuridad a la apoteosis y de la apoteosis a la interdicción política. Las cárceles en que estuvo, se le abrieron como manicomios. En verdad, nadie como él ha purgado el delito de ser grande. Nadie como él ha sufrido todas las durezas de la ingratitud humana. Fué un Lear que no recibió en sus canas los besos de Cordelia. Sobre su renombre de paladín, cayó a plomo una despectiva indiferencia. Culpa, dicen los antiliberales, de subir sin mérito. Culpa, en realidad, de haber tenido un mérito superior al de los hombres de peso. González Ortega fué un general poeta como había sido un tinterillo poeta. Su naturaleza era de lírico. Sintió a su tiempo y lo vivió en actos poéticos. Por eso fué rápidamente popular y rápidamente olvidado. Tenía, como Degollado, mucho divino entusiasmo para no ser despedido de la realidad; pero la exclusión que se le impuso no absuelve a la generación que, después de aplaudir el sitio de Puebla, arrinconó a su autor, como se hace con los poetas cuyas obras laureadas no los salvan del desprecio que inspira la miseria”.¹⁹

19 “Juárez, su Obra y su Tiempo”, ob. cit., pág. 424.



D E S L I N D A N D O C R E D I T O S

Pero ha dicho que era “un general poeta como antes había sido un tinterillo poeta”, y esto hace pensar a un historiador que “aquí está presente una vez más, la ironía con que Pereyra se refiere a los jefes liberales”.²⁰ ¿Pero las expresiones de Pereyra al respecto son por ventura un insulto? ¿Acaso González Ortega había hecho sus estudios militares en alguna escuela militar prusiana, o recibido palmas académicas en la Universidad de la Sorbona? Era plebeyo, auténticamente plebeyo por su origen, su educación y su conducta, por ello fué profundamente popular. Juárez también había sido de cuna humilde, pero nadie en el punto culminante de su carrera, pudo haber visto en él a un hombre desprovisto de señorío.

Aun cuando Pereyra tiene para González Ortega unas líneas en las cuales habla de él con dureza suprema y crudeza tremenda, al fin se duele de su desgracia política:

“Los testigos lejanos de los hechos, que vemos en cada cual sus méritos, no podemos asistir sin dolor a estas ejecuciones morales como la que sufrió González Ortega, en las que habla sólo la pasión política para negarle a un hombre hasta los derecho más evidentes y los títulos más reales e indiscutibles al respeto social. Vemos que la lucha política está compuesta de estas amargas exclusiones en que va siempre entrañada una suprema injusticia; pero no podemos prescindir de un sentimiento de rebelión contra la dureza de los procedimientos que sirven de molde a la victoria del más fuerte”.²¹

Por otra parte, Pereyra ha hablado en términos admirativos de Leonardo Márquez. Esto ha producido más de algún comentario, que encuentra excesivamente elogioso el juicio de don Carlos. Vamos a ver las opiniones con las que nuestro historiador ha juzgado a Márquez. He aquí una:

20 Ob. cit., pág. 539, nota 21.

21 “Juárez, su Obra y su Tiempo”, ob. cit., pág. 429.



P R I M E R O S V U E L O S

*Márquez era “una inteligencia poderosa y lúcida al servicio de una voluntad formidable. Nadie que lo haya seguido en sus dos vidas —la que terminó con el Imperio y la que ha llevado después— podrá negarle la admiración que arranca una energía extraordinaria encauzada por invariables propósitos”.*²²

La historia puede admirar a un hombre que sea la encarnación del mal. ¿Acaso sólo es lícito hablar en forma admirativa, de lo que con una sensibilidad infantil podría llamarse la historia de los niños buenos?

Un historiador debe admirar la profundidad del bien y la del mal, como exponentes de fuerzas formadoras del drama histórico. Para la historia tanto vale el duque de Alba como San Francisco de Asís, Savonarola como César Borgia. Lo que interesa es reconstruir el pasado con todas sus vibraciones.

Pero con fragmentos de juicio no se pueden dar conclusiones definitivas. Tratándose de responsabilidades tan graves, hay que profundizar más en el análisis. Transcribamos otros puntos de vista de Pereyra:

(El plan de Márquez, para salvar a los defensores del Imperio reunidos en Querétaro), “sabiamente concebido como todos los planes de ese hombre en quien es preciso admirar sobresalientes dotes de inteligencia y de carácter, comprendía dos partes . . .”²³

“Cuarenta y ocho días tenía Márquez de haber salido. (de Querétaro rumbo a México). ¿Qué había hecho? ¿Por qué no volvía? Márquez ha compuesto una defensa de su conducta,

22 Ob. cit., pág. 505.

23 Véase en “Juárez, su Obra y su Tiempo”, en qué consiste este plan de Márquez, para que se juzgue hasta qué punto se justifica el elogio de Pereyra, págs. 497 a 499.



DES L I N D A N D O C R E D I T O S

*en la que de una manera sobradamente artificiosa combate las inculpaciones que sin razón se le han hecho y las que justamente ha merecido. Una vez más aparece hábil abogado de malas causas. No convence de su lealtad, pero deja la impresión de una inteligencia poderosa y lúcida al servicio de una voluntad formidable. Nadie que lo haya seguido en sus dos vidas —la que terminó c. el Imperio y la que ha llevado después— podrá negarle la admiración que arranca de una energía extraordinaria encausada por invariables propósitos”.*²⁴

Es en primer lugar el “abogado de causas malas”, entonces está convencido y lo dice muy claro que era un hombre que ponía su espada al servicio de ideales injustos. Lo considera un inepto para hacer la defensa de su lealtad, pero reconoce en él ya sin usar metáforas, una voluntad formidable, una gran inteligencia y una extraordinaria energía. Reconocerle estas cualidades no implica lisonja, sino demuestra sólo, que era un profundo conocedor de caracteres. ¿Qué, acaso sólo los tipos que la historia ha consagrado como encarnación del bien, pueden tener voluntad formidable, gran inteligencia y extraordinaria energía?

Y sin embargo no mantiene frente a Márquez una posición puramente admirativa:

Maximiliano “*contaba con tres generales; pero más le valía estar solo. Mejía, fingiéndose enfermo, desertaba; Miramón, se dejaba derrotar sin combatir; Márquez, después de hacerse odioso por sus exacciones, había ordenado una expedición mal calculada...* (Es una cosa innegable) *la impopularidad de Márquez aún en su mismo partido, porque este general no tenía condiciones políticas para ser caudillo...*”²⁵

Acusado Márquez por Maximiliano de ser el causante de la ruina del trono, argumenta Pereyra:

24 “Juárez, su Obra y su Tiempo”, pág. 501.

25 “Juárez, su Obra y su Tiempo”, págs. 494 y 498.



P R I M E R O S V U E L O S

“Sería muy largo de referir la expedición de Márquez, para hacer una seria y justa apreciación militar de su conducta. Esto no es posible aquí. Nos limitamos a consignar los hechos esenciales, y desde luego a declarar que la tenebrosa maquinación atribuida a Márquez contra los defensores de Querétaro, es un fabulón originado por el prurito calumniador de Maximiliano, amplificado fantásticamente por los aduladores de Miramón y aceptado por la necesidad que tiene el vulgo de explicar con causas maravillosas los hechos más naturales. Tratándose de Márquez la leyenda encontraba un terreno abonado. ¿De qué misteriosas infamias no era capaz el hombre de los crímenes sombríos?”²⁶

Pero en esta síntesis de la campaña que finalizó con el derrumbe del segundo Imperio, resumida en seis cuartillas, Pereyra encierra tal cantidad de documentación y tan sólidos conceptos, que pocas gentes en la apreciación del tema lo han igualado.²⁷

26 Ob. cit., pág. 501.

27 Véase “Juárez, su Obra y su Tiempo”, págs. 501 a 506.



EL FINAL DE UNA CONTIENDA

La capital de México que había sido defendida por Márquez, es tomada por el *“general Díaz en la segunda quincena de mayo, como se entregó un mes más tarde, se habrían concentrado en la capital todos los viejos periodistas y tribunos del partido liberal para abogar por la causa de una reconciliación que estaba en las conciencias y en las conveniencias de la sociedad. Su intervención habría neutralizado los efectos contraproducentes de la seca y altiva indicación de Seward. Había un deseo de fraternidad en todos los hombres de primera fila que se prometían la adquisición de una paz definitiva. Las palabras de perdón asomaban en todos los labios. Aun considerando criminales a los imperialistas, y una complicidad el perdón, la sociedad entera extendía su protección a los culpables. Cuando cayó México, las mismas familias de los ministros de Juárez amparaban a los regentes del Imperio. ¡Hasta Márquez encontraba una piedad que lo acogiera!”*²⁸

El contenido de esta transcripción, sugiere al autor de las notas de la segunda edición de “Juárez, su Obra y su Tiempo” esta exclamación:

(Estas frases encierran) *‘una alusión de don Carlos Pereyra al general Porfirio Díaz. . . Como se sabe, el general Díaz supo que el general Leonardo Márquez estaba oculto en la*

28 “Juárez, su Obra y su Tiempo”, pág. 510.



P R M E R O S V U E L O S

*casa de don Juan José Baz y, más tarde, lo vió salir de Veracruz mal disfrazado, sin que hiciera nada por impedir su evasión”.*²⁹

Aun aceptando como incontrovertible, que Porfirio Díaz hubiese, si no coadyuvado a la fuga de Márquez, por lo menos contribuido con su actitud pasiva a ella; se encaja más la expresión “encontraba una piedad que lo acogiese”, a la generosidad de Baz que lo recibe en su casa, que a la actitud magnánima o política de Díaz que no lo aprehende.

Otras frases de don Carlos que han sido comentadas son las siguientes:

“La orden suscrita por el ministro de Guerra, don Ignacio Mejía (para que fuesen juzgados Maximiliano, Miramón y Tomás Mejía), no tiene de éste sino la firma: en el texto está el alma del ministro Lerdo de Tejada. El hizo la poderosísima tenaza de hierro puesta en las manos de Escobedo para que sujetase a los prisioneros. Hay en esta orden una frialdad que hiela”.

¿Se propuso Pereyra atacar a Lerdo de Tejada, enemigo del general Díaz para halagar a este jefe? No lo creo. Aquel severo historiador desconocía los protocolos de la cortesanía. Para hablar con más precisión sobre el tema, precisa analizar otras líneas:

“Se ha juzgado de muy diversos modos la conducta del Gobierno Mexicano con el Archiduque y sus principales compañeros de armas. Sea cual fuere la opinión a que se llegue en esta cuestión, nadie podrá negar que Juárez y sus ministros procedieron con serenidad y firmeza comprendiendo la magnitud y, sobre todo, la trascendencia moral de sus resoluciones. . . El día 21 se expidió la orden para que Maximiliano, Miramón y Mejía fuesen juzgados con arreglo a la ley del 25 de enero de 1862. Juzgarlos por esa ley era condenarlos a muerte. La orden suscrita por el Ministro de Guerra, don Ig-

29 “Juárez, su Obra y su Tiempo”, pág. 511.



EL FINAL DE UNA CONTIENDA

nacio Mejía, no tiene de éste sino la firma: en el texto está el alma del Ministro Lerdo de Tejada. El hizo la poderosísima tenaza de hierro puesta en las manos de Escobedo para que sujetase a los prisioneros. Hay en esa orden una frialdad que hiela".³⁰

En seguida Pereyra transcribe el contenido de la orden, que lleva al patíbulo a dichos personajes, para terminar diciendo:

“La ley del 25 de enero debió aplicarse a los reos cogidos in fraganti o en acción de guerra con sólo la identificación de sus personas. Era el caso. ¿Para qué el juicio? Oírles en defensa parecía inútil, a menos que el gobierno tuviese reservada alguna determinación especial en vista de las alegaciones presentadas, o lo que es más probable, para responder de sus actos ante la opinión extranjera".³¹

Como principio don Carlos afirma, que Juárez y sus ministros (entre ellos naturalmente Lerdo), ante aquella situación procedieron con serenidad y firmeza. Y al comentar la orden sostiene que hay en ella “una frialdad que hiela”; esta manera de expresarse no es un ataque a Lerdo. El historiador está sencillamente en presencia de un hecho patético y lo expresa igualmente con palabras de patetismo. Finalmente no ataca el procedimiento, sino que lo justifica: “la ley del 25 de enero debía aplicarse a los reos cogidos *in fraganti* o en acción de guerra, con sólo la identificación de las personas. Era el caso. ¿Para qué el juicio...?”

Pereyra termina su colaboración dentro de “Juárez, su Obra y su Tiempo”, con las siguientes palabras:

“Juárez había visto fracasar la empresa de Napoleón, había vencido a Maximiliano, había desbaratado sin esfuerzo

30 “Juárez, su Obra y su Tiempo”, págs. 510 y 511.

31 “Juárez, su Obra y su Tiempo”, págs. 512 y 513.



P R I M E R O S V U E L O S

*las maniobras de González Ortega, obteniendo su aprehensión en la misma capital de Zacatecas, había presenciado las inútiles tentativas de Santa Anna, para agitar y dominar un país que no era ya el de los caudillos militares”.*³²

Algún historiador puede creer que ese optimismo de don Carlos, no puede justificarse, pero a ese historiador habría que decirle que Pereyra escribe a los treinta y dos años de edad, todavía en la época de los optimismos juveniles. Sierra que escribía a los cincuenta y dos años, en el pináculo de su gloria, en plena madurez de espíritu habló más o menos en los mismos términos:

*“El ejército no volvió a pronunciarse; pudo dejar caer en el abismo de las revueltas algunos de sus fragmentos, pudo en horas de desorganización del gobierno quedar sin brújula y diseminarse, siguiendo pasivamente diversas banderas pero tomar en masa la iniciativa de la guerra civil como los Echávarri, los Bustamante, los Santa Anna, los Paredes, los Zuloaga, ya esto no volvió a ser, ¡no volverá a ser nunca!”*³³

Quien encuentre en estos conceptos, “*un buen deseo* (de Justo Sierra) *que después de 1910 se ha visto frustrado muchas veces*”, si quiere ser ecuánime debe juzgar con la misma comprensión a Pereyra.

32 “Juárez, su Obra y su Tiempo”, pág. 513.

33 Ob. cit., pág. 34.



BIBLIOGRAFIA PEDAGOGICA

Pero si Pereyra cultivó por una parte la polémica histórica de grandes vuelos y colaboro en “Juárez, su Obra y su Tiempo”, produjo además, en esta primera etapa de su vida de investigador, libros de divulgación histórica. Pero no por ser de divulgación son triviales. Capítulos hay, en que narra acontecimientos en los cuales él ha sido el primero en aplicar el lente crítico. Podríamos decir que se trata de obras de carácter pedagógico, siendo las siguientes: “*Historia del Pueblo Mexicano*” (en dos tomos) y “*Lecturas Históricas*”.

En su “*Historia del Pueblo Mexicano*” su prosa es un ejemplo de sencillez y claridad. No alcanza el don completo de la ecuanimidad y de la imparcialidad, pero no lo domina el espíritu de odio contra el partido conservador. Tiene, este libro, fuertes prejuicios antiespañoles. Hablando de las civilizaciones precolombinas y del estado de éstas, al momento en que se efectúa la conquista de México, casi puede decirse que el criterio del historiador es el mismo que manifestará posteriormente. En realidad lo atraían ciertos aspectos de la mitología y la cultura prehispánica. Sin embargo, no tiene una admiración que pudiera llamarse excesiva. Se rebela contra todos los que hiperbolizan el valor de lo prehispánico. A los que llaman a Texcoco la Atenas del Anáhuac les contesta: “*una Atenas sea; pero una Atenas sin los divinos mármoles, sin los pórticos de los filósofos, sin ciudadanos y sin libertad*”.

Aquellas primitivas civilizaciones no tienen elementos suficientes para vencer, frente a la técnica superior con que se van a **enfrentar**.



B I B L I O G R A F I A P E D A G O G I C A

Sabe que el choque es inevitable. Con el arribo de los conquistadores va a abrirse “el primer capítulo de la historia de México. Porque en pos del gran conquistador, vino bajo los pendones de España la civilización europea, de que hoy formamos parte”.³⁴

Era entonces Pereyra de los que tenían fe en la figura de Bartolomé de Las Casas. Por su imaginación debió cruzar muchas veces el histórico personaje, lleno de celo apostólico, dominado por la indignación propia de todo defensor de causas nobles, y entonces, inclinaría la cabeza lleno de respeto y admiración.

Rectifica su juicio sobre don Antonio de Mendoza que ya no es el magistrado que olvida sus deberes, —según había dicho en su inédita “Historia de Coahuila”—, sino el “Gran Señor” y el “severo administrador”.³⁵

Dice refiriéndose a la colonización hecha con tlaxcaltecas en lo que se llamara San Esteban de Nueva Tlaxcala, que los indios llevados de la patria de Xicoténcatl al norte de Nueva España fueron arrancados de sus hogares, utilizando la fuerza. Nada más irreal, los tlaxcaltecas no fueron contra su voluntad, ni menos como parias, iban por deseo propio y se les concedieron prerrogativas que los mismos españoles hubieran envidiado.

En las “Lecturas Históricas” hay un anticipo de su futura posición de paladín de lo español.

Por primera vez en su vida reivindica la memoria de los Pinzones, condenando la egolatría, la mala fe y la miseria humana que piensa descubrir en Colón. Luego su estudio sobre Cortés está muy lejos de alcanzar la solidez que logra, cuando da cima a la historia de dicho personaje publicada en 1941, mas los elementos de juicio en torno al gran extremeño se están reuniendo ya. Hay en esta obra todavía resabios de

34 Carlos Pereyra, “Historia del Pueblo Mexicano”, pág. VII.

35 Carlos Pereyra, ob. cit., pág. 117.



B I B L I O G R A F I A P E D A G O G I C A

antiespañolismo, pero sólo aparecen en unas cinco páginas (de la 56 a la 61).

Es duro aun con Nicolás de Ovando, a quien más tarde designará: “*El Comendador de mente serena*”. Pero entonces parece querer decir a Gómara, Oviedo, Bartolomé de Las Casas; que han sido demasiado indulgentes al juzgarlo. “Fué el pacificador de la provincia de Jaragua, pero para lograrlo, quemó cuarenta indios principales y ahorcó al cacique Guaorocuya y a su tía Anacaona”. Y si éste era el “cristianísimo pacificador, amigo de justicia según Las Casas. ¿Qué no podrán ser Roldán y sus compañeros, de quienes dijo Colón que eran todos criminales”.

Citando aseveraciones de Pedro Mártir, marca toda la crueldad de ciertos conquistadores de La Española.

Con una suave ironía, habla de la carta dirigida por Ovando a Isabel de Castilla, en la que la pide se establezcan las “Encomiendas”. No niega que la reina las haya concedido inspirada en un sentimiento humanitario, pero culpa a la codicia española, de haber sido incapaz de clemencia y de violar las leyes convirtiendo así la institución en instrumento de servidumbre y de muerte.

Otro libro aunque no pedagógico pero sí de gran importancia, es publicado hacia 1908 por don Carlos Pereyra bajo el título de “La Doctrina de Monroe”. En esta obra, si bien su autor no muestra el gran caudal de erudición que ostentará más tarde al publicar su Mito de Monroe, en cambio su sentido de ecuanimidad al juzgar a los Estados Unidos es mayor. Más tarde a medida que más profundiza en el estudio de la Gran República siente crecer sus odios hacia ese país.



EL TRANSITO HACIA UNA TRANSMUTACION

Pero don Carlos Pereyra no sólo investiga y publica libros de historia. Él piensa que podrá ocupar un puesto importante dentro de la política de su país. Si estudió jurisprudencia no ha de haber sido seguramente por pura admiración a las doctrinas jurídicas. La curva de la trayectoria política de Pereyra se cierra con la caída de Victoriano Huerta. A partir de ese momento escala una posición inmutable, será un historiador político y no un político historiador como Lucas Alamán. En Pereyra la política se subordinará al tema histórico y en Alamán la historia se supeditaba a las hondas pasiones del político.

Pero no ha llegado todavía el momento en que don Carlos, con la amargura más intensa, con la decepción política más patética, se encierra en su gabinete de estudio para realizar desde allí su obra de censura contra todo lo que él considera imposturas de la Revolución. Está aun viviendo en el régimen porfiriano y siente la honda inquietud de todo mexicano consciente de la época: la sucesión presidencial.

Don Porfirio con habilidad política de primera línea había sabido consolidar su autocracia. ¿Pero quién gobernaría después de él? La pregunta se la hacía Pereyra con la misma angustia con que pensaba la nación y con la misma ansiedad con que interrogaba el mundo extranjero. Díaz dió una respuesta que de haber sido sincera y susceptible de pasar del campo de la teoría a la realidad, hubiese bastado para conjurar la tormenta que se avecinaba. En efecto el dictador había dicho al periodista Cleelman:



EL TRANSITO HACIA UNA TRANSMUTACION

“He esperado con paciencia el día en que la República de México esté preparada para escoger y cambiar sus gobernantes en cada período sin peligro de guerras, ni daño al crédito y al progreso nacionales, creo que ese día ha llegado”.

Luego era preciso que don Porfirio preparase al país, para que en el futuro como lo había dicho Bulnes, dependiese de sus leyes y no de sus hombres, esto es que fuese gobernado por un sistema constitucional y no por una autocracia. Y al manifestar Díaz, que consideraba que México había alcanzado su madurez política, la nación creyó llegado el momento en que se pondrían los cimientos de un régimen de instituciones.

Un hombre parecía ser el candidato que iba a exaltar el pueblo: Bernardo Reyes. Pereyra se inclinaba hacia esta candidatura. Pero Reyes no aceptó su postulación y subió al primer rango político como opositor don Francisco I. Madero, para quien don Carlos no tuvo nunca la mínima simpatía. Díaz, por su parte, en su afán de poner como vicepresidente a don Ramón Corral, no consideró que el candidato independiente a la postre iba a producir su caída.

Fué imposible contener el oleaje revolucionario. Don Porfirio que en los últimos meses de su gobierno había cometido innumerables desaciertos tuvo una vislumbre político digno de las buenas épocas. Pensó en la necesidad de renunciar a su alto cargo, su permanencia en el poder hubiera ahondado más los odios. Con su caída y su expatriación se abrió una nueva era.

Para Pereyra también se inició una nueva existencia. En una década había vivido muchos años, más de los que contienen dos lustros matemáticamente contados. No sólo políticamente ha sentido grandes conmociones, sino que espiritualmente ha sufrido profundas sacudidas.



P R I M E R O S V U E L O S

Ya dijimos que Pereyra había vivido bajo el influjo del medio intelectual porfirista: antiespañol, afrancesado y positivista. La educación de don Carlos se había apoyado en la base sólida del positivismo. Este credo fué sólo una tregua, entre un pasado señoreado por lo español y una época que los hombres de la presente generación aun no aciertan a modelar totalmente. El cambio de ideas no fué exclusivo de Pereyra. Varios intelectuales de su época reaccionaron contra el positivismo, el prejuicio antiespañol y su credo liberal extremado. Lo que importa señalar es que la reacción contra el antiespañolismo, en Pereyra, fué muy ruda. No pudo caer en una tesis ecléctica y tuvo que ser abanderado de la Hispanidad. Ya he dicho que los elementos de su transformación existían ya, desde los primeros vuelos que por el campo de la historia emprendiera en México. No fué entonces, como algunos suponen, el único factor determinante de su criterio, su residencia en la nación española. Mucho contribuyó el paso a España para modificar su credo, pero no se hubiera hecho el defensor de las tesis hispanistas y antiyanquis, si no hubiera desde México tenido en germen esas ideas.

Educado a la sombra del positivismo, rebasó sin embargo las limitaciones de este credo, hombre de su tiempo comulgó con las ideas de su tiempo. No pudo ser como lo fueron algunos de la generación que tocaba a los umbrales de la tumba, al eclipsarse el régimen de Porfirio Díaz; un sumiso absoluto del positivismo, un antiespañol y un liberal irreductible. Pero, la sólida disciplina que daba a los espíritus la enseñanza fundada por Barrera, dejó en él, como en otros muchos, hondísimas huellas. Desapareció en él, un sectarismo científico-filosófico; pero quedó en cambio, la fuerte preparación en matemáticas, en geografía, en sociología, en cosmografía, en tantas ramas del conocimiento, que de mucho le sirvieron en sus investigaciones históricas.

Espíritu abierto a todas las corrientes científicas, filosóficas e históricas, su preparación cultural se iba fortaleciendo



EL TRANSITO HACIA UNA TRANSMUTACION

con el transcurso del tiempo. Armado con estos resortes de acero, se va a presentar en las siguientes páginas de este libro. El hombre ha llegado a su zenit, ha tocado el momento de su madurez.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



EN UN MUNDO EXTRAÑO

“Calvino con su Reforma, esparció sobre Ginebra una lóbrega tristeza, que ni los vientos de Italia, ni la voz de Sadoletto, ni la de San Francisco de Sales, lograron ahuyentar de las hermosas orillas del lago Lemán hasta nuestros días”.⁴⁰
¿No es esta la fisonomía que el gran reformador con su puño de hierro, su corazón de hielo y su celo de apóstol imprimió a una gran parte del mundo suizo?

En Lausana , a las orillas del lago Lemán, se ha establecido la familia Pereyra. El espectáculo que les brinda la naturaleza no puede ser más hermoso. A lo lejos se miran los Alpes eternamente cubiertos de nieve, y el apacible lago invita al ensueño y a la meditación. Pero la austera ciudad les parece a los viajeros triste y la gente poco amable. Aun cuando los dos esposos hablan el francés con absoluta soltura, y por medio de ese idioma se ponen en contacto con aquel mundo que los rodea, sienten sin embargo la nostalgia de las gentes de su raza.

Por otra parte, económicamente su posición no es nada desahogada. Pereyra tiene que realizar esfuerzos desesperados para lograr el sostenimiento de su hogar, que hacen recordar la patética frase del historiador mexicano don Manuel

40 Marcelino Menéndez y Pelayo, “Los Heterodoxos Españoles”, tomo IV, págs. 364 y 365.



ESCRIBIENDO Y VIVIENDO LA HISTORIA

Orozco y Berra: *“cuando tengo tiempo no tengo pan, y cuando tengo pan no tengo tiempo para escribir la historia”*.

Pero María Enriqueta no permanece inactiva, da conciertos de piano en un país exigentísimo en cuestiones de música. Sin embargo, la gran poetisa demuestra que su brillantez lírica, corre parejas con su dominio de la técnica musical. Combinados así sus esfuerzos, los dos mexicanos pueden apenas vivir en medio de grandes limitaciones.

No son misántropos; tienen algunos amigos, pero no sienten que su felicidad sea plena. Es preciso emigrar a otro sitio. ¿Pero hacia dónde? Rumbo a la nación que fué la cuna del mundo iberoamericano y que desde tiempo atrás atraía a Pereyra como imán irresistible. La amaba con recelo, como se puede amar y odiar a una mujer, a la que es imposible dejar de querer nunca. Le había cantado sus glorias, pero también le había censurado algunas cosas con arrebatos de ira, que eran sin embargo un grito de auténtico españolismo. Pero España esperaba la llegada del rebelde americano, que todavía un tanto hosco, se acercaría a ella para reconocerla plena y definitivamente.



EL PRIMER GRAN CONTACTO CON ESPAÑA

En España vivía un hispanoamericano que dirigía la *Editorial América* y realizaba una labor de acercamiento entre todos los pueblos de habla castellana; se llamaba Rufino Blanco Fombona. Bajo su cuidado se publicaron obras importantes sobre cuestiones americanas, él a su vez escritor brillante, claro y conciso, no pocas veces tomó la pluma para abordar temas de gran significación.

Un día llega a casa de don Rufino una pareja de viajeros mexicanos procedentes de Suiza. Son dos audaces que han arribado a España con los bolsillos vacíos. Tienen tal valentía, que no han vacilado en realizar un viaje llevando solamente el efectivo indispensable para trasladarse a Madrid. El caballero es un estudioso que cultiva la historia y cuya edad ha llegado a ese zenit que se conoce como la madurez de un hombre de letras. La dama es una poetisa de gran rango, y que ya tiene derecho a figurar como uno de los símbolos literarios más representativos de Hispanoamérica.

Los viajeros hablan:

--Venimos de Suiza, deseamos establecernos en Madrid, somos hispanoamericanos y queremos dedicarnos a las actividades que son de nuestra competencia.

--¿Con quién tengo el gusto de hablar? —pregunta Blanco Fombona.

--Mi esposa María Enriqueta, y yo, Carlos Pereyra.



E S C R I B I E N D O Y V I V I E N D O

Al oír estos nombres, don Rufino como movido por un resorte se levantó para exclamar:

—¡Oh, lo que yo necesitaba! Ustedes darán prestigio a mi editorial.

Y Blanco Fombona fué desde ese momento un amigo sincero de don Carlos. Tantas afinidades unían a los dos hispanoamericanos, que era perfectamente comprensible que mantuvieran la más íntima amistad.

Don Carlos había hablado de América, refiriéndose también a España, en varios de sus libros, pero no había puesto toda su laboriosa dedicación al servicio del estudio de estos temas. Desde su arribo a Madrid, el hombre penetra en una esfera de investigación más amplia. El escritor que había alcanzado gran renombre en su país natal, iba a lograr una importancia universal. En el mundo hispanoamericano, como historiador llegaría a un rango de tal importancia, que nadie ha podido todavía alcanzar.



LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Un mexicano a quien no le ha sido dable todavía viajar por España, ni ser testigo presencial de los acontecimientos políticos recientes de ese país, no tiene elementos suficientes para poder hablar del general Franco y su obra.

El autor de estas líneas deplora no conocer la vida política española contemporánea, conocimiento que le permitiría un juicio más exacto sobre la conducta de Pereyra en relación con el franquismo, y sobre sus angustias durante la guerra civil española. Sin embargo, el propio don Carlos en sus artículos periodísticos recogidos en el libro *“España está despierta”*,⁴¹ ha narrado algunos de los instantes más dramáticos de ese momento trágico. A María Enriqueta le debo no pocas informaciones al respecto.

No ha llegado el momento de juzgar desapasionadamente los últimos años de la vida española; ni aún los propios testigos presenciales estarían en posibilidad de hacerlo. Pero trataremos hasta donde sea posible, de hablar sobre los hechos a que estamos haciendo referencia.

En México algunas gentes consideran al general Franco como el salvador de España. Sin embargo, no todos aceptan esta manera de pensar. Mas el “Generalísimo”, exponente hu-

41 En esta obra colaboraron también gentes tan distinguidas como don Rodolfo Reyes y don Alfonso Junco.



E S C R I B I E N D O Y V I V I E N D O

mano de primera importancia, como protagonista de un drama histórico de profunda significación, es un tipo representativo de su raza, sea cual fuese el criterio con el que se le quiera juzgar.

Es por demás decir que para los españoles el concepto de patria, ha sido durante casi toda su historia un sinónimo de religión. Su sentimiento místico es perfectamente explicable: fué templado al fuego de una brega de ocho siglos. No nos extraña saber que cuando la catolicidad era duramente atacada por la Reforma, haya sido en España donde apareció esa combinación pasmosa de misticismo y fuerza telúrica, que se llamó Ignacio de Loyola.

España, país de teólogos, como lo llamara Menéndez y Pelayo, ha tenido sin embargo momentos en que sus creencias religiosas han sido rudamente combatidas, por sus propios hijos. ¡Cosa singular!, el pueblo más cristiano de Occidente, iba a ser utilizado en el siglo XX como campo de experimentación para la siembra de doctrinas comunistas y anticristianas.

España no tardó en reaccionar y un grupo acaudillado por el general Franco se propuso derrocar al gobierno establecido, que intentaba realizar una des cristianización. Pero aquello era apenas el principio de una sangrienta lucha, los rojos estaban dispuestos a no conceder al adversario una victoria fácil y lucharían en defensa de sus doctrinas.

Los extranjeros residentes en España, se dieron cuenta de la tremenda amenaza que se aproximaba a pasos gigantescos, y consideraron con toda razón que estaba en peligro su seguridad. Quedaban dos caminos: emigrar, o permanecer en España sufriendo las consecuencias de la guerra civil. Don Carlos Pereyra y su esposa se decidieron a no abandonar Madrid. La lucha duraría poco o mucho, pero en todo caso ellos permanecerían en Madrid hasta el final de la contienda. Y pu-



L A G U E R R A C I V I L E S P A Ñ O L A

dieron así ser testigos presenciales de acontecimientos que les produjeron la más honda conmoción.

Los esposos Pereyra sufrieron tres inviernos sin calefacción y acabaron por suprimir totalmente el desayuno. Llegó a existir, tal escasez de alimentación, que aun pagando cinco pesetas por un ajo y diez por una cebolla, estos productos no se podían adquirir.

Con el propósito de aliviar un tanto la desesperada situación de la familia Pereyra, de París, como de Marsella, de Tánger y de Ginebra, se les hicieron envíos de alimentos, que sin embargo no recibieron nunca los destinatarios.

Pero lo más grave no era la penuria que la población tenía que sufrir, sino el espectáculo de odios y de violencia que desfilaba ante sus ojos, más patético que los horrores del hambre y la miseria.

En la *Villa de las Acacias*, residencia de la familia Pereyra, se enarbolaba el pabellón mexicano, como para pedir las garantías que merece todo extranjero frente a los fusiles del país en que vive. Pero los rojos posesionados de Madrid no siempre respetaban las banderas extranjeras. Más de una vez la vida de don Carlos y de María Enriqueta estuvo en peligro.

El odio anticristiano no podía permitir que en los hogares se conservasen imágenes religiosas. Un cuadro que representaba a Jesús contemplando la ciudad de Jerusalén, que había sido comprado por María Enriqueta, permanecía en la pared. Su dueña pensó en la conveniencia de quitarlo para impedir el furor rojo, si éste llegaba a enterarse de su existencia. Estando a punto de hacerlo creyó que su deber y su fe religiosa, le aconsejaban tener confianza en que Dios velaría por su hogar. En ese instante penetra un miliciano, que censura a la dueña de la casa por mantener en el muro una imagen de Cristo. La gran dama no se inmuta y con frases sublimes le dice que aquel cuadro representa la angustia y el dolor de quien vino al mundo, para enseñar una doctrina de



E S C R I B I E N D O Y V I V I E N D O

paz, de amor y de concordia. Y habló con tal elocuencia, que su voz pudo penetrar hasta lo más recóndito de la entraña de aquel rudo soldado, que sintió que aún palpitaba su corazón de creyente y de español. —Perdóneme señora, permítame que le bese las manos, me han conmovido tanto sus palabras... Y salió el miliciano sin causar daño alguno. Cuando regresó don Carlos a su casa, de la cual había estado ausente largo rato, el peligro estaba conjurado, la entereza de una mujer había vencido la rudeza de un soldado, la fe religiosa había triunfado.

Pero María Enriqueta sabía medir las consecuencias de sus actos, y no pocas veces calmó la indignación que a don Carlos Pereyra le causara el espectáculo de hechos sangrientos y macabros de que era testigo presencial. Uno de éstos, de refinada crueldad, tuvo como víctima a un sacerdote a quien los rojos asesinaron con saña despiadada. Pero no contentos con haberle arrebatado la existencia, le pusieron un gran puro en la boca e hicieron mofa del cadáver cantando y bailando alrededor de él. Y lo más grave era que hasta niños tomaban parte en esa danza impía. Cuando aquellos miserables abandonaron el cadáver, don Carlos —Quijote al fin y como tal capaz de la más noble audacia— quiso sustraer el cuerpo a los desmanes de la muchedumbre. Pero la voz de la cordura que era María Enriqueta lo hizo desistir de su propósito. Para ellos que creían en un Dios, supremo Juez del universo, aquel hombre gozaba de la gloria prometida a los mártires de la fe. No tenía objeto recoger el cadáver, además sería una imprudencia porque los rojos podrían castigar severamente a quien lo intentara.

Y sin embargo, estos hechos que me ha narrado María Enfamilia Pereyra, no fueron descritos por don Carlos en su colaboración al libro *“España está Despierta”*.

Por otra parte, precisa aclarar que si bien don Carlos tuvo para el general Franco y para su obra de guerrero y estadista una gran admiración, su pluma jamás se mojó en el tintero



L A G U E R R A C I V I L E S P A Ñ O L A

de la lisonja. Personalmente nunca trató al Generalísimo, lo vió siempre a distancia.

Habló de la guerra civil española como un hombre que mira las cosas desde un punto de vista unilateral, pero no se dejó arrastrar por las bajas pasiones de un sectarismo ciego. Nadie mejor que con Carlos para hablarnos de los tres años anteriores, al momento en que entraron en Madrid las fuerzas del general Franco:

*“Desde julio de 1936 hasta marzo de 1939 fué peligroso y hasta temerario, llevar apuntes... Me consideraba como uno de los privilegiados del infortunio. Al salir del antro rojo, el 28 de marzo de 1939, sano y salvo con todos los míos, amenazados de muerte trágica, podía hacer el balance de Sieyès, después de la Revolución Francesa: “J’ai vécu”. He sobrevivido. Estaba obligado a presentar mi experiencia, llanamente, sin tono patético”.*⁴²

El 18 de marzo marcó para los habitantes de Madrid el comienzo de una nueva era, la pesadilla de los años pasados desaparecía como por encanto:

“Al desaparecer los jefes de las bandas, Madrid encontraba de nuevo su sonrisa, su júbilo, su pulcritud, su gracia y su fé. Era una pueblo y no una muchedumbre. Era un pueblo que no blasfemaba, que no odiaba, que no hacía recuerdos del mal sino para regocijarse con el bien recuperado. Era un pueblo que no cantaba coplas obscenas como las que oímos durante el 14 de abril de 1931. Era un pueblo que no pedía cabezas como lo hacían las cuadrillas rabiosas de aquella y otras jornadas inolvidables. Era un pueblo que no recorría la ciudad volcando bidones de gasolina sobre los edificios condenados a la destrucción, como se practicó durante ocho años mortales.

42 Carlos Pereyra, “España está Despierta”, pág. 29.



ESCRIBIENDO Y VIVIENDO LA HISTORIA

Era un pueblo que no linchaba, como estuvo ejecutando constantemente desde el principio de su dominación hasta el último minuto de la última hora”.⁴³

Había llegado por tanto la hora de reconstruir a grandes rasgos, aspectos fundamentales de la historia de la guerra civil española. Aun cuando aspiró a escribir sin recurrir a un tono patético, le fué imposible ocultar su indignación.

Poco tiempo después de la salida del ejército rojo, Pereyra empezó a evocar a través de la prensa sus recuerdos sobre la guerra. ■ espíritu religioso, recordaba con amargura aquellas horas trágicas en que la propaganda comunista en nombre del progreso, fomentaba el aborto,⁴⁴ perseguía a los creyentes y corrompía conciencias infantiles. Había mendigos que levantaban el puño para pedir limosna y para dar las gracias. Todo esto sin embargo, era poco en comparación a los excesos consumados por tipos patibularios:

“La miliciana Contanza Sáez mutiló espantosamente los cadáveres de los oficiales asesinados en Guadalajara, Josefa Albert y su hija, Ana Subirat, que tenía menos de diez y ocho años, pidieron que se les concediera el privilegio de matar con pistolas ametralladoras a treinta y cinco personas, entre las cuales había cinco sacerdotes. La proeza se realizó en el cementerio de Fraga”.

“Victor Martín, de la checa de Fomento, fué autor de cien asesinatos. Eusebio Raigada Rodríguez cometió quinientos, Angel Sánchez Portela se declaró autor de seiscientos. Pablo Muñoz Izquierdo, de la checa establecida en el convento de las Comendadoras de Santiago, practicó más de mil detenciones

43 “España está Despierta”, ob. cit., pág. 32.

44 Dice don Carlos Pereyra que en 1938, el Madrid rojo votó un crédito de 100,000 pesetas para el servicio del aborto.



L A · G U E R R A · C I V I L · E S P A Ñ O L A

¿y tomó parte en más de seiscientos asesinatos. Antonio Sánchez Portela confesó seiscientos. Pedro Carreño Gómez declaró que había cometido setecientos”.

“Ignoro el nombre y sólo conozco el apodo de “Siete Co-razones”, que en el pueblo de Tabernas capitaneó a los ejecutores de una invención satánica. Enterraban a los vivos y desenterraban a los muertos. Ponían a las víctimas cerca de los pozos y las iban arrojando lentamente, para que las de arriba oyesen los lamentos de las de abajo. El número de los inmolados se calcula en ochocientos. Después profanaban las tumbas y sacaban los cadáveres para fusilarlos. En una de aquellas tumbas enterraron vivo a un jovencito de quince años”.⁴⁵

El profesor angloamericano *Robert Davis* refiriéndose a Franco, se ha expresado en los siguientes términos:

“Se ha criticado a Franco por no haber concluido la guerra anteriormente; pero estaba nivelando sus dos obligaciones como Jefe del Estado y como Comandante Militar. En todo momento sabía que el tiempo luchaba en su favor. Ha gastado las horas para economizar las vidas. Ha conducido una guerra de sitios. Permitió que los hombres del campo adversario tuvieran suficiente tiempo para madurar sus ideas. Dejó que los ciudadanos de la República española se cansaran de las teorías bolcheviques y de la práctica. Y el hecho de que pudo entrar en Barcelona sin oposición y que el ejército republicano-rojo ni siquiera tratara de resistir en la frontera de Francia, justifica la política de su paciencia”.⁴⁶

Si estas afirmaciones fueran la expresión exacta de la realidad española de los últimos tiempos, habría entonces que re-

45 “España está Despierta”, Ob. cit., págs. 53 y 54.

46 “España está Despierta”, pág. 186.



E S C R I B I E N D O Y V I V I E N D O

conocer que la actitud de don Carlos al juzgar la guerra civil de este país y su desenlace, no sólo es justificable sino digna del más alto elogio.



FRENTE A LA REVOLUCION MEXICANA

Cuando don Carlos Pereyra llega a España es un simpatizador de Carlos Marx, considerándolo entonces de la talla de las más grandes figuras humanas:

*“La psicología moderna los llama así; grandes activos. Tienen una exhuberancia de vida que los impulsa a disiparse en toda suerte de acciones, de las que requieren gran potencia cerebral y una energía sostenida. Son los inventores, los descubridores, los conquistadores, los libertadores. Pertenecen a la estirpe de César, de Hernán Cortés, de Humboldt. Encuentran orientaciones nuevas para el espíritu y ponen resortes en la voluntad gastada de los pueblos, revelándoles verdades ocultas. Se llaman Karl Marx”.*⁴⁷

Más tarde publica Pereyra su libro *“La Tercera Internacional”*, y no siendo como él mismo dice ni un admirador de los revolucionarios, ni de los antirrevolucionarios, quiere contemplar sin embargo el panorama político de Occidente “desde el plano de la realidad”. Pero años después, aunque hubiera querido mantenerse en un plano de serenidad, le iba a ser imposible. Los acontecimientos de la guerra civil española, de que fué testigo presencial, y el desarrollo de la Revolución Mexicana, que vió desde lejos, lo hicieron un adversario del marxismo.

47 Carlos Pereyra, “Bolívar y Washington un paralelo imposible”.



E S C R I B I E N D O Y V I V I E N D O

Así como existe un socialismo marxista, hay también un socialismo cristiano; fué esta última doctrina la que Pereyra acabó por adoptar. Condenó las injusticias sociales de México, pero también se rebeló contra todos los atentados hechos a la religión de sus mayores.

Cuando se precipitaron las primeras tormentas revolucionarias, don Carlos permanecía todavía en México. Enviado como ministro plenipotenciario de su Patria a los reinos de Bélgica y Holanda, ya hemos visto cómo lo sorprende la caída del gobierno que él representaba. Después de este fracaso político, más de alguna vez manifestó a sus amigos y conocidos, que no deseaba saber más de la política mexicana de su momento. Pero eso era una simple exclamación de angustia, que quería decir precisamente todo lo contrario. Y los hechos refutaron las palabras dichas en un momento de dolor; sus escritos vinieron a demostrar que le importaban los sucesos políticos de México, más de cuanto pudiera haber creído.

Dudo que haya habido un mexicano, que viviendo en el extranjero, hubiera seguido con tanta inquietud el desarrollo de nuestra política. Leía diarios, revistas, libros sobre el México revolucionario, con la avidez de los que aman demasiado el terruño que los ve nacer. Y viendo todo esto desde Europa, casi en el momento mismo en que los sucesos tenían lugar, no podía juzgar con la ponderación con que la generación de mi tiempo tiene el deber de analizar estas cosas.

Como los sucesos de la Revolución Mexicana no eran hechos aislados, Pereyra enjuiciaba también la conducta de los Estados Unidos en relación con México. Cuando don Carlos atacaba al imperialismo anglosajón, un hombre como Rufino Blanco Fombona no le regateaba elogios, pero se abstenía de solidarizarse con sus juicios sobre la política mexicana, por no conocerla.

Sin consideraciones para un presidente estadounidense como Wilson, tampoco las tuvo Pereyra para caudillos mexicanos como Villa:



FRENTE A LA REVOLUCION MEXICANA

“Pancho Villa es universalmente comocido como facineroso; Woodrow Wilson es universalmente conocido como sumo pontífice de la moral. Y es igualmente sabido de todo el universo que el primer facineroso de los tiempos modernos y el hombre más virtuoso de todos los siglos, estuvieron ligados por una amistad en que el pedante fué un fanático admirador del bandido. . .”⁴⁸

Es imposible poner alas de ángel a un hombre como Villa; pero a pesar de sus grandes errores y enormes defectos, representaba un anhelo de reivindicación social. Ni él mismo se daba cuenta exacta de su significación.

Pero la Revolución Mexicana no es un hecho claro y neto, sino complejo y múltiple. Hay innumerables tendencias, apetitos insanos, ambiciones miserables, pasiones generosas, exacerbaciones de odios y manifestaciones del más puro quijotismo. Con todo eso se ha forjado nuestro tiempo. La época actual es culminación de una brega que, iniciada en 1910, llega a un remanso de paz al iniciarse el gobierno de don Manuel Avila Camacho. En el momento en que estas líneas se escriben, vemos al presidente Miguel Alemán actuar con una gran ponderación y suprema cautela, para tratar de mantener el equilibrio de un país que ha sido siempre muy difícil de gobernar. .

A don Carlos sin embargo no le alcanzó la vida, para ver la culminación del movimiento revolucionario. Por otra parte, aun cuando hubiese vivido hasta nuestros días, ¿habría tenido la información suficiente y la ausencia de prejuicios necesaria, para valorar con justeza? Pero lo que interesa dentro de este trabajo, es el comentario de las ideas de Pereyra sobre la Revolución Mexicana.

Nuestro historiador, para explicar el origen de la injusticia social del indio de su época, retrocedía hasta los tiempos coloniales y encontraba cosas interesantísimas:

48 Carlos Pereyra, “El Crimen de Woodrow Wilson”, pág. 119.



ESCRIBIENDO Y VIVIENDO LA HISTORIA

Humboldt “había visto la perplejidad de los jurisperitos españoles, como Solórzano, que se preguntaban en presencia de las Leyes de Indias, cómo a pesar de un sistema tan clemente y humanitario, los indígenas de América degeneraban tristemente y no se avenían a formar parte de una sociedad progresiva, con la actividad y el entusiasmo de los negros. Dos hombres eminentes, el virtuosísimo Fray Antonio de San Miguel, obispo de Valladolid en la Nueva España, y el que fué después obispo electo de la misma diócesis, don Manuel Abad y Queipo, persona de gran saber, le demostraron que la causa del abatimiento de los indios, debía buscarse justamente en una legislación que para protegerlos comenzaba por declararlos inferiores y que no era plenamente eficaz sino en la perpetuación de esa inferioridad lamentable.

Si Humboldt hubiera podido anticiparse a los hechos, habría visto con igual tristeza que la independencia, en una reacción insensata de individualismo, barriendo las antiguas leyes que declaraban menores a los indios, los emancipó totalmente, sin conservar el régimen de colectivismo agrario, que era su defensa única contra el mercantilismo despiadado de los blancos, más exterminador, dentro de formas hipócritas, que la codicia de los encomenderos del siglo XVI”.⁴⁹

Y en el libro dedicado a la niñez, se expresaba así del indio:

Es preciso “destruir definitivamente los privilegios creados por la Conquista, y devolver al menos una parte de la tierra a los que la cultivan, para que el indígena, secularmente encorvado por la tiranía feudal, pueda levantar la frente al cielo y sentir que es hombre libre”.⁵⁰

Años más tarde, don Carlos fustiga a hombres como Plutarco Elías Calles y Alvaro Obregón, porque no los considera

49 Carlos Pereyra, “Humboldt en América”, pág. 208.

50 Carlos Pereyra, “Patria”, pág. 149.



FRENTE A LA REVOLUCION MEXICANA

sinceros caudillos de la liberación proletaria. Lo que censura —y en este aspecto su posición resulta irreprochable—, es la bellaquería de los que llamándose caudillos de las reivindicaciones populares, son en el fondo hombres enriquecidos a la sombra de la Revolución. Tampoco puede reconocerles decoro, a los que para granjearse un reconocimiento de los Estados Unidos, no vacilan en colocar a los pies de este país, la dignidad nacional, sacrificando los intereses del mexicano en favor del extranjero.

Se siente indignado contra los autores de la persecución religiosa que iniciada por Venustiano Carranza, continúa bajo el gobierno de Alvaro Obregón y llega a su punto álgido bajo la presidencia de Plutarco Elías Calles. Pero se da cuenta de que existe una fuerza que contrarresta esa furia anticatólica:

“Alguien ha de haber mantenido viva la llama que encendieron Fray Pedro de Gante y Fray Juan de Zumárraga”.

“¿Quién?”

*“Prelados criollos, mestizos, indios, más mexicanos que todos los congresistas de todos los congresos y que todos los generales de todas las guerras civiles”.*⁵¹

Sin embargo, hubo políticos y caudillos honrados dentro de la Revolución. Algunos de ellos, como Field Jurado y Belisario Domínguez murieron trágicamente, sacrificados por aquellos que no podían tolerar vivos a quienes eran un dechado de probidad política. Y Emiliano Zapata, que levanta la bandera de *“Tierra y Libertad”*, es muerto en una emboscada.

Don José Vasconcelos en un momento brillante de su vida, acaudilló un grupo que representaba el más noble desinterés. Todavía en nuestro tiempo, existen dechados de honradez y

⁵¹ Carlos Pereyra, “Breve Historia de América”, primera edición, pág. 738.



ESCRIBIENDO Y VIVIENDO LA HISTORIA

de honor como don Antonio Díaz Soto y Gama que representan el espíritu puro de la auténtica Revolución. Pero en conjunto puede decirse que son más los caudillos que explotaron la Revolución en provecho propio, que los que se sacrificaron noblemente por ella. A la aristocracia porfiriana siguió la aristocracia de los nuevos ricos, formados a la sombra de la bandera revolucionaria.

Mas don Carlos, auténtico Quijote, no iba a buscar a los hombres puros de la Revolución para ayudarlos a combatir a los impostores. Para luchar contra canallas, consideró que él solo se bastaba. La encarnación más grandiosa del quijotismo español hecho hombre, se llamó Iñigo de Loyola, y, el gran vasco recomendaba a los suyos: “*Id, abrasadlo e incendiadlo todo*”. Así, cada vez que un Quijote como Pereyra, surge en un lugar cualquiera de España o Iberoamérica, irá a dirigir una heroica cruzada, con el alma llena de odios, de santos odios.



*Rescatando el Santo Sepulcro de lo
Español*

Dios nos concedió el destino más alto entre todos
los destinos de la historia humana: el de completar el
planeta el de borrar los antiguos linderos del mundo.

Marcelino Menéndez y Pelayo



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



AUTODENIGRACION HISPANICA Y DESESPAÑOLIZACION

Fué necesario que en el siglo XIX aparecieran en el escenario intelectual del mundo gentes como Alejandro de Humboldt, Washington Irving y Guillermo Prescott, para que España y Portugal recordaran mejor la importancia de su propia obra descubridora y colonizadora en América.

Los primeros años del descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo, no carecieron de literatura que narrara con brillante colorido, la epopeya de aquellos audaces navegantes y dominadores de imperios. *Herrera, Pedro Mártir, el Inca Garcilaso de la Vega*, son exponentes de la altura que alcanzó el cultivo de este género literario. Pero todos estos escritores resultan pigmeos al lado de los hombres de acción españoles y lusitanos, que con su fiebre aventurera, su sed de oro y su hondo sentimiento religioso, formaban con su esfuerzo un imperio colosal.

Hay un soldado sin embargo, cuya obra literaria no sólo iguala sino supera a su esfuerzo épico, Bernal Díaz del Castillo. Pero cuando se acerca uno a su “*Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*”, hay que pensar en lo que dijo Walt Whitman, hablando de su propia obra: *no estás tocando un libro sino a un hombre*.

Si de este aspecto pasamos a otro, no menos importante, vemos que la leyenda negra fué obra de los propios españoles. ¿Existe en algún otro lugar del mundo un pueblo como Es-



RESCATANDO EL SANTO SEPULCRO

pañá, capaz de empañar su propia gloria? Quien puso los pilares de la leyenda negra, fué Fray Bartolomé de Las Casas. No falta español o hispanoamericano, que indignado por las hipérboles que usaba Las Casas, llegue a creer que era judío y que por eso procedía con aquella su conocida indignación. No, Las Casas fué español, auténticamente español, y como tal, capaz de negar la grandeza heroica y brutal de su propia raza. ¿No fué acaso también otro español el que a raíz de la derrota ibera de 1898, lanzó un grito de “¡muera Don Quijote!”, para después decir: “Y yo dí un ¡muera Don Quijote!, y de esta blasfemia que quería decir todo lo contrario que decía, brotó mi culto al quijotismo como religión nacional”.⁵³ En efecto, sólo un español, un hombre como Unamuno, puede expresar: “Si consiguiéramos hacer creer que en un día dado, sea el 2 de mayo de 1908, el centenario del grito de la independencia, se acababa para siempre España; que en este día nos repartían como a borregos, creo que el día 3 de mayo de 1908 sería el más grande de nuestra historia, el amanecer de una nueva vida”.⁵⁴

Pero precisa aclarar que España tuvo conciencia de su fuerza, en el siglo en que la historia de este pueblo era la historia del mundo. El español, que fué súbdito de Carlos V o de Felipe II, al pisar la tierra de Flandes, Italia, Francia, América y Filipinas, se sabía representante del imperio más poderoso del mundo. Epígono de una raza que en un esfuerzo secular había logrado vencer el poder morisco y fundaba el primer Estado moderno, el español creía tener una misión extraterrena. “Sus energías crecían con los peligros, arreciaban con los obstáculos, se agigantaban con la adversidad; sólo

53 “Del Sentimiento Trágico de la Vida”, Miguel de Unamuno. Ensayos, tomo II, pág. 984. Edición Aguilar, 1945.

54 “Vida de Don Quijote y Sancho Panza”. Miguel de Unamuno. Ensayos, tomo II, pág. 67. Edición Aguilar, 1945.



D E S E S P A Ñ O L I Z A C I O N

*la muerte los vencía; pero no, ni ella; la religión de la esperanza se encargaba de hacerles sobrevivir y les presentaba ante el Juez Supremo, tintos en sangre, pero con la cruz de la espada entre los labios y en el corazón, la fe en la espada y en la cruz”.*⁵⁵

Pero si España llegó en el siglo XVI al momento culminante de su esplendor, al terminar ese gran siglo tocó a los umbrales de la decadencia. Felipe II, que había sido impotente para extirpar el protestantismo en Inglaterra; que no pudo dominar a Francia ni someter a los Países Bajos, muere al finalizar esta trágica centuria.

Mientras España descendía poco a poco en importancia dentro de la esfera internacional, Inglaterra subía a pasos de gigante hacia la cumbre de una prosperidad ilimitada.

Después, corriendo parejas con la decadencia, vino la imitación de lo exótico. Primero se imitó el buen vivir del período versallesco, después la Filosofía de la Ilustración encendió la imaginación española e iberoamericana, y finalmente fué de buen tono imitar todo aquello que pudiera imitarse, con tal de que no fuera de olor hispano.

El resultado de aquello fué que el mundo de habla española miró con desprecio todo su pasado; y cuando llegó el momento en que se desintegraba el Imperio, cada cual dirigió su nave rumbo a tal o cual utopía.

En América el odio a España y a lo tradicional, tomó proporciones fantásticas. Un militar como don Francisco de Paula Santander, sin ocultar sus crueldades y su odio antiespañol, afirmaba: *“Se me echa en cara haber fusilado treinta y nueve españoles... ¡Pues sólo me queda el sentimiento de que no hubieran sido treinta y nueve mil!”*

⁵⁵ Justo Sierra, “Evolución Política del Pueblo Mexicano”. Edición del Fondo de Cultura Económica, 1940, pág. 64.



RESCATANDO EL SANTO SEPULCRO

Don Faustino Domingo Sarmiento pensaba que la tragedia de América era el haber sido en gran parte ocupada por españoles y que urgía la desespañolización. Pero Sarmiento era un emotivo y por lo tanto susceptible de ser fácilmente arrebatado por la ira. Mas don Juan Bautista Alberdi, cabeza sólida, hombre de ponderación y cálculo, era sin embargo víctima del mismo prejuicio aunque en menor intensidad.

Bolívar, pese a su genio, fué impotente para sobreponerse al contagio de aquella infección. En efecto, llegó a afirmar:

“De todos los países, es tal vez Sudamérica el menos a propósito para los gobiernos republicanos, porque su población la forman indios y negros, más ignorantes que la raza vil de los españoles, de la que acabamos de emanciparnos. Un país que se encuentra representado y gobernado por pueblos semejantes, no puede ir sino a la ruina”.

En medio de aquel ambiente saturado de antiespañolismo, no faltaba sin embargo más de una voz que hablase de fidelidad a la tradición española. Alamán, única figura de Hispanoamérica digna de rivalizar con Bolívar en aquella época, por la profundidad de sus juicios iberoamericanos, habló de la necesidad de fraternizar con España. Pero el odio antiespañol impedía por lo pronto, la posibilidad de una reconciliación entre la metrópoli y sus antiguas colonias.

Pasadas estas primeras décadas en que América presa de la anarquía, luchó por organizarse políticamente, el mundo hispano pudo respirar una atmósfera más pura.

Díaz reafirmaba en México la República liberal, ya sólidamente cimentada por Juárez; Argentina había establecido un régimen institucional; García Moreno había realizado en Ecuador obra constructiva; el Brasil sustituía un imperio por un sistema republicano.



D E S E S P A Ñ O L I Z A C I O N

La intelectualidad iberoamericana representada antaño por hombres como Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento, Lorenzo de Zavala, Lucas Alamán, reconocía ahora como exponentes a Francisco Bulnes, Justo Sierra, Eugenio M. de Hostos, José Martí, Rubén Darío y otros no menos ilustres.

España en tanto, había reconocido la independencia de sus antiguas colonias de Tierra Firme, pero conservaba aún dominio sobre Puerto Rico, Cuba y Filipinas.

No fué Pereyra de la generación de los intelectuales que fueron caudillos ideológicos, en el momento en que tuvo lugar el dramático duelo que iba a liquidar definitivamente el poder imperial de España; pero fué testigo de sus afanes, de sus luchas y de sus anhelos.

Pero si un Justo Sierra desde antes de ir a España supo evolucionar de un liberalismo antiespañol, a la comprensión de lo que hay de grande y de noble en ese pueblo, hubo intelectuales hispanoamericanos de significación, que no lograron el mismo resultado. Eugenio M. de Hostos, caballero que por su fisonomía, sus maneras y su porte señorial era un auténtico español de América, tenía todavía fuertes prejuicios contra el sistema colonial de España. Había vivido bastante tiempo en ese país, pero su estancia allí, no fué suficiente para producir una transformación completa en su criterio político.

Otro caudillo, que luchaba por la emancipación de Cuba, como Hostos lo hacía por la de Puerto Rico, acertó más que nadie a comprender el valor de lo español. Aunque la caudalosa obra de ese gran cubano que se llamó José Martí, tiene la influencia de la corriente antiespañola —¿quién podía desprenderse en ese tiempo en absoluto de este prejuicio?—, tal vez nadie como él acertó a entender la realidad iberoamericana y española, y su posición frente a la amenaza anglosajona.

Buscó Martí entre los políticos de la madre patria, una comprensión para sus ideales, que eran el anhelo vivo de



RESCATANDO EL SANTO SEPULCRO

toda Iberoamérica. Pero si en los finales del siglo XVIII hubo un Conde de Aranda que predicó en el vacío, en el XIX había muchos estadistas que andaban a ciegas, intentando comprender la doctrina del gran aragonés, cuando en realidad no hacían otra cosa que mirarla a través de los cristales de la refracción. Uno de estos ofuscados era don Emilio Castelar, que si por este aspecto merece reproche, es digno en cambio por otra parte, del aplauso de los hispanoamericanos que le debemos un tributo de admiración.

Si los mismos españoles de la generación del 98, sintieron una maldición cernirse sobre su patria y renegaban de su pasado, ¿había algo de extraño en que los hispanoamericanos hicieran lo mismo?

Un año después de este momento trágico, Francisco Bulnes, al referirse a España, hizo uso de una dialéctica plétorica de salvaje belleza y de afirmaciones unas veces agudamente certeras, y otras profundamente equivocadas:

“En la España del siglo XVI, después que la tiranía de Carlos V, exterminó a Sancho Panza y su raza; la lógica sin clima cerebral fué para siempre proscrita. El español industrioso y honrado desapareció para dar lugar al imbécil feroz y al héroe furibundo; ambos con la vanidad de monarca de cafres. La gran talla del español fué la del bandido que conquista y pone los pies de los príncipes en la lumbre para robarlos; fué la del poeta con lenguaje de maravilloso pájaro y con pensamiento de insecto, ensalzando el terror; la del teólogo haciendo matemáticas con horribles suplicios; la del pintor revoleando la estética entre gesticulaciones de réprobos, vientres destripados y serruchos que cortan huesos y dividen tendones. Todos, grandes y pequeños tenían más ambiciones que los reyes y más demencia que los hidrófobos. La nota artística nacional era tan sonora, tan grande, tan explosiva por el contraste, tan potente por su conmoción, que mezclados en una misma época con Cortés, Almagro, Torquemada



D E S E S P A Ñ O L I Z A C I O N

*da, Carvajal, Felipe II, Calderón, Lope de Vega, Loyola, Rivera, Alva, aparecen Cervantes, Santa Teresa, Quevedo, Murillo, Velázquez; monstruos y artistas, pero ni un solo hombre de ciencia; lo que prueba que toda aquella memorable acción, la engendraba la mentira”.*⁵⁶

Justo Sierra a raíz de estos acontecimientos, y dentro de las modestas dimensiones de su iberoamericanismo, vindicó la grandeza de lo español. Don Justo, censurando lo que hay de condenable dentro de la colonización española, es uno de los defensores iberoamericanos de la gloria ibera.

Pereyra desenvuelve su educación y prepara su arsenal de caballero andante, en el momento en que estos hombres tocan a su madurez intelectual. No fué ajeno, ya lo he dicho, al prejuicio anti-español, pero se colocó bien pronto por encima de él. Su tránsito al ángulo de la Hispanidad extremada, no fué obra de un día. Más de una década pasó para que fuese posible trasmutar su credo y, durante este tiempo, tuvo luchas intensas dentro de su conciencia de historiador. Peleaba a menudo, dentro de él, el sociólogo contra el romántico y acabó por vencer la convicción sociológica.

⁵⁶ Francisco Bulnes, “El Porvenir de las Naciones Hispano Americanas”, pág. 26.



LA REACCION ESPAÑOLISTA

En nombre de la sociología, la historia, la ciencia y la filosofía, se negó a los países hispanos durante más de una centuria, el derecho de ocupar un sitio prominente dentro de lo universal. Se decía que el mundo ibero nada había producido de trascendente, ni dentro del orden del espíritu ni en el terreno de los actos.

En la esfera política de los finales del siglo XVIII, España había bajado de categoría. Luego los políticos y los pensadores de esta época y de las que le sucedieron, hablaron de la incompetencia de España en todos los órdenes. Y los mismos hispanoamericanos, al igual que los españoles, acabaron por sentir un complejo de inferioridad étnica. “*Se nos midió el cráneo, el tórax y la estatura, se nos estudió microscópicamente el cabello, se hicieron luminosas disertaciones sobre nuestra variada pigmentación*”.⁵⁷ ¿Y todo esto para qué? Para declararnos inferiores etnológicamente a los otros grupos humanos.

Se negaba que España y Portugal hubieran hecho alguna aportación al progreso humano, en cambio se reconocía o se les declaraba hábiles en la rapiña, manifestada en el pasado en la explotación inconsiderada de que habían hecho víctima al indio. No sólo eran países de ladrones, sino que además eran ineptos como constructores de imperios. ¿Qué podían ha-

⁵⁷ Carlos Pereyra, “Las Huellas de los Conquistadores”, pág.



R E A C C I O N E S P A Ñ O L I S T A .

ber trasplantado al Nuevo Mundo si no poseían sino vicios y miserias? Su fanatismo, su incultura, su intolerancia, sus prejuicios, su odio al trabajo era lo único que podían entregar como herencia a sus colonias. Tal era la concepción formulada por los adversarios de España y que muchos hispanoamericanos aceptaban como artículo de fe.

En el siglo XVI el oro americano que no enriquecía a la península Ibérica, se iba a perder en la hoguera de las contiendas dinásticas. La riqueza procedente de América y la bravura de los soldados españoles utilizada para defender una idea política y religiosa al mismo tiempo. Si el catolicismo existe en el mundo con la formidable potencia que hoy tiene, es gracias al apoyo que le prestaron Carlos V, Felipe II, y merced a la fuerza de resistencia opuesta por Ignacio de Loyola y los suyos. Pero hasta esta intervención de España como fiel de la balanza de los destinos del mundo, en un momento de crisis profunda, es desdeñada.

Sin embargo, llegó la hora de la rehabilitación del prestigio español. Tiene Humboldt el papel de precursor y maestro en esta campaña de reivindicación. Dió a conocer al mundo científico de su tiempo, los adelantos que habían logrado en el orden de la cultura los países iberoamericanos. Por otra parte consideraba “único en la Historia, el impulso dado a todos los órdenes de la cultura por las empresas geográficas de los pueblos ibéricos en los siglos XV y XVI”.

Hombres como Guillermo Prescott y Washington Irving, le hablaban al mundo de los grandes tipos iberos que en América dejaban la huella de su paso, como descubridores y como conquistadores.

Por su parte, el mundo español⁵⁸ reaccionó vigorosamente contra aquella atrofia sistemática a que había querido some-

58 Usaré muy a menudo el término “lo español” dándole una acepción amplísima como concepto que abarca no solamente lo ibero, sino también lo hispanoamericano.



RESCATANDO EL SANTO SEPULCRO

térsele y expresó su defensa a través de espíritus tan preclaros como Marcelino Menéndez y Pelayo, Ricardo Majó Framis, Miguel de Unamuno, y habló por la boca de americanos tan ilustres como Carlos Pereyra, José Martí, Rubén Darío y José Vasconcelos.

Podría amordazarse a lo hispano, política y económicamente, pero el vuelo del espíritu nadie podría contenerlo.

Aquellos gigantes del pensamiento se fueron a buscar las bases de nuestra grandeza. Marcelino Menéndez y Pelayo escribió su *“Historia de los Heterodoxos Españoles”* y la *“Historia de las Ideas Estéticas en España”*, para demostrar que su Patria había hecho aun espiritualmente, creaciones portentosas. Además en su *“Historia de la Poesía Hispanoamericana”* y otros trabajos importantes, contribuyó a restaurar los lazos de amistad entre América y España, con mayor éxito que el que hubieran logrado veinte congresos de la Hispanidad.

Rubén Darío, en un gran gesto de cordialidad hacia Walt Whitman, levantó lo hispano al rango de la grandeza anglosajona.

Martí hablaba en términos un tanto condenatorios de una época que veía desaparecer:

*“Eramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Eramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norte América y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar a sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. . . Eramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga. . .”*⁵⁹

59 José Martí, ‘Nuestra América’, Obras Completas, tomo V, pág. 17.



R E A C C I O N E S P A Ñ O L I S T A

Con la convicción de que el americano de habla española tenía la obligación de crear sus propias afirmaciones, señalaba cuál era la responsabilidad de los hombres de su tiempo:

*“La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”.*⁶⁰

Hispanoamérica debía comprender cuál era su deber fundamental en aquel momento histórico:

*“¡Oh, si a estas inteligencias nuestras se las pusiese a nivel de su tiempo; si no se las educase para golillas y doctos de birrete de los tiempos de audiencias y gobernadores; si no se les dejase, en su anhelo de saber, nutrirse de vaga y galvánica literatura de pueblos extranjeros medio muertos; si se hiciese el consorcio venturoso de la inteligencia que ha de aplicarse a un país y el país a que ha de aplicarse; si se preparase a los suramericanos,⁶¹ no para vivir en Francia, cuando no son franceses, ni en los Estados Unidos, que es la más fecunda de estas modas malas, cuando no son norteamericanos, ni en los tiempos coloniales, en competencia con pueblos activos, creadores, vivos, libres, sino para vivir en la América del Sur...!”*⁶²

Hemos dicho que don Miguel de Unamuno, español que había sentido todo el patetismo de la derrota del 98, hizo su

60 “Nuestra América”, ob. cit., pág. 14.

61 Al decir suramericanos Martí hace referencia a todos los países del continente americano que hablan español.

62 José Martí, “Nuestra América”, pág. 32.



RESCATANDO EL SANTO SEPULCRO

credo del “quijotismo como religión nacional”. Vasconcelos por su parte formuló su tesis de exaltación de lo español, en uno de los momentos más críticos por los que haya pasado nuestra raza.

¿Qué hace Pereyra entre tantos reconstructores de la gloria hispana? Realiza una tarea múltiple y compleja. Estudia las vicisitudes del imperio español, la importancia de la colonización y el descubrimiento americanos; la significación de la América emancipada, y sitúa a lo español en el rango que le corresponde dentro de lo universal.



EL CONCEPTO DEL DESCUBRIMIENTO

Con motivo de la inauguración de la Escuela Normal de Saltillo, Coahuila, tierra natal de Don Carlos Pereyra, fué invitado para pronunciar un discurso en dicho acto. Esta ceremonia tuvo lugar el 5 de febrero de 1909. Los conceptos que el distinguido historiador, sostuvo refiriéndose a los conquistadores y descubridores españoles fueron los siguientes:

“En la crisis pedagógica que pasamos, no es el menor desasosiego que tenemos el que nos causa la violenta campaña de difamación iniciada ya hace largos años y seguida con encarnizamiento contra nuestra sangre y nuestra raza. Antes de que fuese moda confesarnos inferiores y arrodillarnos ante pueblos extraños, diciéndonos impotentes para la civilización, un conjunto funesto de errores, que al cabo se han convertido en imposturas, quiso que nosotros mismos diésemos en llamarnos pueblo conquistado. Y de esta suerte, ni por la formación étnica ni por la historia de nuestra unidad política, nos concedemos el valor que tenemos y que debiera ser declarado con orgullo. No; no somos pueblo conquistado; no somos pueblo inferior. Evocad todas las grandes oleadas de expansión civilizadora, desde la de los Fenicios hasta la que dominó el Far West americano, y si contempláis los siete siglos de la colonización helénica, la romanización que abarcó un mundo desde la Dacia hasta las columnas de Hércules, el esplendoroso imperio arábigo, las repúblicas de Génova y Venecia que resucitaron las plutocracias púnicas henchidas de riqueza y desbordantes, de cultura, el imperio colonial



RESCATANDO EL SANTO SEPULCRO

inglés y la actividad mercantil de Holanda, veréis que todo esto es grande; pero que en la epopeya de la Humanidad tienen también derecho a un canto los portugueses de Vasco de Gama y los españoles de Núñez de Balboa”.

“Hijos de los nuevos argonautas, nuestros antepasados llegaron a esta tierra con el arma al brazo. Yo no encuentro inferior en interés emocionante la ocupación de los vastos territorios mejicanos del Norte por nuestros padres a la ocupación de los vastos territorios del oeste norteamericano por el pueblo vecino. La voz de Prescott nos ha dicho que en Cortés la humanidad anglosajona admira a un héroe colosal; pero no se nos ha dicho todavía por la voz de otro gran historiador como Prescott que los fundadores de nuestra nacionalidad fueron de la estatura del caudillo extremeño. Pudieran decirnoslo, sin embargo, con la misma justicia con que encarecen las hazañas de los combatientes que enrojecieron de sangre guerrera el lago de Texcoco”.⁶³

Si se comparan estas expresiones de Pereyra con lo que manifestara el mismo autor en su obra “*Historia de Coahuila*”, sobre cuestiones referentes a España, se nota que sus prejuicios antiespañoles tienden ya a desaparecer.

Pereyra, entre las gentes de habla castellana, fué uno de los que hicieron mayor derroche de crítica, de entusiasmo y de dialéctica para hablar de la importancia de la obra de España en América. Nadie, con excepción tal vez de Ricardo Majó Framis, logró en el mundo hispánico expresarse con mayor entusiasmo de la obra del descubrimiento y conquista de América. Y como si esto no bastase, aún le sobró brío crítico para adentrarse en el estudio de la colonización americana. Además de haber hecho esto, puso su laboriosa dedicación al servicio de una labor revisionista de los problemas de la América contemporánea. Aun cuando en Pereyra muy

63 Angel Dotor, “Carlos Pereyra y su Obra”, págs. 28 y 29.



C O N C E P T O D E L D E S C U B R I M I E N T O

a menudo la erudición se enseñoreaba de su espíritu, su preocupación primordial apuntada más allá de un mero conformismo intelectualista. Aspiraba, sobre todo, a dar al mundo iberoamericano conciencia de su fuerza y de su significación mostrándole la autenticidad histórica con toda su magnificencia.

Profundo admirador de Rembrandt, don Carlos manejó la técnica pictórica del gran holandés, aplicándola a la historiografía. No es que se hubiere inspirado en él, lo que sucedía era que aun sin proponérselo —por una cualidad ingénita en Pereyra, usaba a veces, al reconstruir un cuadro histórico, tal maestría en el uso de las sombras y las luces, que lo emparentaban a Rembrandt.

Don Carlos Pereyra siente como don Marcelino Menéndez y Pelayo, una profunda indignación contra todos los que atacan la gloria de España:

*Lo corriente y lo vulgar en Europa y en América, lo que cada día se estampa en libros y papeles, es que la gloria de Colón es gloria italiana o de toda la humanidad, excepto de los españoles, que no hicieron más que atormentarle y explotar inicua y bárbaramente su descubrimiento, convirtiéndolo en una empresa de piratas. Esta es la leyenda de Colón, y ésta es la que hay que exterminar por todos los medios, y hacen obra buena los que la combaten, no sólo porque es antipatriótica, sino porque es falsa, y nada hay más santo que la verdad”.*⁶⁴

Impotente sin embargo Pereyra para llegar a un eclecticismo que armonice la grandeza de Colón con la gloria del esfuerzo español, pasa a la posición extrema del españolismo:

⁶⁴ Carlos Pereyra, “Historia de la América Española”, tomo primero, pág. 98.



RESCATANDO EL SANTO SEPÚLCRO

*“Colón era, en realidad, un genio, y a pesar de su escasa disciplina, se muestra admirable por sus adivinaciones. Pero no era un genio entre idiotas ni entre ignorantes. Y, sobre todo, no era un cordero entre lobos...” “Colón andaba con la capa raída, y se trajeaba de nuevo con lo que le daba la compasión; pero, mal vestido o vestido de caridad, era más rey que los reyes, no habituados, por tanto, al regateo; él, un italiano, con mañas y acaso con sangre de judío; un genovés, un temperamento fuerte, para quien era desconocido aún como representación el choque grosero que en un temperamento fino produce la ajena concupiscencia”.*⁶⁵

Si alguna vez había profesado cierta admiración por Colón, después se levanta indignado contra el Descubridor para no ver en su figura sino lo opuesto al héroe desinteresado:

*“La dureza de Colón estaba constituida por el egoísmo personal y por la injusticia del hombre negado para el amor. Sus afectos no salieron del círculo cerrado de la consanguinidad. No fué amante. No fué amigo. Su gratitud sólo figuró en escritos de argumentación y con fines retóricos. Su egoísmo tenía una estrechez inverosímil y una dureza de mármol. Era la torva codicia judaica de un logrero. Era la malevolencia que nada perdona. Todo prójimo fué un enemigo; todo inconforme, un rebelde; todo émulo, un traidor a la ley imperiosa del monomaniaco poseído de su propia grandeza, de su propia virtud y del concepto aberrante que imponía su interés como ley universal”.*⁶⁶

Le quedan sin embargo resabios de su antiguo culto a Colón, y siguiendo al barón de Humboldt, siente toda la emoción poética que embriagaba al descubridor del Nuevo Mundo:

65 “Historia de la América Española”, ob. cit., págs. 52 y 53.

66 “Historia de la América Española”, ob. cit., págs. 155 y 156.



CONCEPTO DEL DESCUBRIMIENTO

*“Pero Colón es, ante todo y sobre todo, un poeta. Es el primero y más grande de los poetas del Nuevo Mundo; el que mejor ha pintado los aspectos de su naturaleza. Humboldt tenía por Colón una admiración muy justificada, pues él, que sintió tan hondamente las bellezas de la América equinoccial, media la altura de las inspiraciones poéticas de Colón. Y nunca se elevó éste a una magnificencia tan grande como la que empleaba para describir la tempestad frente a Veragua: “Nueve días anduve sin esperanza de vida. El viento no era para ir adelante, ni daba lugar para correr hacia un cabo. Allí me detenía en aquella mar fecha sangre, herviendo como caldera por gran fuego. El cielo jamás fué visto tan espantoso; un día con la noche ardió como forno; y así echaba la llama con los rayos, que cada vez miraba yo si no había llevado los mástiles y velas; venían con tanta furia espantables, que todos creían que me habían de fundir los navíos. En todo este tiempo jamás cesó agua del cielo, y no para decir que llovía, salvo que reseguendaba otro diluvio”.*⁶⁷

Si bien es cierto que a Colón no le niega su importancia como hombre de acción, cree sin embargo que la gloria del descubrimiento, corresponde fundamentalmente a hombres como los Pinzones, a cartógrafos como Juan de la Cosa, a navegantes como Diego de Lepe y Rodrigo de Bastidas. O dicho en otros términos, esa gloria debe ser para *“la figura estoica del marino español y del labriego español —del héroe anónimo—, que es, en realidad el autor de todo ese movimiento de expansión”*.

Pero no puede negar a Portugal la importancia de su esfuerzo. El apellido de don Carlos y su culto por el mundo lusitano, hacen pensar que posiblemente tenía en las venas sangre portuguesa. En efecto ¡con qué brillantez expresa sus emociones!:

67 “Historia de la América Española”, tomo segundo, pág. 151.



RESCATANDO EL SANTO SEPULCRO

¡Oh, Crónica! Tú, madre del Poema, viste a Don Manuel presidiendo el Senado de las barbas de nieve y de las calvas ilustres que forman el Consejo de un monarca. Tú le viste en el momento de la resolución suprema. Y tú nos cuentas —¡oh Crónica novelera!— que pasaba frente al rey un caballero. El rey tenía los ojos bajos. Meditaba. De todo eres capaz —¡oh Crónica!— hasta de contar que medita un Don Manuel. . .

Y entonces. . . ¿Pero para qué quitarte la palabra? Tú has dicho —sólo tú sabes decir estas cosas— que “como levantase el rey los ojos, acertó a atravesar la sala Vasco de Gama, caballero de su casa, y de noble generación, hijo de Estevão de Gama, veedor que fué de la casa del rey Don Alfonso. Y Don Manuel al instante resolvió que el camino de la India fuese buscado por aquel “Homem prudente e de bon saber, e de grande ánimo para todo bon feito”.⁶⁸

⁶⁸ Carlos Pereyra, “La Conquista de las Rutas Océánicas”, págs. 235 y 236.



EL IMPERIO ESPAÑOL

Don Carlos ha estudiado en bibliotecas y archivos las vicisitudes del Imperio Español, no con el afán del romántico que fija los ojos en el pasado en una actitud puramente contemplativa, sino con la preocupación del que busca en los sucesos de ayer, la explicación de los hechos históricos de su tiempo. Va ante todo, si se quiere, con una obsesión, pero no es su prejuicio el del doctrinario que busca fundamentaciones a un credo inmutable, sino con la inquietud de un americano que quiere comprender a través del fenómeno del Imperio español, la causa de la debilidad política de los países que antes fueron colonias de España.

En el libro que resume todo su pensamiento respecto de este asunto, define con absoluta claridad su punto de vista:

“El Estado Imperial dentro de cuyo molde se realizó el desenvolvimiento de la agrupación hispanoamericana, carecía de la capacidad necesaria para contener la desbordante actividad característica de la raza. Era un Estado hecho para satisfacer tendencias aberrantes, como fueron las de dos dinastías que a pesar de haber nacionalizado sus métodos, conservaron como primordiales ciertos fines de extranjeriza rai-gambre.

Este libro es una exposición del conflicto histórico entre la genialidad potente del pueblo, cuya representación sitética aparece en la figura de Hernán Cortés, y la incomprensión



RESCATANDO EL SANTO SEPULCRO

*radical de Hapsburgos y Borbones ante el hecho de la creación de una España sin fronteras”.*⁶⁹

Si en Fernando de Aragón ve a un rey que saca a España de sus órbitas nacionales, en Carlos V mira a un monarca que termina por llevar a este país al plano inclinado de la decadencia:

*“Un heredero borgoñón, mantenido fuera de la tradición española, hubiera sido un mal transitorio, un parasitismo de efectos históricos limitados; pero al españolizarse Carlos V, injertó su política en el tronco aragonés, y no en el tronco castellano. Su acción fué fernandina, no isabelina. Repudió la política de Jiménez de Cisneros, y no sólo la repudió por un acto de voluntad, sino que con creaciones perdurables desvió de sus cauces toda la vitalidad española. . .”*⁷⁰

En su afán de revisionismo histórico, utilizando una poderosa documentación y potente fuerza crítica, combate hasta gigantes de la historiografía del tamaño de Leopold Von Ranke:

*“Se engaña Ranke al decir con Soriano que, una vez dueños del Milanesado, los españoles comprendieron la importancia que tenía, ya para consolidar relaciones con Suiza y con Alemania, ya para establecer un vínculo entre los Países Bajos y el resto de la Monarquía.” El Milanesado no era importante “para los españoles”, sino para “el Soberano de los Españoles. De todos modos, los súbditos españoles del Emperador prestaron su bravura, las masas de su infantería, magistralmente organizadas, y la constancia en el sostenimiento de una resolución a la que era extraño el pueblo”.*⁷¹

69 Carlos Pereyra, “El Imperio Español”, pág. 7.

70 “El Imperio Español”, pág. 44.

71 “El Imperio Español”, ob. cit., pág. 46.



E L I M P E R I O E S P A Ñ O L

España para dedicar todo su esfuerzo a la obra colonizadora, debió haber reducido su actividad a buscar una “*fórmula de paz con Francia*” y lograr “*la concentración de todos los esfuerzos, para asegurar la preponderancia marítima en el Mediterráneo y en el Océano Atlántico*”.

Muchos hispanistas se sienten orgullosos del reinado de Carlos V y de Felipe II. Para ellos si hay un momento glorioso, es precisamente esa época, de la cual sienten una sincera nostalgia, pero sin atreverse a someterla al frío examen de la crítica.

Negar el gigantesco poderío acumulado por España bajo el imperio de esos dos monarcas, sería incurrir en una demencia crítica, pero creer que no existe el germen de una futura decadencia dentro de esa misma época oropelesca y trágica, es caer en error colosal. Hay quien cree que España y su Imperio se hubieran salvado de la catástrofe en que cayeron, de haber seguido la política de Carlos V y Felipe II. Pereyra reacciona contra esta actitud, porque su alma de americano le permite apreciar con mayor claridad el problema. Su reina es Isabel de Castilla, que secundada por el cardenal Cisneros, “*fija sus ojos en Africa y América donde estaba el porvenir de España*”.

Para Fernando de Aragón, uno de los más notables políticos de todos los tiempos, hombre de suma capacidad, grande energía y voluntad férrea, no tiene sin embargo simpatías. Y es que mira que este monarca después de la muerte de la reina: “*en vez de proyectar hasta América el esfuerzo que había de producir creaciones colosales, se hundió en las intrigas europeas, aplicando a los estériles problemas de las luchas dinásticas una perspicacia, una voluntad y una imaginación, que superan a cuanto pudiera concebirse en el orden estéril de la creación política. . .*”⁷²

72 “El Imperio Español”, ob. cit., pág. 42.



CONQUISTA Y COLONIZACION

Se ha censurado a los españoles su espíritu aventurero, reacio al trabajo. Pero *“si estos pueblos no hubieran hecho otra cosa que peregrinar, ello por sí solo sería suficiente para darles el primer puesto entre los transformadores del planeta. Encontraron el mundo fragmentado, y unieron sus inconexas partes, descubriendo la navegación oceánica. A ellos se debe la geografía universal, la historia universal, el hombre universal. Antes de que establecieran la primera estancia de plantadores en América o la primera factoría mercantil en la India, había nacido un hombre nuevo gracias a las exploraciones”*. *“...Ya no peleaban (los españoles) por un fragmento de Galicia o de Extremadura, sino por delimitar un hemisferio crecieron el hombre y las contiendas, hasta el ingenio tomó proporciones planetarias”*.⁷²

Si del aspecto del descubrimiento se pasa al de la conquista, vemos que la posición de Pereyra es de sociólogo y no de romántico. Está muy lejos de creer en una lucha hecha por ángeles, sabe perfectamente que *“la guerra, y particularmente la de conquista, presenta siempre un fondo sombrío de pasiones. Aun cuando la redujéramos a un esquema, quedaría la necesidad imponiendo sus condiciones inhumanas”*.⁷⁴ Pero aspira a corregir las exageraciones que se han hecho de

73 Carlos Pereyra, “Las Huellas de los Conquistadores”, págs. 303 y 304.

74 “Las Huellas de los Conquistadores”, pág. 224.



C O N Q U I S T A Y C O L O N I Z A C I O N

la crueldad española. Por eso niega con formidable brío dialéctico, que los “*españoles hayan dado muerte a cuarenta millones de seres humanos en América*”, como lo aseguraba Las Casas.

Pero pasando de la crueldad de los conquistadores al analfabetismo de algunos, explica esta situación. No niega la incultura de muchos conquistadores y lo que es más grave aún, que jefes como Pizarro la tuvieran, pero señala la significación de esta ignorancia:

*“El conquistador analfabeto tenía secretarios, y muy buenos secretarios a veces, como en el caso de Pizarro, que escribieron crónicas todavía hoy leídas”.*⁷⁵

En ocasiones acontecían cosas singulares, “*como cuando Jiménez de Quesada oyó en Santa Fe una lección muy docta de Benalcázar sobre el arte de colonizar, el letrado tenía que inclinarse y reconocer el enciclopedismo del hombre práctico*”.⁷⁶

Pereyra se indigna y con razón, contra los que hablan de una España que no supo explotar los yacimientos metalúrgicos. Y es que sabe y lo demuestra con brillante elocuencia, que todo adelanto de la industria minera producía un impulso en la agricultura y la ganadería. Por otra parte la explotación se hacía no con procedimientos de bandolero, que sólo sabe arrebatarse el oro a indefensos indígenas, sino utilizando el más avanzado científicismo.

En México se levantaba un Colegio de Minería como había entonces pocos en el mundo.

Don Carlos cita la autoridad de Humboldt, para demostrar que la explotación minera en los países hispanoamericanos no tenía los caracteres de inhumanidad, que la leyenda negra pintaba:

75 “Las Heullas de los Conquistadores”, ob. cit., pág. 215.

76 Ob. cit., pág. 216.



RESCATANDO EL SANTO SEPULCRO

*“Los malhechores rusos han poblado las minas de Siberia, pero en las colonias españolas este género de castigo es felizmente desconocido desde hace siglos. El minero mejicano está mejor pagado que ningún otro minero: gana por lo menos de 25 a 30 francos por semana de seis días, en tanto que los jornaleros que trabajan al aire libre, en la labranza por ejemplo, ganan de 7 libras a 16 sueldos en la mesa central, a 9 libras. 10 sueldos cerca de las costas. Los mineros tanateros y faeneros, destinados a transportar los minerales a los despachos, ganan a veces más de 6 francos por jornada de seis horas. En Freiberg, del reino de Sajonia, el minero gana por semana de cinco días, entre 4 libras y 10 sueldos”.*⁷⁷

Por su parte el propio Pereyra hace observaciones que son importantísimas:

*“Dentro de la economía capitalista, y no ha salido de ella la Europa de este primer tercio del siglo XX, la mayor suma de libertad de que puede disfrutar un hombre que vende su trabajo personal, o en otros términos, la mayor libertad de que puede disponer el esclavo a jornal, es que el precio de enajenación de ese trabajo sea bastante para satisfacer todas las exigencias de la vida, sin salir de su condición. En esto el proletariado minero de México nada tenía que envidiar al de Europa. Aun el cultivador, menos afortunado que el minero, se encontraba infinitamente menos abrumado de males que el campesino de Europa. Era un ser primitivo; no el paria, prusiano, inglés o ruso”.*⁷⁸

Hablando de la cultura superior, se cita como interesante, un testimonio de Humboldt:

“El fundamento de lo que hoy llamamos Física del Globo, prescindiendo de las consideraciones matemáticas, se halla en la Historia natural y moral de las Indias, del jesuíta José

77 Carlos Pereyra, “La Obra de España en América”, pág. 180.

78 Carlos Pereyra, “La Obra de España en América”, págs. 180 y 181.



CONQUISTA Y COLONIZACIÓN

*de Acosta, y en la obra que publicó Gonzalo Fernández de Oviedo veinte años después de la muerte de Colón. Desde la fundación de las sociedades humanas, nunca se habían ensanchado tan repentinamente, y de modo tan maravilloso como entonces, el círculo de las ideas en lo que respecta al mundo exterior y al sistema de sus relaciones en la dilatada extensión del espacio”.*⁷⁹

Por lo que toca a la evangelización y la difusión de la cultura en la época colonial, Pereyra tiene puntos de vista muy serios y sólidos. No cabe dentro de un trabajo somero como el presente, hablar detalladamente de todo el valor de sus estudios al respecto. Diré, sin embargo, que su cariño para los evangelizadores lo tuvo desde su juventud. Un día, allá en sus años mozos, en un arrebatado de entusiasmo, al hablar del padre Larios,⁸⁰ se lamentaba que Ernesto Renan no hubiera escrito una obra sobre los franciscanos:

“Todavía hubo interrupciones y desfallecimientos en aquella obra a pesar de las órdenes de Madrid; pero el impulso dado por el padre Larios fué eficaz y tuvo por resultado la población y organización política de Coahuila. Había pasado un siglo desde la fundación del Saltillo y el establecimiento de los primeros puestos militares y misiones evangélicas de Santa Lucía, y aun eran desiertos impenetrables las llanuras del norte del Estado. La generación de los Ibarra y Urdiñola había pasado, sucediéndola hombres de más arraigo que no emprendían, sin fuertes estímulos, las conquistas de tierras lejanas. Pero el espíritu de aventura a cuyos arranques generosos debe la humanidad civilizada sus grandes rutas y su difusión por el planeta, vivía aún en los héroes de la religión franciscana, de esa comunidad creada por un poeta y engrandecida por millares de paladines egregios. Cuando Renán es-

79 Carlos Pereyra, “Breve Historia de América”, págs. 359 y 360.

80 El P. Larios fué el evangelizador más ilustre de Coahuila.



RESCATANDO EL SANTO SEPULCRO

cribía sus Orígenes del Cristianismo decía que su sueño hubiera sido escribir dos obras más, la historia de la cultura helénica y la historia de la Orden de San Francisco. Un espíritu sutil y penetrante, como el de Renan, nos habría enseñado muchas verdades del sentimiento sobre los franciscanos. Ya hemos visto lo que han hecho en nuestro Estado, y si hay justicia, las generaciones jóvenes deben perpetuar el nombre del padre Larios en alguna de las ciudades que están por nacer en Coahuila".⁸¹

Más tarde se refirió a la evangelización americana, en términos más bien de polemista que defiende a España de las inculpaciones que se le hacían, como difusora de la doctrina de Cristo. Si en un libro como "*Humboldt en América*", Pereyra al hablar de las sociedades hispanoamericanas, creía que había una deficiencia en la manera como el religioso educó al indígena; en obras posteriores ya no hizo referencia a este punto de singular valor histórico.

En el siglo XVI España realizó una tarea cultural y evangelizadora que no tiene paralelo en la historia universal. Ahora bien, si el soplo vigoroso de estos misioneros hubiera podido conservar su misma fuerza durante otros dos siglos, si el mestizaje se hubiera consumado de una manera absoluta; los pueblos iberoamericanos al proclamar su independencia hubieran sido dueños de un vigor tal, que su organización política habría sido firmísima, y no se hubieran visto precipitados en el Vía Crucis tan prolongado por el cual pasaron. Morfi hacía notar en las postrimerías de la Colonia, que era preciso hacer "*a los indios hombres, antes que hacerlos cristianos*", se refería a los indígenas del norte de Nueva España. Había ido de viaje a esas latitudes, y notaba la tremenda deficiencia que presentaba la educación impartida a los indios. Y él, no era ni un enciclopedista ni un impío, sino un virtuoso sacerdote y un sutilísimo observador, vió con honda tristeza que los

81 Carlos Pereyra, "Historia de Coahuila", obra inédita.



C O N Q U I S T A Y C O L O N I Z A C I O N

indios sólo rezaban maquinalmente, sin entusiasmo y sin verdadera fe. Su punto de vista es aplicable casi a todos los países iberoamericanos.

Era ya tarde para modificar lo hecho, al menos el gobierno español no tendría tiempo para rectificar la obra del pasado. Tocaba a la América independiente corregir los errores de la Colonia, no los hemos corregido todavía.

La obra de España en el Nuevo Mundo es la aventura heroica, generosa, soñadora, desmesurada del Caballero de la Mancha. Pensó que el dominio universal podía ser suyo y se lanzó en pos de gloria divina y humana, por todas las rutas del orbe.

Mucho tendría que luchar la América española para superarse. Problemas enormes heredaba de España, de la resolución de éstos dependía y depende todavía nuestro progreso. Señalar deficiencias no implica hacer una obra de censura, creo que el mejor homenaje que puede hacerse a España, es juzgarla con lealtad.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Un Conquistador Simbólico



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



PEREYRA FRENTE A LA BIBLIOGRAFIA CORTESIANA

Cortés es el hombre que personifica todos los defectos y virtudes del conquistador ibero. El espíritu aventurero, la sed de oro, el sentimiento religioso, el respeto a la autoridad real, todo lo tuvo en grado superlativo. Hombre de intuición soberana tuvo a la vida práctica por su mejor maestra. Guerrero, político, navegante, en todo se mostró como un genial improvisado.

Entre todos los conquistadores españoles, Pereyra considera a Cortés como el más eminente. Veamos cómo estudia al gran extremeño, en relación con el ambiente de su época.

Precisa decir que hay rasgos singulares en todo lo escrito por Pereyra: es ante todo un polemista y un hombre de negaciones. Y lo es, aun cuando no se lo proponga. La historia ha sido envuelta en una penumbra de falsedades, falsedades que son hijas de la ignorancia, la mala fe y la pasión. Entonces el historiador coge la piqueta demoledora y con el látigo de su crítica se abre paso a través de la niebla que cubre la historia, para ir a destruir aquello que no armoniza con su criterio de investigador. Por momentos las líneas de su historia siguen un cauce rectilíneo: exponen, narran con amabilidad; pero de súbito, la protesta contra una opinión histórica se escucha, se oye de pronto el trueno de la indignación. Su prosa, elegante y concisa, suele a veces perder su brillantez; cuando sucede esto, es que ha inmolado la belleza literaria en aras de la erudición histórica.



U N C O N Q U I S T A D O R S I M B O L I C O

Abordando el tema de la conquista, su rebelión es soberbia. Detrás de Pereyra, está la figura de Bernal Díaz del Castillo como inspiradora. El soldado cronista es defendido con fuerza estupenda por el escritor mexicano. Este, sigue todo el proceso de la lucha crítica histórica entablada en torno al autor de la *Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España* y su obra. Sabe que la epopeya del Anáhuac no es obra exclusiva de Cortés, y que Bernal Díaz tiene el gran mérito de “vindicar la potencia de la intervención anónima”.⁸² Por eso se rebela contra las actitudes apologísticas de Gomara, Solís y Prescott. Ellos no saben hablar de todo el gran esfuerzo de los subordinados del conquistador, y esta actitud de adulación, por otra parte es desfavorable para Cortés. Y es que en la obra del soldado cronista “sin ocultarse sus defectos y sin callarse sus errores se agiganta la figura del capitán”. Cortés aparece más genial y atractivo en la exposición verdadera que en el panegírico del adulador.⁸³ Mira que, Prescott dando a veces demasiado vuelo a su fantasía y a sus brillantes arranques líricos, deforma muchos hechos históricos llegando hasta la creación de verdaderas ficciones. Contra Las Casas se enfrenta en varias ocasiones. El dominico ha puesto los pilares de la leyenda negra, precisa atacarlo por todos los flancos. No va a negar que el exterminio de los indios de las Antillas fué total, pero señala que la “arimética sentimental” del fraile está profundamente hiperbolizada. Imposible desconocer la crueldad española, “ésta brota a cada paso, es acompañante de la acción”. Sin embargo Bartolomé de Las Casas ha mentido cuando refiriéndose a la matanza de Cholula, no habla de un propósito por parte de los indios para dar muerte a los españoles.

82 Bernal Díaz del Castillo, “Historia Verdadera de la Conquista de Nueva España”, pág. 6.

83 “Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España”, pág. VI del Prólogo.



BIBLIOGRAFIA DE LA CONQUISTA

Precisa insistir que con Bernal Díaz tiene una fraternidad espiritual. Decía de él, que escribía “en impulsos de indignación que tomaban el carácter de una destemplada reyerta contra Gómara”.⁸⁴ Igualmente que Pereyra, sólo que para éste, se amplía el campo de combate y coge la pluma para bregar contra todos los defensores de ideas antitéticas a sus convicciones. Grande es el número de historiadores y escritores de historia ante los cuales se enfrenta.

Pero no lo domina un odio ciego, jamás la obcecación se apoderó de él. Allí donde la tesis la encuentra buena, donde le parece correcta le rinde pleitesía. Sin embargo, la pasión fué en él ingénita. Su autocrítica así lo reconoció. Por eso cuando era antiespañol decía “El autor de este libro (Historia del Pueblo Mexicano) no cree haber llegado a despojar sus juicios de todo carácter sectario; pero lo ha procurado... Si el conocimiento de los hechos sociales no ha de llevar necesariamente a la concordia, por lo menos que no sea un vehículo de odios”. Años después, cuando ya se había operado el cambio de credo, en el tercer tomo de la “Historia de la América Española” relativo a México, dice: “Inútil será decir que el autor no pretende haber alcanzado el don maravilloso de la imparcialidad perfecta, pero sí cree ser dueño del poder inhibitorio suficiente para no poner estas obras al servicio de sus propias opiniones, utilizando los hechos en sentido de propaganda. Tampoco cree factible agradar a todo el mundo, ni se lo propone, pero sí aspira a no irritar pasiones, y espera que nadie se sienta hostilizado en sus preferencias o en sus antipatías”.

Escritor lleno de valentía y honradez, no va a saquear documentación para fundamentar tesis preconcebidas. Su gran poder analítico, al estudiar el hecho histórico lo lleva a juicios que muchas veces son contrarios a sus antiguas ideas. Esto no

84 “Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España”, (Prólogo), pág. VII.



UN CONQUISTADOR SIMBOLICO

- quiere decir que sea infalible en sus apreciaciones. Sería un don imposible de alcanzar, no sólo para Pereyra sino para cualquier hombre. Sus errores, no son hijos de la mala fe. La pasión lo lleva en ocasiones a juicios equivocados, pero no parte conscientemente de una premisa falsa para llegar a una conclusión. Puede decirse que aspiró a conducir su investigación, por la directriz que señalara él mismo como necesaria a seguir, para todo aquel que quiera ser crítico: “cambiar veinte veces de posiciones o cuantas sea necesario”. No mira a la historia como un mero esqueleto del pasado. Y es que concibe a ésta “como presencia de almas, y no como simple rememoración de hechos materiales”.⁸⁵

El espíritu y la emoción de Bernal Díaz, están fuertemente incrustados en el corazón del poeta saltillense. Y es que la obra del hijo de Medina del Campo, “fué formada con lo que se hace todo libro inmortal: con una pasión dominadora, con una imaginación de alucinado y con una voluntad que no cede ni a las dolencias del cuerpo ni a los quebrantos del alma”.⁸⁶ No estando dominado por prejuicios de academia, rebelándose contra toda actitud que busca en el creador literario necesariamente, una educación técnica formada en las aulas de escuelas o de universidades; sólo así puede apreciar que “las grandes plumas soldadescas tienen uno de los caracteres más destacados del verdadero artista. Detestan la pomposidad y el énfasis. Llegan a la emoción épica por los caminos de la naturalidad”.⁸⁷

85 Carlos Pereyra, “Historia de la América Española”, tomo I, página 3.

86 “Antología de la Verdadera Historia de la Conquista”.

87 “Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España”, páginas X y XI.



RASGOS GENERALES DE LA CONQUISTA DE MEXICO

Pereyra no fué un investigador directo de las cuestiones pre-hispánicas, tampoco fué una autoridad en ellas, pero puso toda su capacidad crítica al servicio del análisis de las principales tesis relativas a estos asuntos. Pensó que el estudio de las culturas precortesianas, era imprescindible para todo aquel que abordase temas de historia de la Conquista, de la Colonia o de la época contemporánea. Sólo así podría determinarse la influencia de la raza vencida y su cultura en la sociedad que le sucedió. Pero ya desde que era antiespañol, hablaba de que las razas prehistóricas presentaban grandes deficiencias morales y sociales. Notaba la falta de cohesión entre las distintas tribus y la imposibilidad de realizar una sólida unidad entre ellas faltando los animales cuadrúpedos, el cereal panificable y no conociéndose la reducción del hierro.

Pero, cuando muestra su desprecio por ciertos rasgos de la vida social aborigen, es al hablar del choque entre conquistados y conquistadores, al poner de manifiesto los contrastes entre aquellas dos civilizaciones. La civilización insaciable de sangre, “los sacerdotes asquerosos”, el salvajismo de los naturales; todo ello resulta incomprensible para el hombre que mira a través del prisma de una ética occidental.

¿Y la raza conquistadora qué cultura tenía? Acababa de consumir una epopeya que durara ocho siglos y con Fernando de Aragón había realizado guerras contra el poder moris-



U N C O N Q U I S T A D O R S I M B O L I C O

co, “pero ya no hacía una guerra feudal, sino una de las primeras y de las más notables campañas modernas, preparada en Córdoba por aquel genio de la intendencia que se llamaba Doña Isabel”.⁸⁸

El reino recientemente unificado no estaba vuelto de espaldas a las inquietudes del Renacimiento. La reina Isabel era “un temperamento tan literario y tan genuinamente renacentista como el del historiador Pedro Mártir”.⁸⁹ Dominaban los españoles el conocimiento de la técnica náutica y este conocimiento no era adquisición de última hora. Uno de los instrumentos indispensables en la navegación de aquel tiempo, era el astrolabio. Este había sido inventado “dos o tres siglos antes de la Era Vulgar”, “era tan conocido en la Península Ibérica, que Radizag, el toledano, uno de los autores que escribieron los libros del saber de Astronomía, del rey D. Alfonso el Sabio, resume con elegante expresión castellana la función histórica de ese instrumento”.⁹⁰ Símbolo de toda aquella prodigiosa inquietud cultural era la Universidad de Salamanca. Allí penetró el espíritu crítico de Pereyra para rendir pleitesía a Pedro Mártir, por ser efectivo que “todo se discutía en aquel centro de estudios, desde el átomo hasta las excelsas montañas, desde los orbes celestes hasta la mínima y elemental partícula del mundo”, como dijera el insigne escritor italiano.⁹¹

La verdadera acción colonizadora de España se inicia con el segundo viaje de Cristóbal Colón. El comendador “Nicolás de Ovando”, pone posteriormente las bases de una colonización vigorosísima. Los indios de las islas del Caribe, que no eran tribus acostumbradas a los esfuerzos que demanda una

88 Carlos Pereyra, “Hernán Cortés”, pág. 19.

89 “Historia de la América Española”, tomo I, pág....

90 “Breve Historia de América”, pág. 11.

91 “La Conquista de las Rutas Oceánicas”, pág. 159.



C O N Q U I S T A D E M E X I C O

agricultura, estaban predestinadas a desaparecer. El historiador ha estudiado el hecho con preocupación y puntas de vista de sociólogo:

*“Con amos buenos y aun angelicales, no se hubieran sobrepuesto a las pestes que los arrebataron como sucede siempre que hay contacto de razas en distintos planos de civilización, ni hubieran podido contrarrestar el desaliento que los llevaba al suicidio individual y colectivo”.*⁹²

La necesidad de indios esclavos para las encomiendas de las Antillas fué el acicate que determinara multitud de expediciones. Las empresas de salteamiento son el prólogo del descubrimiento y conquista de México.

Pero ni la expedición capitaneada por Hernández de Córdoba, ni la que dirige Juen de Grijalva fueron afortunadas. Precisaba poner el mando de una tercera tentativa en las manos de un capitán que tuviese como virtudes: el valor, la inteligencia para realizar una conquista; al mismo tiempo que fuese un hombre desposeído de ambiciones. Al menos este último atributo reclamaba Velázquez para el hombre en quien se pusiese la dirección de la tercera empresa. Precisa aclarar que para poblar y conquistar, el gobernador de Cuba no tenía facultades.

Para Pereyra no iba a ser Cortés el tipo ideal de Velázquez, fué ofuscado el juicio del hidalgo de Cuéllar por la intervención de los consejeros Amador de Lares y Andrés de Duero. Pero Cortés estaba predestinado a ser el autor de gigantesca epopeya.

El influjo ejercido sobre los hombres que lo acompañaron era consecuencia obligada de su magnífico ascendiente sobre ellos. “Cortés puso toda su alma en la empresa y con ella daba algo cuya equivalencia no podía poner Velázquez... Adoptó

92 “Las Huellas de los Conquistadores”, págs. 160 y 161.



UN CONQUISTADOR SIMBOLICO

portes y maneras de gran señor... Era un cortesísimo fascinador extremeño que cuando vió a Puerto Carrera sin caballo, se arrancó del terciopelo de su ropa unas lazadas de oro, y compró la célebre yegua rucia de carrera para darla al hidalgo de Medellín”.⁹⁴

El capitán de una empresa conquistadora debía ser el dueño de una serie de recursos y habilidades, entre los cuales factor económico era fundamental. Mas, gente como “Hernán Cortés, Valdivia y Almagro, son hombres de negocios en su sentido lato”.⁹⁵ “Son tres calculadores que han llegado triunfalmente al término de una frágil cadena susceptible de romperse por cualquier azar”.⁹⁶

Tomando en cuenta que las conquistas son “empresas de riesgo que reclaman iniciativas heroicas, porque se expone la vida con la hacienda y el crédito mercantil con la fama de los capitanes que las encabezan”,⁹⁷ tiene que justificar la conducta de Cortés, cuando éste se rebela contra el gobernador de Cuba. Era que el hidalgo de Cuéllar deseaba una conquista en que él no arriesgase la vida y si acaso, una mínima porción de su caudal, cantidad que sin embargo era exigua comparada con los gastos que reclamaba la organización de la armada.

El futuro conquistador de México, el que arrastra a la aventura heroica a centenares de ambiciosos españoles, ¿es menos codicioso que sus acompañantes? Se habla de los botines ganados en la Conquista y ocultados por él, para su propio beneficio. ¿Cómo explicar todo esto? No niega Pereyra la

93 “Hernán Cortés”, pág. 85.

94 “Historia de la América Española”, pág. 65, tomo III.

95 “Las Huellas de los Conquistadores”, pág. 77.

96 “Las Huellas de los Conquistadores”, pág. 309.

97 “Las Huellas de los Conquistadores”, pág. 309.



C O N Q U I S T A D E M E X I C O

gran ambición de Cortés. Pero, refiriéndose a las ocultaciones de botín, dice que probablemente esto sucedió algunas veces, pero en todo caso parte de las sumas ocultadas servía para armar futuras empresas de exploración y de conquista. Precisa hacer notar que Cortés no era un hombre dominado por un egoísmo del tipo del de Colón:

*“Las liberalidades de Cortés comprendían tres capítulos: las empresas; las mujeres y los amigos. ¿Cómo iba a pararse en escudo de más o de menos si todo lo aventuraba cuando era menester?... Arrojava el oro como si fuera lastre. Verdad es que sus esplendideces no podían sostenerse, por lo menos en los días de la Campaña del Anáhuac, sin las mañas de que tanto murmuraba el ejército, como era el cobro de un quinto de los provechos, y acaso la ocultación de los tesoros”.*⁹⁸

Por fin, después de una serie de maniobras audaces de Cortés, la expedición está lista. Parte de Cuba y llega a las playas de México. Un intrépido capitán al mando de 560 hombres, más o menos, va a iniciar la conquista más audaz que se registrase en América. Pero no todos los indígenas iban a recibir con los brazos abiertos a los españoles. La bravura simbólica de éstos no puede menos que reconocerse. Al hacerlo así, se destruye una tesis de Las Casas:

“Toda la falsificación lascasiana consiste en haber creado un indio ideal, pacífico, ocupante de un territorio que cultivaba con el sudor de su rostro, el español hizo la conquista matando al vencido, esclavizando al superviviente, usurpando el poder que correspondía al legítimo soberano y privando a los naturales de lo que les correspondía. La existencia del hombre primitivo en parte de las islas y en algunos de los lugares del continente, dió a estas afirmaciones un valor universal.

98 “Hernán Cortés”, pág. 319.



U N C O N Q U I S T A D O R S I M B O L I C O

*No se tomó en cuenta la complejidad que presentaban los hechos...*⁹⁹

Hablar de un conquistador dominado sólo por un espíritu de bruto que se lanza lleno de obcecación y de ceguera a destruir civilizaciones prehispánicas, le parece tan falso como la tesis apologística que cristaliza santificándolo. Ha creído conveniente reducirlo a su verdadera talla:

*“No; ni gorilas ni ascetas. Tampoco individuos de la masa común, pues entre ellos hay varias cúspides. Si valieron fue precisamente por ser, de pies a cabeza, polvo, sudor y hierro, o con expresión menos plástica, decisión y violencia”.*¹⁰⁰

Su brío dialéctico, vinculado a la actividad del investigador va a la destrucción de las leyendas. A la sombra de Bernal Díaz destruye el aspecto legendario de la aparición del caballo de Santo Santiago, que entre las filas de los conquistadores que pelearon en Tabasco, se mezclara para ayudarles. Eso sólo puede caber en una imaginación como la de los “Gómaras, pulidos, retóricos, crédulos que prostituyen la verdad”.¹⁰¹ No puede concebir que la destrucción de los navíos hecha en Veracruz, sea un acto exclusivo de Cortés. Aceptarlo es la glorificación del hombre solo frente a la masa, como en el caso de Colón ante la insubordinación de los tripulantes de las carabelas. Precisa refutar a Prescott cuando afirma:

*“Las cosas empeoraban a cada instante y puede asegurarse que jamás estuvo Cortés en mayor peligro de que le matasen sus propios soldados”.*¹⁰²

El mismo autor hace de la destrucción de las naves el acto más importante de la vida militar de Cortés. Para Pereyra tal cosa no es aceptable:

99 “Las Huellas de los Conquistadores”, págs. 233 y 234.

100 “Las Huellas de los Conquistadores”, pág. 2.

101 “Hernán Cortés y la Epopeya del Anáhuac”, pág. 124.

102 “Hernán Cortés”, pág. 169.



C O N Q U I S T A D E M E X I C O

“El mérito de la iniciativa individual y de la resolución colectivamente sustentada no está en el hecho mismo de la destrucción de aquellas diez naves, pues con ellas y sin ellas el temerario plan de la penetración hasta la corte de Motecuhzoma era un delirio heroico. ¿De qué modo facilitarían la empresa unas embarcaciones inmovilizadas en el surgidero del Peñón de Beltrán? Suponiendo el caso, nada improbable, de un copo desastroso, ¿cuáles eran los servicios que podían prestarle los navíos a cien leguas de distancia? Si llegaban a salvo a la costa, no necesitaban embarcarse”.

La idea de la destrucción tiene el sello de Cortés pero es puesta a discusión y no la impuso a la multitud contra su voluntad:

“Una cosa es la idea original, obra exclusiva de Cortés, que, ya naciera de un modo espontáneo en su espíritu o le fuera sugerida por otro, él supo elaborar en toda la complejidad de sus interesantes detalles, esa idea lleva el sello del capitán atrevido, fértil en recursos de todo género y hábil para arbitrarse los medios de llevarlos a la práctica. Mas una vez formado el plan, en cuyos retoques entraron seguramente los consejos de hombres discretos, comenzó la obra de la voluntad y aquí no es justo excluir a “los que eran sus amigos”, como dice Bernal Díaz del Castillo. Los panegiristas olvidan que para la realización del propósito se requería justamente tal conformidad entre el general y el ejército, que si éste no hubiese creído, por una poderosa sugestión, que la idea de Cortés era de todos, o por lo menos de un gran número de soldados, no sólo hubiera fracasado el intento, sino que nadie se habría prestado a asumir la responsabilidad jurídica para el pago de los navíos.

Cortés necesitó de la voluntad de sus soldados, así para llevarlos al matadero, según la expresión de algunos disidentes, como para que su propia hacienda no reportase por sí



U N C O N Q U I S T A D O R S I M B O L I C O

*sola el gravamen; efectivamente, cuando, más tarde, se repartió el oro en México, el general mandó sacar la costa que había hecho Diego Velázquez en los navíos que dimos al través. Pues todos fuimos a ello”.*¹⁰³

Pasando al aspecto de los guerreros indígenas, hay que notar, que si en Cuauhtémoc reconoce un hombre valiente, no le da el rango que merece como gran caudillo. Creería alguna vez, como pensó Justo Sierra, que “Cuauhtémoc era la más hermosa figura épica de la historia americana”, y que este capitán era un guerrero de la misma talla de Cortés. . .”¹⁰⁴ ¿Quién sabe? . . . No cabe, dentro de su hispanismo, plena justicia para los caudillos de las razas vencidas. Habla de su bravura, pero es una bravura de salvajes. Y si para Cuauhtémoc tiene cierta admiración, en cambio para Xicoténcatl no guarda la misma benevolencia. “Héroe antropófago”, tal es la designación con que lo trata, no comprende que la ferocidad del capitán tlaxcalteca es hija de su bravura, es propia de todo guerrero de su temple.

En cuanto a lo referente a la matanza ordenada por Alvarado, en el templo mayor, la pasión, posiblemente nubló en parte, el criterio del historiador:

“Se ha tratado de explicar la matanza del templo. Parece probable que Alvarado temía una confabulación de caciques. Obtuvo confesiones y delaciones por medio del tormento. Lo que hubiera de verdad en las noticias, nadie lo sabe. Alvarado procedió entonces como supuso que habría obrado Cortés, en su lugar. Pero era imposible que la cabeza vacía se sustituyese a la fértil del sagaz conquistador. Alvarado hizo, pues, una

103 “Hernán Cortés”, pág. 161.

104 “México y su Evolución Social”. Justo Sierra, pág. 70.



C O N Q U I S T A D E M E X I C O

*pésima copia de la matanza de Cholula, pensando que Cortés hubiera procedido en un caso como en otro”.*¹⁰⁵

En este análisis no quiso incorporar la versión que corre sobre el móvil de la codicia, que se dice que llevó a Alvarado a consumir la matanza. Acaso el no tener elementos suficientes para destruir la versión, lo impulsó a abstenerse de hablar de ella. Las palabras: “parece que Alvarado temía una confabulación de caciques”, llevan a pensar que pudo Alvarado no temer ninguna y que sólo la ambición lo impulsó al crimen.

Por lo que respecta a la conquista española como destructora de civilizaciones prehispánicas, lleno de indignación sostiene:

*“Es difícil comprender cómo aniquilaría civilizaciones que no tenían animales de tiro y de carga. . . civilizaciones que no habían conocido la rueda ni llegado a la edad de hierro, civilizaciones en las que, por lo mismo, el hombre, independientemente de las circunstancias sociales desempeñaba las tareas de cuadrúpedo”.*¹⁰⁶

Después de hacer mención a la cultura maya, en donde la conquista no penetra destruyendo monumentos o propiamente palacios y templos, habla de las cuestiones relativas al Anáhuac o de lo que ha dado en designarse así. Apoyándose en la autoridad de Joaquín García Icazbalceta, reduce enormemente la cifra de las destrucciones. Ni el obispo Zumárraga, ni todos los demás iconoclastas fueron tan destructores como se les ha pintado. Esto, por lo que se refiere a códices, pinturas y geroglíficos. La destrucción de palacios se explica por dos motivos: las necesidades mismas de la guerra que demolían

105 “Las Huellas de los Conquistadores”, pág. 217.

106 “Las Huellas de los Conquistadores”, pág. 217.



U N C O N Q U I S T A D O R S I M B O L I C O

edificios y la conveniencia de reedificación de ciudades sobre los escombros de las de las indígenas, y en las cuales precisaba demoler lo que aún se conservaba. Para los templos, como causas de destrucción rige lo relativo a los palacios, además habla del asco que inspiraban ciertos teocallis ensangrentados.

En una palabra, Pereyra miró impasible la destrucción de las culturas aborígenes, hechas pedazos por la fuerza de la técnica superior que las abatió.



LOS MÚLTIPLES ASPECTOS DE CORTÉS Y EL AMERICANISMO DE PEREYRA

No es para Pereyra, Hernán Cortés, solamente un personaje de epopeya. Al día siguiente de la toma de Tenochtitlán revela su temple de gran reconstructor. Con acertada visión política restauró el cargo del *Cihuacoatl* y puso en él a un indígena. Habla de los escrúpulos del hombre, antes de establecer las “Encomiendas”. Lo dominó un ideal de justicia, trataba a todo trance de hacer que la institución fuera lo más humana posible.

Por otra parte, dió a muchos indígenas una situación de privilegio. Al sumar en una nación única, multitud de tribus no ligadas antes por parentesco espiritual ni lingüístico pudo ser el Fundador de la Nacionalidad Mexicana.

La visión geográfica de Cortés igualaba a su genio político y militar. La preocupación geográfica se aliaba a la preocupación colonizadora:

*“Sin dejar de tener la vista clavada en las costas mexicanas del oeste, pues nadie como él comprendió lo que significaba la orientación del país y el sentido de su línea de colonización, le preocupaban las tentativas de Garay en el Pánuco”.*¹⁰⁷

Hay en la personalidad de Cortés enormes contrastes, casi puede hablarse de un desequilibrio, no lo desconocía Pereyra:

“En la guerra fue extremoso para las precauciones, llegando su vigilancia hasta hacer personalmente las rondas, sin

107 “Historia de la América Española”, tomo II, pág. 187.



U N C O N Q U I S T A D O R S I M B O L I C O

*embargo, cometía imprudencias temerarias. Alternaba la audacia genial con la suicida, y los aciertos inimitables con los errores, algunos de ellos fatales. Cedía a los consejos de sus capitanes o sostenía porfiadamente una determinación contra cordura”.*¹⁰⁸

Uno de sus grandes errores políticos fué el viaje a las ñi-bueras. Ese viaje fué el ocaso de su carrera:

*“Cortés con una gobernación en la que desplegaba inmensas facultades, dió la espalda a su destino y se hundió en la selva para salir de ella, más de un año después, físicamente agotado y políticamente despojado de toda autoridad que hasta entonces no hacía sino aumentar. A pesar de todo, no quedó nulificado, esto era imposible, pero se truncó su obra. Y su papel en adelante fue de segunda clase”*¹⁰⁹

Esta travesía de Coatzacoalcos a la América Central, y la expedición por las costas del norte de Nueva España, dan material a Pereyra para hablar de una acción desarrollada por Cortés, en la cual desplegara una energía superior a la que gastó en la conquista de México. Esta, por otra parte, pudo ser la más brillante hazaña épica del continente por haber tenido un conquistador de la talla de Cortés. Y si bien, en el Perú, Pizarro pretendiera imitarle, faltábale la fértil imaginación de Cortés. Nada semejante a este caudillo, presenta la conquista del imperio peruano. Posiblemente hubo un hombre que habría igualado a Cortés: “Vasco Núñez de Balboa, que acaso se llevó a la tumba el impulso de una gesta magnífica”.¹¹⁰

Se habla que Pereyra es un “hispanista más hispanista que los propios españoles”, pero no se anota que ese “hispanismo” no es una actitud de ciega reverencia ante España:

108 “Hernán Cortés”, pág. 320.

109 “Hernán Cortés”, pág. 358.

110 “Francisco Pizarro y El Tesoro de Atahualpa”, pág. 7.



A M E R I C A N I S M O D E P E R E Y A R

“Es vergonzoso para los Reyes, para el Gobierno Español, para las clases directoras del país —si alguna vez las ha tenido España— que las exploraciones y conquistas corrieran a costa y riesgo de hidalgos famélicos, de aventureros perseguidos por deudas, de menestrales analfabetos, de clérigos deshonestos, de curiales feroces, cuando con una porción insignificante de lo que se erogaba en las guerras inútiles de Europa, y aún en los viajes igualmente inútiles de los Príncipes, pudieron haberse hecho con decoro, y aún con cierto honor para los Reyes, el descubrimiento de las tierras americanas y la explotación de los pueblos indígenas, en beneficio de aquella pesadísima corona que no sabía sino otorgar mercedes, suscribiendo capitulaciones con aventureros irresponsables” ¹¹¹

Siente una profunda emoción por esa energía española que se desborda sobre América, ella es la acción más fecunda del Renacimiento español. La vitalidad se bifurca. Una porción de ella se pone al servicio de un ideal renacentista: la exploración y conquista de territorios en América y en Asia. Otra, está supeditada a las necesidades de las guerras europeas que duraron casi una centuria, al menos durante una centuria España se complicó en ellas tomando un papel importantísimo. Los recursos del Nuevo Mundo, sacados de las colonias recién formadas, sirvieron a España para sostenerlas. Hernán Cortés es símbolo del Renacimiento. Carlos V lo es del Medioevo. La estatura de Cortés como estadista no tiene paralelo entre los conquistadores:

“Porque debe recordarse que Cortés no era un simple conquistador, ni un simple explorador: era un fundador de imperios en el más alto y noble sentido de la palabra. Sus relaciones con Carlos V, revestían el carácter doloroso de una reversión de valores humanos. Carlos V bien podía haber sido quizás un hábil y activo lugarteniente de Cortés, o si acaso, éste no mereció nunca haber sido menos que el Ministro Universal,

111 “Francisco Pizarro”, págs. 81 y 82.



U N C O N Q U I S T A D O R S I M B O L I C O

el inspirador y el guía de la gobernación del imperio, ya que por el genio político, por la grandeza moral, y aún por la sangre, no era el flamenco, sino el extremeño, el que debía de tener la representación de los destinos de la raza española. Quien haya estudiado las múltiples aptitudes que demostró Cortés; quien haya podido darse cuenta de la claridad con que veía el conjunto de la obra espontáneamente realizada por su pueblo, lamenta que la dirección de aquel movimiento expansivo no hubiera estado en sus manos sino en las de un hombre que geográficamente se hallaba a dos mil leguas, e intelectualmente, a dos millones de leguas de la comprensión de una corriente nacional sin cuyo encauzamiento España corría el peligro, en que cayó, de esterilizar una máxima porción de sus esfuerzos. Para Carlos V, las islas y tierra firme, los países conquistados por Cortés, los que buscara Magallanes, y los que más tarde le entregaron Pizarro, Jiménez de Quezada, Juan de Ayolas y Pedro de Valdivia, no eran sino anexidades interesantes, centros de curioso exotismo, fuentes de recursos para gastos de momento. ¿Pero pudo Carlos V haber soñado siquiera que allí estaba la fuerza del pueblo Español, que allí estaba su futuro, y que, por lo mismo, allí debía estar el punto central de todo pensamiento constructor?” :¹²

Dado el poco cuidado que los monarcas de España, desde la muerte de Isabel de Castilla, dieran a toda expansión trasatlántica, el autor de esta obra fué el pueblo español. En aventura heroica se lanzó por toda la enorme extensión del hemisferio occidental. Señala Pereyra que aquellos hombres terminaron formándose, por virtud de la influencia de la cultura indígena y del medio geográfico, una fisonomía singularísima. Fueron americanos en todo el magnífico sentido del vocablo, aun cuando sin dejar de ser leales a la corona española. Descuidado el aspecto de la expansión española en América, ¿cuál fué el resultado de este descuido por parte del gobierno? Se operó una tendencia dispersiva, por incapacidad del Estado para ejercer una “acción coordinadora”.

112 “Historia de la América Española”, págs. 186 y 187, tomo III.



El Ingenioso Hidalgo Don Carlos Pereyra de la Hispanidad y el Ibero- americanismo de Don José Vasconcelos

El verdadero idealista es de una transparencia del cristal,
y fácilmente se echa de ver cuando se empañan sus facetas.
Carlos Pereyra.

El alma obedece a un destino que no toma en cuenta ni
el tiempo ni la victoria. Será mañana o no será jamás en este
pobre universo.,

Pero hay en nosotros más recuerdos que todos los re-
cuerdos del universo.

José Vasconcelos.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



EL IBEROAMERICANISMO DESDE LA PERSPECTIVA DE MEXICO

Cinco individualidades representan en México la evolución del concepto de la americanidad: Lucas Alamán, Justo Sierra, Francisco Bulnes, Carlos Pereyra y José Vasconcelos. Estos hombres han emitido cada uno a su manera sus juicios interpretativos sobre América y su destino.

No fué Alamán el primero en hablar de americanidad, pero sí el más alto exponente de este concepto, hasta antes de la aparición de Pereyra y Vasconcelos.

El hispanoamericano de los principios del siglo XIX, no hablaba como provinciano; el nombre de América tenía para él, una significación de importancia capital. Miembro de un imperio unificado por el idioma y la religión, un colombiano se sentía tan nacionalista en Argentina como en México.

Los mexicanos que se llamaban Morelos, Hidalgo, Ramos Arizpe y el Dr. Mier, hablaban de americanidad generosa y abierta, antes de que Monroe formulase su doctrina, que muy por el contrario de la hispanoamericana, era una torre de marfil para encerrar el flamante egoísmo norteamericano.

Lucas Alamán no hizo otra cosa que recoger una idea que flotaba en el ambiente, pero trató de encauzar aquella corriente de opinión. Mas un pensador político, por eminente que sea, es impotente para conducir una unidad sociológica por las direcciones que desea.



H I S P A N I S M O E I B E R O A M E R I C A N I S M O

Ni los grandes conservadores acaudillados por Alamán, ni los más eminentes liberales dirigidos por hombres como Zavala, vieron de inmediato cristalizar en realidades sus ensueños. Casi todos los políticos de aquella época, sin distinción de credos, bajaban a la tumba envueltos en el manto del desencanto. Iniciaban su carrera con un ditirambo y terminaban entonando una elegía. Aquel pueblo que los había visto nacer agonizaba, y por agonizar luchaba, haciendo esfuerzos desesperados por integrarse y fortificarse a través de innumerables sacrificios. Los políticos de la época, habrían necesitado intuición de profetas, para tener fe inquebrantable en el porvenir.

La generación de Alamán supo que Bolívar tenía la noble ambición de unificar al mundo americano. Vió los entusiasmos de “*El Libertador*”, manifestados en el Congreso de Panamá. Pero en aquellos momentos el pensamiento del gran caraqueño, sólo era una quimera. El Congreso panamericano, debería reanudar sus sesiones en la ciudad de Tacubaya, lugar cercano a la capital de la República Mexicana. Pero al fracasar este proyecto por imposibilidad de que se reunieran sus miembros, quedó sancionada la imposibilidad inmediata de unidad iberoamericana.

No podría México, víctima de sus revoluciones en el interior y con la zozobra del peligro anglosajón siempre amenazante en el exterior, preocuparse por los asuntos de América más allá de su frontera meridional. Ni el propio Alamán, en los últimos años de su vida, volvería a hablar de América con aquel entusiasmo de su juventud y su madurez.

Don Lucas, estaba destinado a permanecer solitario en la alta cúspide que había escalado. El ángel que tocaría la trompeta de la resurrección alamaniana, se llamará José Vasconcelos.

Bolívar había desarrollado el pensamiento de unidad hispanoamericana, poniendo al servicio de sus convicciones políticas, unas de las expresiones literarias más notables de la América de entonces. Llamó a las naciones hispanoamericanas,



IBEROAMERICANISMO DESDE MÉXICO

para que formasen un bloque continental. Santander sugirió la idea de invitar a los Estados Unidos a formar parte de dicha unidad. Bolívar aceptó la idea. Fueron estos los antecedentes del Congreso de Panamá. Al terminar las sesiones de éste, se acordó reanudarlas en la población de Tacubaya, pero el Congreso no pudo reunirse en este lugar, aun cuando el proyecto se había puesto en vías de realización.

En el Congreso de Panamá, el ideario del Libertador excluía a España de la Confederación americana, que se ambicionaba crear. Las Repúblicas hispanoamericanas debían constituir, según Bolívar, un bloque compacto y poderoso, “*pero siempre que Inglaterra tomara en sus manos el fiel de la balanza*”. Alamán abrigó el pensamiento de incorporar a España dentro de la unidad iberoamericana, dándole los beneficios inherentes a ella y rechazar a los Estados Unidos.

José Martí ha dicho que hay gritos que sintetizan una época. Alamán y Bolívar resumen la angustia de una América, que salía de la crisálida colonial, y que aspiraba a formar una constelación de pueblos libres. En estricto rigor, los dos grandes criollos fueron portadores de un mensaje semejante. Había sin embargo un rasgo diferencial. Alamán clavaba sus ojos en el pasado del Imperio español y miraba su presente; Bolívar proyectaba su mirada de águila a más de un siglo de su minuto.

Pero México continuó el ritmo destructivo de su historia, aún cuando anhelando la transformación completa de su estructura colonial. Sus ojos ya no mirarían al mundo sudamericano y antillano. Esto por lo menos iba a acontecer durante más de media centuria. En las postrimerías del siglo XIX, rompen aquella indiferencia Justo Sierra y Francisco Bulnes. El país pasa de su etapa convulsiva, a una era de paz bajo la mano de hierro de Porfirio Díaz.

Era el momento de las revaloraciones históricas.



HISPANISMO E IBEROAMERICANISMO

Precisaba juzgar entre otros asuntos históricos, la responsabilidad de España como colonizadora. Francisco Bulnes con su fuerza de titán, abre una etapa de revisionismo histórico. El formidable dialéctico publica el año siguiente de la derrota española del 98, un libro que se llama:

“El Porvenir de las Naciones Hispanoamericanas”
y así resume su punto de vista sobre la conquista española en el siglo XVI:

*Esta fué fatal para América y para la humanidad. Los Españoles introdujeron en América, los toros, asnos, cerdos, caballos, introdujeron mulas y animales indispensables para la civilización de un pueblo; el uso del trigo, el uso del hierro... Pero introdujeron toda su ignorancia cargada de milagros, su idioma cargado sólo de desprecios para el vencido, su religión cargada de odio, contra el progreso, su patriotismo cargado de horror contra la verdad...”*¹¹²

Pero contradiciendo a este autor, Justo Sierra sostuvo en Madrid en el año de 1900:

“Han denostado algunos la conquista, diciendo que fué un grave mal, y esto me parece un solemne desatino o una paradoja para exaltar a los ignoros, que no se han asomado nunca a la historia de la evolución humana. Decir que la conquista fué un mal, es decir que nosotros lo somos, porque la sociedad mexicana viene de la conquista”.

Pero no hace ninguna referencia a Bulnes, aun cuando se adivina que a él y a Genaro García se refiere. Hay en Justo Sierra desde entonces un afán de no ponerse a polemizar, y es que sabe que quien polemiza, se tiene a veces que perder

¹¹² Francisco Bulnes, *El Porvenir de las Naciones Hispano Americanas*, pág. 17.



IBEROAMERICANISMO DESDE MÉXICO

en un laberinto, en persecución de su adversario. Quiere ante todo apuntar su propio pensamiento; si acaso sus ideas van en pugna contra el criterio de tal o cual pensador, sabe usar un recurso maravilloso para refutarlos, sin necesidad de recurrir a la enojosa disputa.

El pensamiento americanista de Bulnes era de una claridad y concisión indiscutibles:

*“No son Europa y los Estados Unidos con sus ambiciones, los enemigos de los pueblos latinos de América, no hay más enemigos terribles de nuestro bienestar e independencia que nosotros mismos. Nada de alianzas guerreras, ni de concilios hispano-americanos, ni de congresos continentales latinos. Nuestros adversarios ya los he hecho conocer, se llaman nuestra tradición, nuestra historia, nuestra herencia morbosa, nuestro alcoholismo, nuestra educación contraria al desarrollo del carácter. Si no sabemos salvarnos, la historia escribirá en nuestra tumba el epitafio que pusieron los persas a los babilonios vencidos por ellos: “Aquí yacen los que no merecieron esta tierra ni siquiera para sepultura”.*¹¹³

Justo Sierra oponía al escepticismo fatalista de Bulnes, su fe y su confianza en la grandeza de España.

Pero no obstante ser Sierra y Bulnes dos inteligencias de primera magnitud, sus mensajes de americanidad casi no llegan más allá de las fronteras de México.

Podría decirse que después de un letargo de varias décadas, estos hombres resucitaban una inquietud por las cosas de América, a la cual no le dan sin embargo toda la intensidad de su vigor mental. ¿Qué pasaba en cambio en el resto de la América Española?

¹¹³ Francisco Bulnes, ob. cit., págs. 281 y 282.



SOÑANDO, HACIENDO POESIA Y PROFETIZANDO

Volviendo los ojos hacia el pasado, D. José Enrique Rodó había dicho refiriéndose al ideal de Bolívar:

“La realidad inmediata negóse a acoger su sueño: mil fuerzas de separación que obraban en el roto imperio colonial, desde la inmensidad de las distancias físicas, sin medios regulares de comunicación, hasta las rivalidades y las desconfianzas de pueblo a pueblo, ya fundadas en una relativa oposición de intereses, ya en el mantenimiento de prepotencias personales, volvían prematuro y utópico el gran pensamiento, que aun hoy se dilata más allá del horizonte visible”.¹¹⁴

Por su parte, este notable hispanoamericano resumía en el libro *“Ariel”*, su pensamiento sobre América. Unificación hispanoamericana, admirar a los Estados Unidos pero no amarlos nunca; que la moral y la vida de nuestros pueblos, hagan el sincretismo del alma griega con el sentimiento cristiano: este es en esencia el mensaje de Rodó.

Hacia esa misma época, aparecían en el escenario americano dos figuras excelsas: Rubén Darío y José Martí.

Rodó miró a Darío desplegar los primeros vuelos líricos, y negó al poeta, la categoría de figura representativa de Amé-

¹¹⁴ José Enrique Rodó, *Hombres de América*, pág. 101.



SOÑANDO, HACIENDO POESÍA Y PROFETIZANDO

rica. Viendo sólo al escritor nicaragüense en su primera época, el juicio de Rodó no es un desacierto. En efecto Darío había expresado:

“¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de Africa, o de indio chorotega o nograndano? Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués; mas he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles; ¡qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un presidente de la República no podré saludarle en el idioma en que te cantaré a ti, ¡oh Halagabál!, de cuya corte, —oro, seda, mármol— me acuerdo en sueños”...

“Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas: en Palenque y Uxatán, en el indio legendario, y el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman”.

Pero el austero republicano que se llamó Justo Sierra, y que había entregado toda su vida al servicio de una noble tarea social; él como Sarmiento hiciera de la política un puente para realizar la educación de un pueblo, prologó una de las ediciones de este libro del vate nicaragüense. Abrió sus brazos de amigo al inmenso poeta, lo defendió ante los que le hacían ataques por sus innovaciones, reconoció en él a un hombre que se creaba su propio instrumental lírico. Había visto todo lo que había de arte, de genialidad y de grandeza, en el espíritu de Darío; al prologarle su libro *“Prosas Profanas”*, supo dirigirle un llamado tan hermoso como sublime:

“Vos no queréis ser de nadie; las únicas palabras de prosa que he encontrado en Prosas Profanas son un “Alzo el puente y me encierro en mi torre de marfil”, que aprietan el corazón. Volved a la humanidad, volved al pueblo, vuestro padre, a pesar de vuestras manos de marqués, a América, nuestra madre a pesar de vuestra carta de naturalización en la república de Aspacía y de Pericles. Los poetas deben servirse de su lira



HISPANISMO E IBEROAMERICANISMO

*para civilizar, para dominar monstruos, para llevarnos en pos suya hasta la cima de la montaña santa en que se adora el Ideal”.*¹¹⁵

Acaso Darío, inspirado por Sierra, pero también conmovido por el destino trágico de su país, brincó a la escena política con la lira en la mano, para lanzar sus rayos fulminantes contra Teodoro Roosevelt. El hombre de las manos de marqués volvía a la humanidad, volvía al pueblo, clavaba su garra creadora en las cosas americanas.

Después que pasó el oleaje de la amenaza yanqui, el nicaragüense ya tenía clavados los pies en el suelo que pisaba. Menos americano que Walt Whitman, acaso porque su alma un tanto aristocrática, le impedía tener la misma intensidad de fuerza telúrica que encadenó al Nuevo Mundo al cantor de “*Hojas de Hierba*”, Darío es después de Martí el hispanoamericano de mirada más certera para capturar el fenómeno continental.

A diferencia de Rodó, pero al igual que Sierra y Bulnes, Darío acabaría por descartar de su ideario el odio a los Estados Unidos.

Martí en cambio siguió siempre una trayectoria congruente. Desde que fué pensador de significación hasta su muerte, su ideario en lo esencial permaneció inmutable. Don Mauricio Magdaleno ha resumido y comentado en unas cuantas líneas el pensamiento americanista del apóstol cubano:

“Si, los Estados Unidos son grandes. Tierra que parió a Lincoln y a Brown y a Whitman, es tierra en cuyo hondón prodúcense prodigios. Mas ello no es todo. Civilización que no se consume en equidad y antes abre abismos entre los hombres y crea el menosprecio del decoro y erige culto enfermo a la riqueza material, es civilización coja y por lo mismo conde-

¹¹⁵ Justo Sierra, *Prosas*, 60.



SOÑANDO, HACIENDO POESIA Y PROFETIZANDO.

nada a fracasar a la postre. El pueblo más grande —decía Martí— no es aquel en que una riqueza desigual y desenfrenada produce hombres crudos y sórdidos y mujeres venales y egoístas; pueblo grande, cualquiera que sea su tamaño, es aquél que da hombres generosos y mujeres puras. La prueba de cada civilización humana está en la especie de hombre y mujer que en ella se produce”. Sin una rápida vuelta de timón, los Estados Unidos serían muy pronto, ergástulo infernal. Su ojo visionario veía llegar ese día. Cincuenta años hacía, Tomás Paine había exclamado:

“En nuestras manos está volver a empezar el mundo. Desde los tiempos de Noé no ha habido una situación como la actual. Se acerca el nacimiento de un mundo nuevo”.

¿Era éste del Becerro de Oro el mundo que anunció el religioso Paine? No, Martí sabía que no. Aquella oleada de grosero materialismo estaba dejando ver a las claras que el concepto de la existencia del sajón era estrecho y parcial y requería, para volver a crear en verdad el mundo, del aliento generoso del Sur. Mitre hijo le contestó, a seguido, calificando de hostil y demasado latina su apreciación. “Yo he vivido en las entrañas del monstruo y por eso me sobresalto!” pudo gritar, con razón Martí, con el corazón quemándosele del presagio de aquella crrolladora fuerza material, cuya amenaza sobre su Mediodía era ya inminente. Dentro de su misma batalla contra España victimaria de su Cuba, había colegido, el primero, también, este temblor de alas del águila que revolotea sobre su presa y prepara las garras:

“Cuanto español siga creyendo que nos desprendemos de su dominio por un azar de la fuerza, sigue siendo enemigo; cuantos sean capaces de comprender la necesidad de un proceso fatal en lo político como en lo biológico, amigo fervoroso es por la raza y amigo dilecto si coincide con nosotros en la aspiración a una común altura. De los norteamericanos diré casi igual, con más restricciones, porque la sangre nos separa de ellos y su



HISPANISMO E IBEROAMERICANISMO

pujante emporio al lado de nosotros es inmenso peligro para nuestras virtudes”.

¡Vaya si veía a cincuenta años de su minuto, cuando aun americanos tan ilustres como Sarmiento andaban ciegos y no percibían sino una sola cara del destino!”¹¹⁶

Ahora bien, de toda esta inquietud americana, ¿qué penetraba dentro del recinto de la intelectualidad mexicana? Mucho más de lo que puede creerse. Por lo menos Rubén Darío y Martí, tenían en México carta de ciudadanía. Martí había escrito en nuestro país algunas de sus mejores páginas. Y Darío, admirado por Sierra, había recibido de su admirador “*una suprema lección de moral cívica*”, como lo hubiera podido decir el propio don Justo.

Pereyra y Vasconcelos iban a ser de tal suerte receptores y cosechadores de una elaboración mental semisecular.

¹¹⁶ Mauricio Magdaleno, Fulgor de Martí, págs. 173 y 174.



VASCONCELOS Y PEREYRA COMO HEREDEROS DE UNA GRAN DOCTRINA

Tanto Vasconcelos como Pereyra, siguiendo caminos diferentes, llegan a conclusiones en muchos aspectos idénticas. Ambos son defensores de la tesis que hace de lo iberoamericano, la antinomia de lo anglosajón, sin conciliación posible. Pero, mientras Vasconcelos con supremo acierto, finca toda posibilidad de grandeza futura sobre la tradición prehispánica y la rica herencia española. Pereyra sin llegar a una actitud negadora de lo indio, no siente por este elemento grandes simpatías. Dentro del ideario de Vasconcelos, hay una penetración del pensamiento angloamericano, aun cuando tal vez no se dé cuenta cabal de ello.

Semejante a Walt Whitman, en su actitud selvática, que lanza gritos de júbilo en la dilatada extensión de América, sin cuidarse de reglas de retórica y preceptos de gramática, Vasconcelos sin embargo casi no ha hablado del gran inspirado de Long Island.

Cuando don Carlos Pereyra se coloca en la cúspide de la más alta severidad histórica, muestra la más íntima simpatía para los pensadores políticos angloamericanos. Así mira con todo respeto a figuras como Hamilton, Madison, Monroe, Adams. Tiene para Hamilton aquella frase, en que compara su valentía literaria con la del más notable de los filósofos de la Ilustración Francesa. En efecto dice: *“Hamilton habla como*



HISPANISMO E IBEROAMERICANISMO

han hablado todos los egoístas de genio: como Catón y como Voltaire, sin una sola vacilación en el criterio ni en la pluma".¹¹⁷

Y nosotros vemos que si don Carlos nos ha dicho en su "*Breve Historia de América*", que reduce a sus proporciones reales las excelencias de la "*cultura anglosajona*", el lector buscará en vano nombres como los de Thoreau, Poe, Walt Whitman. Y no sólo en esta obra, sino en toda la caudalosa producción de Pereyra no se hace alusión de figuras semejantes. ¿Cómo se explica esta omisión? ¿Acaso por las mismas razones que nos pueden decir por qué no da toda la atención debida a gentes como Varona, Martí y Hostos? Tal vez la falta de tiempo justifica las grandes lagunas que contiene su obra y que toca a las generaciones futuras llenar.

Pero volviendo de nuevo a examinar su posición política frente a los Estados Unidos, encontramos que si en Pereyra hay desde su juventud un fuerte odio contra la gran República, éste fué creciendo al compás del tiempo; al afirmar tal cosa no quiero decir que la agresividad de sus frases sea mayor en la madurez que en la carrera inicial del historiador. En realidad puede decirse que en su juventud, dijo las palabras más audaces que pudieran haber salido de su pluma contra los Estados Unidos. Siempre odió con todas las fibras de su corazón a la patria de Washington: "*Yo desde antes de nacer he sentido el odio hacia los Estados Unidos, ya que los huesos de mis antepasados reposan en Texas*"...

Y es tal vez en su libro "*El Crimen de Woodrow Wilson*", donde encierra mayor cantidad de hiel contra la república angloamericana.

Siete años antes, el hombre había actuado como verdadero historiador. En su obra "*De Barradas a Baudin*", en la parte relativa a la campaña de Texas, mostró una gran ecaunimidad.

¹¹⁷ El Fetiche Constitucional Americano, pág.



VASCONCELOS Y PEREYRA COMO HEREDEROS

Tres años después de publicado este libro, salió a la luz su “*Doctrina de Monroe*”, en que habla con un tono solemne.

¡Qué frases de elogio para Adams y para Jefferson!

Pero en “*El Crimen de Woodrow Wilson*”, no habla el historiador, grita el “*peleonero disfrazado de historiador*”. Sí, peleonero, no me retracto, pero peleonero en el más noble sentido del vocablo y quijotesco en grado sublime. El hombre no usa terminología de santo, sino el lenguaje de la indignación:

“Lo que hace despreciable a Woodrow Wilson, e inextinguible el odio que merece, es que cuando esperábamos el rugido del león encontramos la fascinación de la serpiente y su silbido traidor”.

Su prosa sube a veces hasta la más violenta diatriba. Denuncia peligros, condena imposturas, se rebela contra la mentira, pero casi nunca señala trayectoria a seguir.

Tres armas le parecen superiores a todas las de mar, aire y tierra, que pueden organizar con sus ilimitados recursos los Estados Unidos: El Fetiche Constitucional, La Doctrina de Monroe y el Panamericanismo.

Para oponerse al poderío yanqui, que como tenaza de acero oprime a los países hispanoamericanos, ¿qué sugiere en su madurez de historiador? Una simple expresión sale de su pluma: la Hispanidad debe reaccionar, y “*la reacción Hispánica contra esta fuerza es el secreto de Dios, es el secreto que no podemos penetrar*”.¹¹⁸

Y la imaginación del lector podía desbordarse, por mundos y mundos de fantasía

Pensador de una extraordinaria potencia y de una claridad de cristal. sin embargo no le ha sido dado penetrar bastante en

¹¹⁸ Breve Historia de América, pág. 748 y tomo VIII de la Historia de la América Española, pág. 745. Obras de Carlos Pereyra.



HIPANISMO E IBEROAMERICANISMO

el alma popular. Hasta ahora ha influido, al menos en México en grupos selectos.

Con ausencia estupenda de erudición histórica, pero con imaginación de artista y relámpagos geniales, Vasconcelos influyó con mayor fuerza que don Carlos en la mentalidad de Hispanoamérica.



EL PLEBEYO SUBLIME DE LA RAZA COSMICA

En la vida de Vasconcelos hay dos fases. Una, en que el hombre no conociendo a don Lucas Alamán y casi desconociendo a Pereyra, elaboró una de las arquitecturas mentales más sorprendentes de Iberoamérica. En la otra, empezando por resucitar al iberoamericanista que hay en don Lucas Alamán, influenciado a veces por la obra de Pereyra, llega a una conclusión negadora de la grandeza de lo indígena y exagera sus ya fuertes fobias angloamericanas.

Cuando poseído por un tremendo odio, aquel pensador descarga el peso de sus iras sobre lo prehispánico, acusándolo de ser rémora de nuestro progreso; con horror soberano y falta de análisis semejante al que corre en las páginas de Vasconcelos, los indigenistas condenan al hombre.

Pero no falta admirador ciego del pensador, que encuentra lo mismo en sus aciertos que en sus soberbios disparates, todo está combinado en dosis más o menos iguales: *“estudio profundo, crítica seria y casi siempre atinada, amor a la verdad sin reparo y sin miedos”*.

Todos se olvidan que el último Vasconcelos. es un hombre desgarrado por el resentimiento.

Don José Valadés, autor de un notable libro sobre don Lucas Alamán, ha expresado los siguientes conceptos sobre Vasconcelos, en relación con aquel gran retrógrado:



HISPANISMO E IBEROAMERICANISMO

“Fue don José Vasconcelos, guía espiritual de un pueblo que no lo comprende quien me llevó a don Lucas Alamán.

Vasconcelos trazó, intuitivamente, al hombre, al creador, al imaginativo que fue Alamán. ¿Pero, fue Alamán el Alamán vasconceliano? El Alamán vasconceliano es el Alamán de la ráfaga cintilante, que fulgió sobre el cielo mexicano a mediados del siglo pasado.. Vasconcelos inspiróse en el alamanismo, que fue, principio de raza, principio de ideas, principio de moral, principio de instituciones. Nada parte y todo parte de y para una nacionalidad, de esa idea sobre la cual Vasconcelos forjó su Alamán.

Pero ¿históricamente, era el pensamiento vasconceliano la interpretación justa del alamanismo? ¿Vasconcelos con su maravillosa pasión había superado al investigador?

*Cualquiera que fuese la respuesta, ella invitaba a la investigación, al estudio, al método: tal fue el origen de este trabajo”.*¹¹⁹

Pero sólo plantea la incógnita y no le da la solución en todo el curso de su libro. Con sinceridad igual nos dijo Valadés más tarde: *“Cuando yo escribí mi obra sobre Alamán, no juzgué con toda la fuerza crítica que debía. Mi libro peca de haber sacrificado algo de crítica en aras de lo objetivo. Alamán era hombre de excesivo laboratorio y es preciso juzgarlo tomando en cuenta esto”.*

Pero subsiste la pregunta. ¿Qué es Vasconcelos en relación con Alamán y qué es Alamán con respecto a Vasconcelos?

Algo dijo don Arturo Arnáiz y Freg acerca de esto:

“Alamán negó a los indios hasta su presencia en la formación de la nacionalidad; pero admitió que los laboriosos

¹¹⁹ José C. Valadés, Alamán, págs. X y XI.



EL PLEBEYO SUBLIME DE LA RAZA COSMICA.

mestizos eran “capaces de todo lo malo y de todo lo bueno”. Se le imitan sobre todo, sus defectos; el neo-alamanismo ha exagerado la ceguera. Hemos visto a mestizos vergonzantes condenar el mestizaje y hacerlo origen de desdichas”. . . .

“Entre los partidarios del criollismo exclusivista y limitado, se destaca por su genio Vasconcelos. Aparte de otros títulos, se le admira sin reticencias porque es uno de los símbolos que, con su actitud, contribuye a fijar el sentido de una hora amarga de la vida de México. Vasconcelos ha sabido dar a Latinoamérica mitos nuevos y apasionantes. Tiene derecho a destruir mitos quien los substituye, superándolos; pero la mítica vasconceliana será excedida con ventaja, cuando se coloque dignamente entre las figuras egregias al indio y al mestizo americano”.¹²⁰

El Sr. Arnáiz y Freg, se ha dejado influir por el prejuicio apreciativo que sólo analiza una de las fases de Vasconcelos. Se le olvida que éste ya había superado en su juventud, las doctrinas de la madurez; que él mismo se había por lo tanto sobrepujado. Si existe entre los hispanoamericanos alguien que haya sabido dar a lo indígena y a lo mestizo, un rango de primera importancia, este hombre ha sido Vasconcelos.

Enemigo como es de la investigación histórica estricta, sobrepone el mito a la realidad. Cuando los mitos que construía eran hechos con nobleza, la dirección que señalaba a seguir era atinada. En el momento en que la vida le es adversa, maneja una pluma llena de peligros. Para destruir sus últimas afirmaciones, no hay sino que recurrir a Vasconcelos mismo:

“El indio es un buen puente de mestizaje. . . el indio, el mestizo y aun el negro, superan al blanco en una infinidad de capacidades propiamente espirituales. Observemos que la masa de nuestros indígenas constituye una raza antigua y refinada

¹²⁰ Semblanzas e Idcario, Arturo Arnáiz y Freg, págs. XXVIII y XIX.



HISPANISMO E IBEROAMERICANISMO

*que ha conocido días de esplendor y atraviesa ahora por un largo eclipse lleno de amargura... La civilización no se im-constitución política; se deriva siempre de una larga, de una sucular preparación y depuración de elementos, que se tras-provisa ni se trunca, ni puede hacerse partir del papel de una miten o se cambian desde los comienzos de la historia. Por eso resulta tan tórpe hacer comenzar nuestro patriotismo con el grito de independencia del padre Hidalgo, o con la conspiración de Quito, o con las hazañas de Bolívar; pues si no lo arraigamos en Cuauhtémoc y en Atahualpa no tendrá sostén, y al mismo tiempo es necesario remontarnos a nuestra fuente hispánica”.*¹²¹

Hay veces en que los poetas y las artistas dejan atrás a los arqueólogos y a los historiadores, cuando se trata de comprender la significación de una cultura. Por otra parte algunos hombres que no son historiadores, ejercen en el espíritu de los pueblos una influencia superior a los segundos. Les modelan su criterio histórico; a ellos pertenece Vasconcelos. A la sombra de Pereyra escribió su “Breve Historia de México”. Sin tener la probidad de don Carlos, su libro alcanza en nuestro país un renombre superior al que logró la obra de éste.

Vasconcelos, ya sin el prestigio que tuviera en la segunda década de este siglo, es sin embargo más conocido en sus aspectos de decadencia, que en la aurora triunfal de su carrera. Y sus últimos escritos, muchos de ellos son tóxicos al espíritu de gente impreparada.

Yo, en su juventud, encuentro atisbos geniales. Sin hablar de retornos a lo hispánico ni a los precolombino, piensa que la fusión de aquellos dos elementos da un producto, que injertado a otras aportaciones étnicas, ha creado un tipo en verdad vigorosísimo.

¹²¹ Véanse prólogos de La Raza Cósmica y La Indología, libros de don José Vasconcelos.



EL PLEBEYO DE LA RAZA COSMICA

Nada hay tan fatal a los pueblos y a los hombres, como el resentimiento; nada tan infecundo como sentir que entre las venas nos corre sangre envenenada. Nuestro pensador en su juventud tenía optimismo y fe. Era apóstol de una generación seducida por el prestigio de su credo, estaba orgulloso de su estirpe. Tenía lugar un florecimiento cultural en México —al cual él daba su aliento—, que dejaba sentir su soplo por toda Hispanoamérica. En 1925 salió a luz su “*Raza Cósmica*”, en 1927 su “*Indología*”. Luego en 1929 fué candidato a la Presidencia de la República, no pudo ocuparla y el resentimiento se apoderó de él.

Empieza su renegación de lo indio, y dice ser un segundo aquel retrógrado insigne: hombre de una sola pieza, con un aquel retrógrado insigne; hombre de una sola pieza, con un credo político no susceptible de claudicaciones, de cuna aristocrática, católico sincero, verdadero historiador y ante todo de pura sangre española. No, Vasconcelos no podía ser un Alamán, porque su espíritu liberal era antitético del conservatismo de don Lucas, y por otra parte era heterodoxo, plebeyo y mestizo.

Si por algo llegó hasta el alma de la raza, fué por su populismo, si hubiese sido un aristócrata, no hubiese sido capaz de remover como electricidad el sentimiento de todo un continente. Nada tan doloroso como verlo tratando de ser criollo, como si fuese posible dejar de ser mestizo. Y él, que se enorgullecía de cargar aun cuando fuese “*una corta porción de sangre indígena*”, a la cual creía deber “*una amplitud de sentimiento mayor que el que podía tener la mayoría de los blancos, y un grano de esa cultura que ya era ilustre cuando Europa era bárbara*”.¹²²

Alamán defendió como Vasconcelos la unidad iberoamericana. Pero su educación aristocrática le impedía acaso, abrir

¹²² El punto de vista de Vasconcelos al respecto, es un tanto hiperbólico y sofisticado, pero fué dicho en el momento en que una pseudo-ciencia, negaba al mestizaje el derecho de ocupar un sitio prominente dentro de la cultura universal, y en que los occidentales veían lo americano con el más profundo de los desprecios.



HISPANISMO E IBEROAMERICANISMO

los brazos a todos los hombres de Hispanoamérica, como lo hizo el plebeyo sublime de *“La Raza Cósmica”*. También le faltaban los chispazos de genio, del que dijo ser su continuador, y aquella facultad de artista que sabía sentir y expresar todo lo americano. Alamán no hubiera aceptado a un Domingo Faustino Sarmiento, no lo hubiera tolerado como conductor de pueblos; Vasconcelos en cambio no sólo lo admite, sino que le rinde un tributo de admiración.

José Vasconcelos, supo ser en el momento más brillante de su vida, uno de esos conductores de hombres que han sabido llegar hasta lo más hondo de la entraña iberoamericana.

Seguido como se sigue una bandera, sus prosélitos lo adoraban, como se adora a un caudillo latinoamericano. Pero Vasconcelos, sin la voluntad y fe de un Juárez, sin la entereza de un García Moreno, sin el carácter de un Porfirio Díaz, o el talento político de un Domingo Faustino Sarmiento, cometió el supremo desacierto de creer que un gran intelectual puede ser siempre un gran político.

Con locuras de artista genial, Vasconcelos había conmovido a México y aún el continente americano se sentía magnetizado por su obra cultural. Si él había sido el secretario de Educación Pública más eminente del país, si constituía la mentalidad más brillante de la República, ¿no le correspondía por derecho de talento la primera magistratura? Vasconcelos por lo menos así lo creía.



AMBICIONES QUE ANIQUILAN

Vasconcelos dirigió una campaña política, en que pese a sus errores, debilidades y no pocas desvergüenzas, produjo una honda impresión en el ánimo del país. Pero la maquinaria oficial siempre apta para manejar la ficción del voto, consumó uno de los fraudes más escandalosos de la historia política de México.

El candidato independiente creyó que había llegado la hora de derrocar al gobierno establecido. Martí, caudillo y pensador, pero pensador político de esos que miran hasta lo más hondo del subsuelo social, ha dicho una profunda sentencia: *“a veces el pueblo esta listo, y no existe el hombre, y a veces el hombre aparece y no esta listo el pueblo”*.

¿Podría la egolatría de Vasconcelos pensar que si el pueblo estaba listo, él no podría acaudillarlo? Eso no puedo creerlo ni por un instante. ¿Y cómo podía dirigir una revolución, un hombre que llevaba una vida epicúrea mientras sus partidarios desafiaban el peligro? Con la derrota política de 1929, comenzó el martirio moral del hombre. Iba a ser lenta, pero irremediable su caída. Si hubiera tenido sutileza suficiente para mirar al presente, y visión para contemplar el porvenir, habría dado a la nave de su conducta una trayectoria distinta.

Como Ministro había mostrado una probidad absoluta, manejando fondos públicos. Al escribir sus obras la *Indología* y la *Raza Cósmica*, aunque hace alusiones a su vida privada (sobre todo en el primer libro), motejando su propia conducta.



H I S P A N I S M O E I B E R O A M E R I C A N I S M O

no remoja su pluma en el fango. Profundamente estimado en toda la América Latina, pudo mantener incólume su decoro de pensador. Desterrado de México, pero con carta de ciudadanía en todo el mundo de habla española y portuguesa, se le acogía con el mayor afecto.

Desestimando a veces sus antiguas ideas, traicionando algunas de las cosas que tenía por más sagradas, derrumbando ídolos a los cuales había rendido pleitesía, fué marchando de claudicación en claudicación. Primero fué un grito de protesta, que a través de sus libros tenía suntuosidades de océano, con mezcla de corrientes de lodo. Después el nervio de su prosa se fué haciendo más y más débil, hasta reducir al hombre casi a la impotencia.

Ya hemos dicho que había llegado a ser Ministro, sin conocer a Alamán y casi ignorando a Pereyra. Después a su sombra elabora una tesis de resentimiento, que no hubieran aprobado completamente sus inspiradores, aun teniendo con él puntos de contacto.

Con la más noble y bella de las imaginaciones, escribió “*La Raza Cósmica*” y “*La Indología*”, pero la mayor parte de la “*Breve Historia de México*”, de su “*Hernán Cortés*” y de su “*Simón Bolívar*”, están hechos con increíble descuido.

A los venezolanos como a todos los que tenemos una fibra de americanos, les ha de producir Vasconcelos con su Simón Bolívar, la misma indignación que a los mexicanos produce la lectura de su Hernán Cortés.

El lector deplora que su bosquejo de la personalidad de Cortés, tenga el desaliño de un colegial, y cuando leemos su Bolívar ficticio, nos indigna, porque hace de él un personaje de mucho menor talla que el Bolívar auténtico e histórico. .



EL GRAN SOLITARIO

¡Qué contraste forma la conducta de Vasconcelos con el noble gesto de don Carlos Pereyra! También es Pereyra político, pero mal político de acción, aunque quijotesco y sublime en sus errores. Veamos cómo luce su gallarda figura de iberoamericanista.

Cuando en 1916, empezó a levantar la temperatura de sus frases, hasta el último grado de ebullición, donde su aliento podía alcanzar, una gran parte de Hispanoamérica con Rufino Blanco Fombona a la cabeza, lo aplaudía.

No podía retroceder, imposible; no había fuerza humana capaz de callar aquella voz, su pluma no dejaría de hacer frases condenatorias contra el imperialismo estadounidense; sólo la muerte sería capaz de vencer a aquel gigante.

Y como la perspectiva internacional era patética, y Wilson continuaba los atropellos a los países de habla castellana, no podía así, concebir amistad entre los Estados Unidos y la América Española.

Cuando el panorama político entró en una fase de menores tormentas; cuando en el cielo un tanto despejado, apareció el arco iris que se llamó Franklin Delano Roosevelt, Pereyra no alteró en lo más mínimo su credo político.

Viendo que los Estados Unidos seguían teniendo en sus manos los hilos de la política hispanoamericana, que la plutocracia yanqui seguía dirigiendo el gobierno angloamericano,



HISPANISMO E IBEROAMERICANISMO

no podía concebir que la gran República tendiera una mano generosa. Darío en esos momentos hubiese vuelto a pronunciar su noble canto en que expresa:

*. . . “Ya lucharon bastante los antiguos abuelos
por Patria y Libertad, y un glorioso clarín
clama a través del tiempo, debajo de los cielos,
Washington y Bolívar, Hidalgo y San Martín.
Ved el ejemplo amargo de la Europa deshecha;
ved las trincheras fúnebres, las tierras sanguinosas,
y la Piedad y el Duelo sollozando los dos.
No; no dejéis al odio que dispare su flecha,
llevad a los altares de la paz miel y rosas.
Y pues aquí está el foco de una cultura nueva,
que en sus principios lleve desde el Norte hasta el Sur,
hagamos la unión viva que el nuevo triunfo lleva,
“The Star Spangled Banner”, con el blanco y azul” . . .*

Pero Pereyra, no podía creer en esa paz fraternal; en la sangre de don Carlos bullían las pasiones ancestrales y las fobias raciales, que llevaron a Felipe II a preparar *La Invencible* contra el poder naciente de la Reina Virgen. Ni por un minuto pensó en abandonar sus ideas; la pobreza y el sufrimiento, que más de una vez habíanse enseñoreado de su hogar, fueron incapaces de doblegar su voluntad. ¿Cuánto hubiera pagado el poder imperial anglosajón por callar aquella lengua?

Habría logrado don Carlos una brillante fortuna, si en vez de atacar a los Estados Unidos, hubiese puesto toda su inteligencia al servicio de “la política del buen vecino”. Pero era demasiado orgulloso y rectilíneo, para torcer en lo más mínimo la conducta que creyó era su deber seguir.

No sólo supo superar todas las seducciones que pudieron haberlo hecho transar, sino que rechazaba indignado todo con-



E L G R A N S O L I T A R I O

tacto con aquella gente a quien consideraba poco recomendable.

Pereyra dedicó varias décadas de su vida a la defensa de un ideal, y por haber sido un hombre sincero al defenderlo con toda la fuerza de su talento, merece el más profundo de los respetos que puedan tributarse a un hombre.

Con su iberoamericanidad no pudo ser un caudillo ideológico, como lo fueron en cambio Vasconcelos y Rodó, pero los pudo superar; al primero, porque le aventajó en voluntad y al segundo, porque puso un ideal de auténtico españolismo frente a un delirio de unificación del pensamiento greco-cristiano, que al fin y al cabo era un mal digerido ensueño de Ernesto Renan.

Defendió sin descanso una tesis que llegó a sentir sinceramente, mientras Vasconcelos con indolencia de Sancho vió muchas veces al Quijote “*entrar en fiera y desigual batalla*”. Frente al quijotismo de Carlos Pereyra, todo desprendimiento y desinterés, se alza el sanchopancismo de José Vasconcelos, disueto en la última etapa de su vida, a luchar sólo cuando le da la gana o cuando le ofrecen como premio de su esfuerzo una espléndida ínsula.

Como auténtico señor de la Mancha, don Carlos no acaudillaba ejércitos de prosélitos, iba solitario por los caminos para deshacer agravios, teniendo la convicción de que su obra era noble y buena.

Pereyra no tenía como destino formar sectarios, su obra iberoamericana está escrita para sugerir ideas. El ha de haber pensado que sus frases incendiarias, si no unificaban un sentimiento, por lo menos producían una inquietud. Alentado a veces por algunos amigos, no cesaba en su tarea, con la más intensa fe en el Dios de su raza, el Dios de su causa, el Dios de su Hispanidad.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



Deshaciendo Injusticias y Reparando Agravios.

Habéis de saber que mi descanso es pelear y mi sueño
es velar.

El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



ROSAS

Entre los años de 1918 y 1919¹²³ aparecen entre otros, tres libros de don Carlos, que tienen finalidades de reivindicación: “*Rosas y Thiers*”, “*Francisco Solano López y La Guerra del Paraguay*” y “*El Pensamiento Político de Alberdi*”.

El libro de Alberdi es la historia de un político, que elaboró una de las doctrinas sociales más sólidas de Hispanoamérica, que después pasó por las vicisitudes del destierro y que no había sido valorado con absoluta justicia. Por lo que se refiere a la actitud de Pereyra frente a Rosas y a Solano López, dos tipos que pueden considerarse como exponentes de dictadores hispanoamericanos, mas que de hacer su defensa, se preocupó por explicarlos. En los países hispanoamericanos es sumamente difícil hablar de dictaduras, frente a un auditorio o un grupo de lectores, que se piensan portaestandartes de la libertad. Mucho más difícil resulta convencer a políticos que creen que serían incapaces de sostener una autocracia. ¡Y sin embargo; cuántos de éstos, que han pregonado el respeto de las formas democráticas, han sido la negación misma de la tesis que tan vehementemente proclaman! Para no hablar de otros países de Iberoamérica, básteme el ejemplo de México.

¹²³ Como nota con supremo acierto don Angel Doctor, el bienio 1918-1919 constituye “uno de los períodos más fecundos de Pereyra”.



Juárez, considerado por algunos como la encarnación de la más estricta legalidad, múltiples veces atropelló el sistema constitucional.

Porfirio Díaz, que censuraba a Juárez su ambición de mando, condenó después a Lerdo de Tejada por tratar de convertir en juguete el sufragio electoral. Sin embargo, cuando llegó a la Presidencia de la República, hizo lo mismo que tan duramente censuraba a sus adversarios políticos.

Pero como en Iberoamérica la historia la han forjado fundamentalmente los vencedores, muchas dictaduras derribadas por los que se llaman restauradores del orden social y de la libertad, son juzgadas posteriormente con criterio desfavorable.

Rosas es uno de esos hombres, a quienes el odio político no absuelve ni en la desgracia; condenado acremente desde cuando estaba en el apogeo de su poder dictatorial, sus adversarios no lo perdonaron ni en la tumba. Es más, después de su muerte, todavía se le anatematizaba. Esta incompreensión es perfectamente explicable. Los mayores talentos literarios de su patria, fueron sus adversarios. Con excepción del ecuatoriano García Moreno, que tuvo como rival a un gigante de la magnitud de Montalvo, ningún dictador de hispanoamérica ha tenido adversarios intelectuales del tamaño de los enemigos de Rosas: dos de ellos, para no citar más, don Juan Bautista Alberdi y don Domingo Faustino Sarmiento, eran maestros consumados en el manejo de la ironía. Ciertamente es que los dictámenes de Alberdi y los dardos envenenados del autor de *Facundo*, contra Rosas, se explican dentro de las condiciones políticas que imperaban en el momento en que se produjeron. Pero hacía falta una labor rectificadora, una vez que se había ya enfriado el encono de las pasiones. Don Carlos Pereyra, que demostró siempre tener mayor entusiasmo por vindicar reputaciones, que por exaltar figuras consagradas, dejó en su justa posición a Rosas. Consciente de que a este hombre de Estado no lo han historiado sino que lo han novelado, él va a tratarlo dentro de la más estricta realidad histórica. No estudia a Rosas



para defender a Rosas; en cierto sentido “*Rosas le es indiferente, y si lo considera desde un punto de vista más bien simpático, es porque después de estudiar sin prejuicio un aspecto de su gestión pública, lo encuentra dotado de serenidad, juicio, previsión y patriotismo*”.¹²⁴

“*Rosas leyó el Facundo de Sarmiento, y comprendió que allí estaba su reputación histórica*”. Pero afortunadamente para la memoria del dictador, un día tenía que sonar la hora de la rehabilitación. Y aun sin proponérselo Pereyra, de sus investigaciones históricas al respecto, tenía que surgir la defensa de Rosas. Dice don Carlos, que Varela afirmaba que durante la época de Rosas no había habido historia, sino solamente “*una horripilante crónica de sangre y de ignominia*”. Si con esta comodidad se pudiera sintetizar la historia, yo podría resumir la vida política de México con unas palabras de Goethe: *aquí se ha hecho lo indescriptible*. Y habría formulado una de las más brillantes sentencias de la filosofía de la historia. Pero no, las investigaciones históricas siguen otros caminos. La historia no la han hecho los santos, aunque la vida de los santos forma una parte de la historia. Y el historiador tiene el deber de enfrentarse al pasado para contemplar el panorama con todas sus luces y sombras.

Pereyra se daba cuenta de la tremenda dificultad que había que vencer para hablar de un dictador iberoamericano a quien se considera como tirano:

“*Para los TIRANOS de América no hay historia. Mientras toman con la omnipotencia de su fuerza personal, no conocen otro lenguaje que el de la adulación, contrapuesto al de las diatribas de sus enemigos, generalmente publicadas en el extranjero. Y cuando caen, la adulación enmudece, los enemigos quedan olvidados, y los enemigos del déspota registrar como sentencia histórica la expresión de la venganza*”.¹²⁵

¹²⁴ Carlos Pereyra, Rosas y Thiers, pág. 12.

¹²⁵ Rosas y Thiers, ob. cit., pág. 7.



R E P A R A N D O A G R A V I O S

Más que las narraciones de la política interna de Rosas, Pereyra le interesa la conducta del Dictador frente a la amenaza exterior de que fué víctima. Allí es donde le parece que Rosas logra tener aciertos y una rectitud moral que no alcanza en su tiempo ninguno de sus contemporáneos:

“Yo no pretendo corregir a otros, sino patentizar que en su conflicto con el extranjero, Rosas se mostró superior a los unitarios y a los discípulos de Echeverría, así en talento, como en serenidad y en rectitud patriótica. Tomada en conjunto, es admirable la obra diplomática de Rosas, y lejos de poderse explicar como resultado de una locura moral en todo lo que debe constituir el fondo de las preocupaciones de un hombre público”.

Nuestro autor está muy lejos de creer que la capacidad de Rosas hubiese sido la de un gran estadista, pero aspira a reducirlo a sus proporciones reales y sobre todo a medirlo con políticos como Rivadavia y Bartolomé Mitre.

Pero la preocupación de don Carlos, dentro del libro que venimos examinando, no se concreta sólo a mirar el caso particular de la Argentina, bajo el mando dictatorial de Rosas. No puede escapar a la tentación de hablar de ciertos temas que fueron la obsesión de toda su vida. Ellos son la intervención de los Estados Unidos en Hispanoamérica, y la conducta de Europa en sus relaciones con los países iberoamericanos. Condena con toda la fuerza de su elocuencia las conquistas del monroísmo, además de censurar la torpe y nefasta política americanista de Thiers.

Como americano que siente en el cuello la bota de la insolencia europea, ve con el mayor desprecio a los que en nombre de la civilización quieren corregir la barbarie hispanoamericana:



Ya es muy viejo todo lo que sabemos de la selva virgen. Lo nuevo, lo sugestivo, y tal vez lo científico, sería estudiar la danza de las cabelleras con que un día sí y otro también divierte al mundo la civilizada Europa.

Y no se vea en esto un americanismo rabioso, sino el deseo de que los sabios psicólogos cambien la suerte. Injuriemos al menos con originalidad y gracia.¹²⁷



LA EPOPEYA PARAGUAYA

Hace como ocho décadas que Argentina, Brasil y el Uruguay mantenían las más cordiales relaciones entre sí. Pero frente a ellas estaba un país dominado por un despotismo militar, que amenazaba su tranquilidad política. Ese Estado era el Paraguay y ese despotismo estaba representado por Francisco Solano López. El pueblo paraguayo era bueno, pero su obcecación no le permitía darse cuenta de que estaba dominado por un monstruo. Las tres potencias que simbolizaban el orden y la probidad política, se aliaron para derrocar al tirano. Y en el momento en que dada la impotencia del Paraguay, podían haberlo mutilado, brotó la voz de la justicia defendida por Domingo Faustino Sarmiento y proclamada por la boca de su ministro Varela: “La victoria no da derechos”. Y así fué como el país fué respetado en su dignidad nacional y en su extensión territorial. Esta era la leyenda negra, bastante aceptada, que Pereyra se propuso destruir.

No fué don Carlos el primero que tomó las armas en esta campaña de depuración de la verdad histórica, pero sí uno de sus más ardientes y desinteresados paladines.

Cuando apareció el libro “*Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay*”, un hombre como don Juan E. O’Leary llevaba ya más de quince años luchando contra los detractores de la gloria del Paraguay y de la memoria del mariscal Solano López. A O’Leary se le trató, como se trata a todos los que tienen tesis que modifican conceptos aceptados por la generalidad:



L A P E R E Y R A P A R A G U A Y A

“O’Leary pretendió abrir la reacción vindicadora, todos y todo se lo impedían. Estaba aislado por muros de bronce. Mirábasele con desconfianza. El descrédito le acompañaba. Cada afirmación suya era recibida con prevención. Era necesario que su convicción tuviese raíces muy profundas, que su espíritu se impusiera por una superioridad incuestionable, que su carácter se hubiese templado en la fragua de los luchadores invencibles, para que la oposición quedase allanada, para que la pasión adversa cediese y para que la indiferente pasividad abriera el paso a una marcha triunfal.

*“El convencido sembró convencimiento. Fué maestro, formó discípulos. Hoy el Paraguay aclama a Juan E. O’Leary como Jefe intelectual de un movimiento nacionalista que condiciona todos los bienes de su patria a la apreciación equitativa de los hechos”.*¹²⁸

Pero la intervención de Pereyra vino a significar un esfuerzo mayor dentro de aquella noble cruzada. Don Carlos, para poder explicar mejor el asunto que aborda, revisa acontecimientos del Paraguay ocurridos desde la época del gobierno del Dr. Francia, esto es, desde muchos años atrás de la presidencia de Francisco Solano López.

¿Era el Paraguay un país de barbarie?, tal vez, pero en todo caso *“ni más ni menos, que otros con pretensiones de vilizados”.*¹²⁹

Solano López fué uno de esos hombres que no tienen juventud, porque pasan de la niñez a los deberes de la edad madura. Severo consigo mismo, para poderlo ser más tarde con sus subordinados, demostró siempre una poderosa energía y una gran dedicación al trabajo. Desde los 18 años ayudó a su padre con el peso de serias responsabilidades del Estado.¹³⁰ Logró ser ministro de guerra en el gobierno de don Carlos Solano López.

¹²⁸ Juan E. O’Leary, *El Centauro de Ybycui*, págs. 11 y 12.

¹²⁹ Carlos Pereyra, *Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay*, pág.



R E P A R A N D O A G R A V I O S

Conocedor de los asuntos secretos gubernamentales, cuando ocupó el poder supremo tenía la suficiente competencia. Había viajado por Europa, adquiriendo una profunda ilustración.

Pero el gobierno de Francisco Solano López iba a enfrentarse a problemas internacionales excesivamente complejos. Brasil empujaba al Uruguay y a la Argentina, contra el Paraguay.

El Mariscal hizo lo posible por conjurar la tormenta; en vano trató de convencer al gobierno argentino para que no se dejase complicar por las maquinaciones del Brasil.

Cuando no quedó más remedio que hacer frente a la guerra, Solano López la aceptó y la supo conducir con heroísmo. Si lo que dice Rufino Blanco Fombona sobre la despoblación del Paraguay es exacto, entonces hay que afirmar con él, que la epopeya de este pueblo no tiene paralelo en la historia. Según la afirmación de este notable escritor venezolano, al iniciarse la guerra, Paraguay tenía una población de 1,300.000 habitantes y unos cinco años más tarde “estaba reducida a 350.000, la mayor parte mujeres”.¹³¹

Se había hablado hiperbólicamente de la crueldad del Mariscal. ¿Qué había en el fondo negro de aquella conciencia de fiera? Ciertamente que “es difícil escrutar el seno tenebroso del alma de un tirano”. Pero Solano López no era tiranuelo vulgar, sino un hombre que simbolizaba la resistencia heroica de un país, que defendía su dignidad nacional. Blanco Fombona ha trazado con maestría singular, la severa disciplina a que sometía a sus hombres aquel capitán de hierro:

“Sus generales debían, al pie de la letra, vencer o morir. El coronel Estigarribia, enviado al frente con 12,000 paraguayos, a conquistar la provincia brasileña de Río Grande, se mira cer-

¹³¹ Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay, pág. 219.



L A E P O P E Y A P A R A G U A Y A

*cado, cuando sólo cuenta 8,000 hombres y se rinde por fin al hambre y a 30,000 soldados brasileños: Solano López lo fusila. Más tarde, constreñido a la última extremidad, sin ejércitos, sin parque, sin municiones, muertos de hambre, le hablan de pactar con el enemigo su hermano carnal, su cuñado, el coronel Alen, el obispo Palacios: Solano López fusila al obispo, al coronel, el cuñado y al hermano”.*¹³²

Por su parte Pereyra se indigna y con razón, contra los que hablan de la crueldad de López, en términos condenatorios. Esa crueldad al fin y al cabo estaba supeditada a la defensa del terruño patrio que disputaba palmo a palmo al adversario. Por eso es que, tomando en cuenta testimonios como el del general argentino Garmendia, siente la más vehemente de las indignaciones. En efecto, la descripción que ha hecho este jefe de la batalla de Abay, no puede ser más patética.

*Casi todos (los combatientes paraguayos) perecieron; 3,500 cadáveres enemigos, enlodados en pantanos color de sangre, yacían amontonados, como si atestiguase aquel acto inhumano la destrucción de un pueblo. Cayeron en poder del vencedor mil prisioneros, de los cuales seiscientos estaban heridos, y fueron abandonados, por muertos, en el campo de batalla. ¡Qué proporción horrible! Aquello no fué una batalla, sino una horrible carnicería. Trescientas mujeres que, como las heroínas galas, habían presenciado el combate, aumentaron el botín de la victoria. La soldadesca desentrenada abrió las válvulas de su feroz lascivia, y estas infelices, que habían visto perecer a sus esposos, hijos y amantes, sufrieron los más torpes ultrajes de la lujuria en la noche más negra de su pena. “¡No sé como no murieron!”. No se hizo persecución, porque no hubo a quien perseguir.”*¹³³

¹³² Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay, Carlos Pereyra, pág.

¹³³ El Centauro de Ybycui, págs. 17 y 18.



R E P A R A N D O A G R A V I O S

Se justifica así que Solano López no haya hecho una guerra humanitaria.

No se necesita mucha imaginación para comprender que Francisco Solano López, que, como lo demostraron los hechos, estaba resuelto a sepultarse en las ruinas de su patria, tenía que aceptar hasta lo que hay de necesariamente odioso en la epopeya o a verse ridiculamente aprehendido en su campamento por los oficiales de su propia guardia. No es posible regar flores de égloga sobre un camino de muerte. Si Francisco Solano López hubiera querido perpetuarse simplemente en el puesto que ocupaba, mandar y ser obedecido, aplastar las voluntades contrarias, por el placer de la dominación y por los lucros del poder, habría sido un criminal fusilando al obispo, a Benigno y a sus cómplices. Pero un Francisco Solano López que después de aquellos hechos tenebrosos de la acción de Piquisiti, que se retira a Ascurra, que perdida toda esperanza, acepta las penalidades de los últimos cuatro meses de peregrinación, y que vencido en el atrincheramiento de Cerro Corá, pronuncia con los fieles que le siguen la palabra arrogante del desafío al vencedor, no es simplemente un endemoniado, ni un frenético, ni un bárbaro. Es un hombre, un hombre extraordinario”.

En resumen, el Mariscal no es un monstruo, ni un desequilibrado, ni una fiera. Y los que así lo tratan, no tienen ecuanimidad al juzgarlo:

Pero pregunto si es compatible odiar a un hombre y creerlo fiera, si se puede llevar de frente una política que no revele puramente accesos de histeria, cuando se abandona la razón de Estado por una baja pasión. Los que ponen del lado de López todas las negruras de la maldad, harían bien si calmándose preguntaran cómo puede calificarse dentro de la misión docente de Sarmiento, el amigo de la niñez, o de su serenidad política de Presidente, la cólera con que ruge, espumándole la boca: La guerra está concluida, aunque aquel bruto tiene más de doscientos



L A E P O P E Y A P A R A G U A Y A

tas piezas de artillería y dos mil perros que habrán de morir bajo las patas de nuestros caballos. Ni a compasión mueve aquel pueblo, rebaño de lobos” . . . Estos dos mil perros son en otra parte dos mil animales que obedecen a López y mueren de miedo. Quienes hablan así, pueden pedir que un alienista sujete a López con camisa de fuerza. ¿No son ellos quienes la necesitan?

Ahora bien, podría creerse que una vez que O’Leary había publicado trabajos sobre Francisco Solano López, y Pereyra había dado a luz su libro reivindicador de la memoria del Mariscal, el concepto histórico en torno a este tema había cambiado notablemente. No fué desgraciadamente así. Por eso es que cuando O’Leary publica su obra “*El Centauro de Ibycui*”, que se refiere a la vida del general Caballero, —uno de los capitanes más estimados de Solano López—, Pereyra que le prologa el libro, hace notar que la reivindicación de los defensores de Paraguay no ha sido todavía plena:

“No viene, sin embargo, este libro en una hora de calma, pasada ya la lucha, a señalar un remanso en la actividad revisora de O’Leary. No, lejos de esto, al escribir en España y en Francia sobre la gloriosa vida del general Caballero, siente caer en torno suyo, como si ocupara el bastión de una fortaleza batida por el enemigo, la lluvia de los folletos que continúan vomitando las prensas enemigas contra el “monstruo” del Paraguay. Cunde el terror en torno de O’Leary. Es peligroso acercarse. Hay metralla para todos los amigos y simpatizadores del expositor de la tesis paraguaya. ¿Paraguaya? No. Lopizta. pues con esta palabra se quiere rebajar el concepto de la misión que O’Leary cumple, poniendo en ella su bravura, su tenacidad y su talento. La jauría continúa persiguiendo a López. Hay que acosar a la fiera y exterminarla en los libros, después de haberla hecho rodar la picada del Chiriguëlo al ensangrentado cauce del Aquidabán.”¹³⁴

¹³⁴ El Centauro de Ybycui, ob. cit., págs. 13 y 14.



ALBERDI

Juan Bautista Alberdi es un tipo americano a quien Pereyra describió con la mayor ponderación. Quizá sólo a Bolívar y a Sucre trató con la misma ecuanimidad. Sin estar completamente de acuerdo con todo el ideario político del gran argentino, siente sin embargo una gran fascinación por aquella cabeza sólida, aunada a un ingenio mordaz. *“Alberdi es en cierto modo un abogado del diablo que echa agua al vino de las canonizaciones. Negador, nos dirán sus adversarios. Sí, negador, pero negador de imposturas”*.¹³⁵

Al hablar así don Carlos, ¿no está haciendo su propia defensa? En efecto Pereyra *“echó también agua en el vino de las canonizaciones”* y derribó así de sus pedestales muchas figuras consagradas. Además fué toda su vida fundamentalmente un negador.

Alberdi no podía ser explicado sustrayéndolo de su tiempo y de su medio. Se le comprende, juzgándole en relación con los políticos que tuvo que tratar. Al hablar de Alberdi es preciso citar a Rivadavia, Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento y al General Urquiza. Todos ellos son juzgados por la crítica pereirista. Si don Carlos Pereyra tiene para Sarmiento el respeto que debe profesarse a un gran talento, en cambio a Mitre lo cubre de ridículo:

¹³⁵ Carlos Pereyra, El Pensamiento Político de Alberdi, pág. 3.



A L B E R D I

Ese Mitre que parecía ocupar las cuatro quintas partes del Panteón Argentino como poeta, como general, como Presidente y como historiador”, es sintetizado por Pereyra con siete palabras.

“Personaje pequeño en un escenario de gigantes.”

Carlos Pereyra que juzga el fenómeno americano, desde la perspectiva del siglo XX, no puede naturalmente tener la obsesión de tantos hispanoamericanos de la pasada centuria, que se postraban reverentes ante todo lo extranjero que no fuese español:

“Alberdi, como Sarmiento y como Mitre. tuvo la superstición de lo europeo y de lo yanqui. El frac de Sarmiento le queda bien a Alberdi en este pasaje. ¿No es el viejo frac de Rivadavia? Hay un fondo no sólo de falsedad, sino de sofisma ridículo en aquel estribillo: “Nada existe. Todo debe importarse. América es un desierto a la que todo le falta”.

Una y otra vez dice Alberdi: “Hoy debemos constituirnos, si nos es permitido este lenguaje, para tener población para tener caminos de fierro, para ver navegados nuestros ríos, para ver opulentos y ricos nuestros Estados”.

Todo esto es muy bueno. Pero Alberdi lo dice sin medida, y lo concibe fantásticamente, con un prurito de negación odiosa de lo propio y, sobre todo, de lo que constituye un lazo espiritual común entre los pueblos de la América Española.¹³⁶

Cierto, no se solidariza con la concepción un tanto antiespañola y extranjerizante de Alberdi, pero lo juzga desde el más alto plano de la comprensión. Si aquellas gentes renegaban de

¹³⁶ El Pensamiento Político de Alberdi, ob. cit., págs. 295 y 296.



R E P A R A N D O A G R A V I O S

su tradición, era perfectamente explicable dentro de las condiciones políticas de la época.

Hubiéramos deseado que la serenidad crítica con la que trató a Alberdi, hubiese campeado en todas sus apreciaciones. Sin embargo, en los últimos años de la vida de Pereyra, vemos una especie de niebla que le impide a veces mirar con absoluta precisión los contornos de figuras como Bolívar. Analiza los errores de “*El Libertador*”, es verdad, pero no los explica satisfactoriamente. Más bien se lamenta de aquellos momentos, en que el caraqueño, víctima de la ofuscación, buscaba el auxilio de Inglaterra. Y con la misma amargura o con una amargura más intensa, veía todas aquellas rebeldías hispanoamericanas que renegaban de su pasado. Triste es en verdad toda esa historia de desilusión y de condenación de lo tradicional. Sin embargo era un tránsito obligado para llegar a una transformación, que estaba dentro de las conveniencias de Hispanoamérica.

Si Pereyra dedicó todos los años que pasó en España al estudio de la historia, nunca fué uno de esos pobres intelectuales iberoamericanos, que después de estar algún tiempo ausentes de América, reniegan de su abolengo americano. Don Carlos siempre se sintió orgulloso de ser hombre del Nuevo Mundo, y defendió brillantemente lo que había de sublime en los pueblos de Hispanoamérica.

“Los desiertos bautizados con el nombre pomposo de Repúblicas no eran sólo tierras vacantes, listas para ponerlas en manos de la civilización. Estaban habitadas por seres humanos, capaces de vivir por una fe y de morir por un ideal.”¹³⁷

¹³⁷ Pensamiento Político de Alberdi, ob. cit., pág. 296.



México Falsificado.

La verdad es tenue, crepuscular, fugitiva, soluble en el error.

Carlos Pereyra



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



MEXICO FALSIFICADO

Dos obras póstumas de don Carlos Pereyra han sido publicadas recientemente: “*Quimeras y Verdades de la Historia*” y “*México Falsificado*”. El primer libro ha merecido en Europa y en América elogiosos comentarios. El segundo ha causado entre los estudiosos de mi país serias meditaciones.

Un libro que no es publicado en vida de su autor, tiene que tener ciertas apreciaciones, que acaso hubieran sido modificadas poco antes de entregarlo a la imprenta. La referida obra fué escrita con la más honda y conmovedora de las angustias. Hay en ella un dolor que conmueve; ningún libro de Pereyra sobre México, está hecho con tanta amargura.

No movió a Pereyra ningún resentimiento ni despecho personal, pero temió que más de algún lector llegara a pensar lo contrario; por eso hizo explicaciones en las cuales, aun sin quererlo, dió algunos de sus rasgos biográficos:

“Entre los reproches que pueden hacerse al autor queda desde luego excluido el del móvil interesado. Y asimismo está fuera de cuadro el despecho, pues quien nada tenía, nada perdió con las situaciones políticas y económicas que han desaparecido. No ha sido terrateniente, ni accionista de empresas castigadas por las convulsiones. En la política, nada pudo quitársele, ya que sólo de él ha dependido que cada nueva agitación hubiese ido dándole ocasiones y medios de beneficio. Muchos son los que pasan por todas las transiciones, procurando



M E X I C O F A L S I F I C A D O

*no vincularse imprudentemente con los caudillos, y sirviendo a todos ellos, fieles hasta el momento de la caída. Escriben un artículo, a los dos meses invitan para una conferencia, publican después un folleto sobre las artes plásticas, enumeran las victorias de un general, imprimen un tomito de versos sin ritmo ni rima, y a falta de esto, o añadido a esto, con unas declaraciones oportunamente insertadas en los periódicos, reúnen los títulos necesarios para las brillantes embajadas, para los bufetes productivos, para las asesorías de prestigio, para los viajes de estudio, para las direcciones generales y para formar parte de los gabinetes. Nada es tan fácil como la conquista de las más espléndidas posiciones, hecho demostrado por el recuerdo de las capacidades que flotan en todas las aguas y pescan en todos los ríos de la confusión anárquica”.*¹³⁹

Allí está el hombre que despreció todas las seducciones que pudieron haberle dado una brillante posición. Habla aquel que sacrifició toda una vida en aras de lo que para él, era la santa verdad histórica.

En el “*México Falsificado*”, como en todos los libros de Pereyra se acumula una formidable erudición. Es pasmosa la cantidad de documentación que maneja en este libro. Pero la misma abundancia de materiales ha abrumado al autor. Se ve que hizo un esfuerzo considerable para tratar de dar coherencia a los acontecimientos que narra, pero sin resultado. La cantidad de detalles es tal, que hay momentos en que el lector se pierde en un océano de oscuridad. Existen páginas en que uno deseara un poco de mayor claridad. Don Carlos, maestro de la forma, formidable prosista, es posible que antes de dar a la imprenta este libro le hubiera hecho no pocas correcciones.

Pero ya nos hemos distraído demasiado, vayamos al fondo de la cuestión. Veamos cuál es el propósito del autor: “*no vengo a decir cuáles son las verdades ocultas entre tantas men-*

¹³⁹ México Falsificado, Carlos Pereyra, págs. 14 y 15.



M E X I C O F A L S I F I C A D O

tiras, sino cuáles son las mentiras que impiden el paso a tan pocas verdades”. Mas don Carlos, ¿ha captado toda la verdad? Nadie tiene el don del acierto absoluto. El propio autor años antes lo había comprendido así: “La verdad no es en el mundo objetivo tal como la expone el procedimiento oratorio, —violenta, exclusiva, susceptible de demostrarse por reducción al absurdo—, es ténue, crepuscular, fugitiva, soluble en el error”.¹⁴⁰

Veamos qué es México para Pereyra: *“México fascina y desconcierta. Por legendario, profundo y misterioso, se le reduce a tema poético. Por sus contrastes de selvas y desiertos, de pasividad y rebeldía, de sangre y de plegarias, de miseria y de suntuosidad, es el tormento de los observadores que quieren explicarle, captando las realidades caóticas. Entre estas dos series independientes de representaciones, unas ingenuas y otras presuntuosas, se sitúa la ingente mole de la literatura fabricada por plumas aventureras que buscan el boletín de los combates. Méjico ha sido falsificado de mil modos y con distintos fines. Lo que de él se dice encierra casi tantos errores como palabras.*

Es por lo tanto necesaria la intervención modesta de quien señale los hechos sin pretender que se le otorgue crédito, y deje al lector libre para que por sí solo saque las conclusiones”.¹⁴¹

Toda la historia de México está por revalorarse, desde la época prehispánica hasta nuestros días. Pereyra, que así lo ha de haber comprendido, nunca quiso constreñirse a ver sólo una arista de su patria; únicamente podía satisfacerlo la contemplación del edificio, desde su base hasta su coronación.

En la especie de introducción de su libro de que venimos tratando, habla fervorosamente de los auténticos restauradores del México prehispánico y colonial. Hace referencia a figuras tan

¹⁴⁰ Carlos Pereyra, De Barradas a Baudin, pág. 4.

¹⁴⁵ México Falsificado. ob. cit., págs. 13 y 14.



M E X I C O F A L S I F I C A D O

eminentes como el Barón de Humboldt, Selser, Orozco y Berra, Paso y Troncoso, Chavero, Robelo, Plancarte, Bernal Díaz y otros igualmente ilustres.

Pereyra dijo allá por 1904 refiriéndose a Bulnes, que era un hombre que denunciaba mentiras con la cólera de un vengador. ¿No podría decirse que don Carlos, en su *“México Falsificado”*, asume también una actitud parecida, si no idéntica de condenación? Unos diez años antes de haber escrito *México Falsificado*, Pereyra mostraba una gran ecuanimidad en el tomo tercero de la Historia de la América Española, que se refiere a México. Con el más profundo respeto habló de personajes históricos como José María Luis Mora.

En su *México Falsificado*, aun frente a la bibliografía que en el curso de su obra va comentando, no se muestra encomiástico. Es prolijo analizar todo el contenido de sus aseveraciones vertidas en este libro; sólo voy a concretarme a ver algunos rasgos fundamentales.

Refiriéndose a las primeras décadas del México Independiente, dice que *“La demagogia triunfante quiso hacer una obra de americanismo”*. La frase encierra un amargo desdén. Pero, por fortuna para el honor de México, aquel noble anhelo tenía defensores de la altura de don Lucas Alamán. El mismo Pereyra años atrás había hablado del gran retrógrado y de su afán americanista con el más alto de los elogios:

“Otro amigo de Alejandro de Humboldt, el insuperable estadista mexicano D. Lucas Alamán, se perfila a lo lejos con la figura de un creador de instituciones. El sabio alemán adivina posibilidades ilimitadas. Es su hora americana, hora breve, seguida de dolorosos desencantos”.¹⁴⁶

Ni aun los historiadores conservadores se habían dado cuenta de la importancia de la obra iberoamericanista de Lucas Ala-

¹⁴⁶ Humboldt en América, pág. 242.



M É X I C O F A L S I F I C A D O

mán. José Vasconcelos, que antes de ser Ministro no conocía a Alamán, ¿acaso llegó a la curiosidad de sondear el espíritu de ese estadista leyendo estas líneas? El influjo de Pereyra sobre las concepciones históricas de Vasconcelos es considerable. En todo caso, si Vasconcelos llegó por vía directa o indirecta al conocimiento de Alamán, haciéndole plena justicia al autor de *La Raza Cósmica*, hay que declarar que el verdadero ángel de la resurrección alamaniana es precisamente él.

Para la Revolución de Reforma, Pereyra en su *México Falsificado*, no tiene sino anatemas. Desde los movimientos precursores de la misma hasta su realización, encuentra hechos monstruosos. Incuestionable que los hay, pero comparada nuestra Reforma con los excesos de la Revolución Francesa, los jefes mexicanos resultan palomas frente a los Robespierre y los Danton. Es más, el mismo Pereyra años antes lo había dicho con singular maestría:

“Nuestros liberales toman por dato fundamental el hecho histórico, la realidad profunda: subieron algunas veces a las alturas líricas de la improvisación igualitaria, no lo negamos, pero nunca incurrieron en actos de demencia, como el culto de la Diosa Razón; no atacaron los usos y las costumbres; no se tutearon en mascaradas de igualdad de manicomio; no se llamaron ciudadanos, a secas, ni se bautizaron con los nombres de Bruto y Scipión; el Presidente era Excelentísimo Señor y Excelentísimos Señores los Ministros y cuando aquél y éstos dejaron de ser Excelencias no dejaron de ser Señores; el anticlericalismo del movimiento cobró mayor autoridad con el cristianismo. y aun podríamos decir, catolicismo sincero de muchos corifeos liberales, entre los cuales no hubo quien no hiciera punto de honor el respeto caballeresco a las creencias de la sin abjurar de ellas, secundó y robusteció con su abnegación el credo revolucionario: finalmente, los liberales mexicanos frente a un enemigo interior fuerte, rico y prestigiado, se mantuvieron en correcta disciplina que dispersó las tendencias anárquicas, reprimiendo en el seno del grupo superior los arran-



M E X I C O F A L S I F I C A D O

*ques de delirio tribunicio que conducen a la formación de esas convenciones nacionales, funestas a la unidad de mando; y como la finalidad de la política revolucionaria quedó tan bien determinada por los mismos acontecimientos, después de la guerra, se mantuvieron en pie, enhiestas e incólumes, las tradiciones domésticas y locales, en una palabra, —todas esas cosas del pasado, que no se improvisan, y que forman la base de roca primitiva sobre la cual se asientan, después de una tormenta general, las nuevas instituciones y los ideales recién conquistados. Ese inmenso servicio se debe al buen sentido, al lastre de ideas positivas de nuestros revolucionarios. Todos ellos se habían nutrido con la médula de león de los políticos—, la observación directa de la vida nacional, —y con la poco voluminosa, pero intensa, literatura social de nuestros pensadores”.*¹⁴⁷

Por desgracia don Carlos se olvida que las páginas anteriormente transcritas, constituyeron afirmaciones de las mejores que haya hecho en su vida.

Y si condena muchas cosas del liberalismo, ¿cómo va a permanecer tranquilo frente a tantas imposturas de los revolucionarios del siglo XX? Todo se explica. Ya hemos dicho que había en el fondo de su alma, algo que lo sublevó toda su vida contra las injusticias sociales. ¡Qué momentos más amargos han de haber sido aquellos de su ancianidad, en que cogía entre sus manos nerviosas los diarios mexicanos! Muchas gentes de México que han sido testigos presenciales de la Revolución, no han sabido comprenderla ni juzgarla con certeza. ¿Podemos pedir a don Carlos Pereyra la infalibilidad crítica en sus apreciaciones? Que lo rectifique en este aspecto, quien tenga más fuerza de análisis y menores prejuicios, para hacer el balance de la Revolución, y es de creerse que quien lo haga, sabrá pesar mejor que nadie el esfuerzo de don Carlos por hacer el resumen de esta tormentosa época.

¹⁴⁷ Carlos Pereyra, Juárez Discutido.



La Responsabilidad Histórica de América.

Los pueblos han de tener una picota para quien les
azusa a odios inútiles, y otra para quien no les dice a
tiempo la verdad.

José Martí



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



LA RESPONSABILIDAD HISTORICA DE AMERICA

El presente ensayo ha sido hecho con una gran preocupación americana, aun cuando su autor haya escrito dentro de la pauta de su mexicanidad. Ha intentado estudiar a grandes rasgos el pensamiento de un gran americanista, tratando de explicarse su evolución doctrinal.

De haber juzgado a un pensador cuya ideología hubiese sido inmutable durante toda su vida, sus dificultades habrían sido menores. Pero tratándose de un intelectual que cambió de posiciones la dificultad fué magna. De realizarse un día una labor de análisis profundamente seria, sobre toda la obra de Pereyra, esta tarea sería deleznable, si no se acompaña de una severidad crítica que deslinde lo que debe sobrevivir de lo que es necesario rechazar.

Hay criterios infantiles, que se albergan en cerebros de hombres maduros, y que piensan que el deber de un intelectual debe ser el permanecer siempre fiel a las doctrinas que defiende en su juventud. Yo siempre he creído que, si la historia participa de alguno de los caracteres de la ciencia, debe estar entonces en perpetua evolución y en perpetuo cambio para acercarla sin cesar a la verdad. Y a través de las páginas de mi libro me he preocupado de demostrar, que en Pereyra no hay transformación que se produzca en virtud de un salto, sino trasmutación paulatina. Esto no quiere decir que toda rectificación, hecha por Pereyra a sus concepciones primitivas, haya sido siempre un acierto.



LA RESPONSABILIDAD HISTÓRICA DE AMÉRICA

Si alguno de sus discípulos lo acatará totalmente, cometería en primer lugar el error de aceptar muchas paradojas y contradicciones, y por otra parte traicionaría a su maestro, que fué siempre un inconforme y un viajero incansable en busca de la verdad.

Ni siquiera se debe decir: acepto el pensamiento de la madurez o el de la juventud. Y es que en el uno como en el otro, existen errores y aciertos. Un maestro a quien Pereyra quería entrañablemente, dió a México un supremo consejo cívico: “*no seamos ni idólatras, ni iconoclastas, sino hombres de gratitud, hombres de Patria*”. Esa lección puede ser útil a todo el mundo de habla española.

Podemos aceptar en Pereyra lo que creamos un acierto y rechazar lo que nos parezca deleznable. Ninguna posición más peligrosa que la aceptación cabal de la doctrina de un americanista. Si debemos admirar a Sarmiento, a Pereyra, a Alberdi, a Rodó, a Montalvo, a Vasconcelos, a Walt Whitman y a tantos otros ilustres americanos, es nuestro deber fundamental ponderarlos. Ningún hombre en América ha dado un mensaje definitivo, nadie lo dará jamás. Cada uno de los grandes pensadores americanos escruta con mirada ansiosa el panorama continental y formula su concepción. Unos entienden la realidad con mucho mayor acierto que otros. Pero aun aquellos que fueron muy certeros, formulan una concepción que no es válida para todos los tiempos.

Cada generación tiene sus propios deberes. Entre los pensadores iberoamericanos posiblemente ninguno hizo una obra de apreciaciones tan vastas sobre la historia de América, comparable a la de Pereyra, contando con tan exiguos recursos. Tuvo discípulos en España a quienes dió el ejemplo de su vida virtuosa y austera, y muchas veces el consejo más noble. En el Instituto Fernández de Oviedo dejó la huella de su paso, marcada hondamente. Respetado y admirado por todos los miembros de esta institución, sin embargo actuó con la más absoluta libertad e independencia. No le fué dable dirigir una legión de ayudantes que colaboraran eficazmente con él. Fué modesta su



LA RESPONSABILIDAD HISTÓRICA DE AMÉRICA

vida, por lo que se refiere al aspecto económico, no tenía la ayuda que presta una situación bonancible para realizar con mayor eficacia una tarea de historiador. La emoción lo conducía a veces precipitadamente hacia el final de cada obra. Así se explica la falta de coherencia, que manifiesta en ciertas ocasiones. No escribió con un afán enfermizo que quiere todo subordinarlo a un sistema y a un método, tenía la nerviosidad del rayo y hacía entrar dentro de sus libros un conglomerado de tormentas.

No aspiró a lograr reputación de hombre de ciencia. Tenía una ambición más alta y noble: remover la conciencia hispana. No se le podría negar a Pereyra una gran sabiduría histórica, pero por encima del intelectualista estaba su sensibilidad de americano, que lo lanzaba a la heroica cruzada que tenía por objeto defender el prestigio español.

Cuando inició su campaña reivindicadora, todos y todo se levantaban contra él. Era la época en que Hispanoamérica razonando con argumentos de barberos y curas, se reía del fracaso del Quijote español representado por el gallardo e “*invicto caballero del vencimiento*” que se llamó Cervera y Topete.

Pereyra tuvo el valor suficiente para desafiar el ridículo. Frente a un mundo que negaba la grandeza de lo español, él levantó su afirmación de lo ibero y de lo hispanoamericano. Arremetió contra el adversario, como arremeten todos los qui-jotes: sin ponerse a meditar si eran molinos o gigantes. Hizo bien, era su deber de hombre y era lo que necesitaba su tiempo. Uno de esos intelectuales que se distinguen por su serenidad, hubiera logrado una posición más armónica que Pereyra, pero no habría conmovido la conciencia de un mundo que necesitaba que se le hablase con el lenguaje de la más exaltada vehemencia.

Pero ha pasado aquella época dramática y se impone la necesidad de mirar las cosas desde la perspectiva de nuestro tiempo. Hoy de una vez para siempre hay que afirmar el orgullo de



LA RESPONSABILIDAD HISTÓRICA DE AMÉRICA

nuestra ilustre prosapia hispana y de nuestro abolenjo indígena. Don Carlos abordó las cuestiones prehispánicas con un cariño menor que el que sintió por lo hispano, nosotros los iberoamericanos estamos en la obligación de levantar la grandeza de nuestras dos ramas étnicas a la misma altura, si queremos tener conciencia plena de nuestro ser. Por otra parte sea cual fuese el destino que nos brinde el futuro, es imprescindible desde ahora mirar con la pupila bien abierta los problemas de la hora presente.

Pereyra perteneció a una generación que vivió la hora angustiosa, en que el poder anglosajón atropellaba brutalmente a los países hispanoamericanos. Si hacia 1905 y 1908 don Carlos miraba la trayectoria histórica de los Estados Unidos, desde el solio de la serenidad crítica, después al referirse al mismo país habló siempre con un tono de agresividad, y lo juzgó desde un punto de vista unilateral.

Si la Gran República ha logrado escalar el primer puesto como potencia mundial, es que aparte de contar con una fuerza que la llevó a vulnerar nuestros derechos fundamentales, tenía un conjunto de virtudes que no debemos negar.

Ya no nos basta conocer la historia de Iberoamérica, precisa saber también el desarrollo político, social y cultural de Norteamérica.

Si los anglosajones estudian con gran interés al mundo iberoamericano, por odio al vecino poderoso ¿nosotros debemos refugiarnos en nuestros odios ancestrales?

En los últimos cuarenta años quienes han hecho estudios significativos en México, sobre cuestiones americanas han sido don José Vasconcelos, don Carlos Pereyra, don Raúl Carrancá y Trujillo, don Vicente Magdaleno y don Mauricio Magdaleno.

Desde cierto punto de vista, Vasconcelos y Pereyra defendieron una ideología con raigambre mediterránea, cuando juzgaron el fenómeno continental. Por eso resucitan la *“vieja pugna de latinidad contra sajonismo”*. Como vínculo entre esos pensadores y la generación que entra ya en el período de la madurez,



LA RESPONSABILIDAD HISTÓRICA DE AMÉRICA

tenemos a don Raúl Carrancá y Trujillo autor de un libro que lleva por título *“Panorama Crítico de Nuestra América”*. Su mensaje americanista dirigido a la juventud, pleno de nobleza y digno de hermanarse en su hondo contenido moral, con el de don José Enrique Rodó, está dirigido a la América que habita al sur del Bravo y sólo de ella se ocupa. Sin odios para los Estados Unidos no analiza sin embargo la gran realidad nórdica.

Pero el estudio de lo anglosajón, se impone como uno de nuestros deberes fundamentales. Don Mauricio Magdaleno nos mostró el espléndido escenario de una América íntegra, cuando escribió su obra *“Fulgor de Martí”*.

Un hermano menor de ese notable escritor, don Vicente Magdaleno, no ha mucho tiempo escribió un libro que lleva por título *“Perspectivas del Nuevo Mundo”*. En él, por primera vez en México se aborda el estudio de lo hispanoamericano y lo anglosajón, mirándolo desde el plano de la más serena crítica. Sin odios raciales, Magdaleno planteó la enorme responsabilidad de las dos Américas. No diré que en el referido ensayo se encierre una doctrina absolutamente nueva en la historia de las ideas americanas, pero sí que su obra constituye una especie de vértice en donde desembocan los grandes pensamientos que han agitado a nuestro continente.

Walt Whiman, Thoreau, Santayana, Emerson, Martí, Vasconcelos, Pereyra, Rubén Darío, son analizados por Vicente Magdaleno con un rigorismo crítico indiscutible.

De toda la experiencia ideológica acumulada en una centuria, Magdaleno produce una concepción que lo hace pensar en la necesidad de buscar la armonía entre el mundo sajón y el iberoamericano. Su tesis podría ser rebatida con argumentos del pasado, pero ningún pueblo vive para lo pretérito, sino para lo porvenir. Y es el futuro el que dará el fallo definitivo, a esta ideología defendida virilmente por su autor.



LA RESPONSABILIDAD HISTÓRICA DE AMÉRICA

Los mejores espíritus de América como Walt Whitman, Martí y Rubén Darío, han propugnado por que se llegue a una comprensión cabal que sepa armonizar la psicología anglosajona con la hispanoamericana. Ojalá que el destino haga posible que por encima de diferencias raciales y de mezquindades políticas, se imponga la amistad internacional.

Todo esto no quiere decir que debemos ser entreguistas o que nos sea permitido el servilismo frente a los Estados Unidos. Cada vez que el peligro nórdico amenace la seguridad iberoamericana, debe servirnos de ejemplo el gallardo quijotismo de Pereyra. Pero no olvidemos nunca que no entenderemos a los angloamericanos, si los miramos a través del prisma del resentimiento.

Pereyra es un historiador muy discutido, pero es indiscutible. Bien difícil resulta encontrar en el mundo hombres honrados, de esos que son capaces de vivir por una idea y de luchar por un ideal con el más noble desinterés. Frente a Pereyra sentimos el respeto que inspira siempre un buscador de lo verídico. Con una de las más patéticas angustias, don Carlos sondeaba en ese mar sin playas, de las investigaciones históricas, en busca de la verdad. Muchas veces la supo capturar, en otras ocasiones se le escapó de entre las manos.

La historia de América removida por Pereyra, con un afán revisionista, estaba envuelta en tal atmósfera de prejuicios, que no pocas veces el noble caballero sufrió errores de colosal magnitud. No juzguemos con criterio de curas y barberos al insigne americanista. Si no tenemos dimensiones quijotescas para sentir la grandeza de nuestra América, que al menos nos sea dable capturar lo que tiene de heróico el Sancho Panza de que nos habla Unamuno.

Pereyra se encerró durante un cuarto de siglo entre las paredes de las bibliotecas y los archivos españoles, hubiera necesitado vivir a pleno aire y sol, los mejores años de su vida bajo los cielos americanos. Su libro "*Humboldt en América*", escrito en uno de los momentos más intensos y radiantes de su vida de



L A R E S P O N S A B I L I D A D H I S T O R I C A D E A M E R I C A

Afortunadamente o fatalmente, la América inglesa y la española, viven dentro de un marco del cual no pueden salir. La civilización moderna las obliga, quiéranlo o no, a mantener entre sí relaciones.

historiador, nos llevan a pensar que sentía la nostalgia de su adorada América. Su larga estancia en Europa lejos de disminuir su fervor americano, lo acrecentó considerablemente. Pero viendo a la distancia los problemas del Nuevo Mundo, no podía tener la visión directa de muchos hechos contemporáneos. Lo ideal habría sido que viviera alternando sus estancias en Europa con permanencias en América. Sin embargo, qué bien decía don Carlos, que *“para nosotros es muy fácil ver en un libro, dónde comienza y dónde acaba una época, y saber cuál fue la misión histórica de un grande hombre”*. Y así, nos ponemos tantas veces a hablar de lo que pudo o no pudo hacer un personaje histórico.

Si yo he podido tratar con acierto de este gran americano, habré logrado mi más íntima satisfacción, pero si lo he falseado, que este Caballero Andante perdone mis involuntarias irreverencias.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



Apéndice



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



Muerte y Honores.

Murió sencillamente, sin comedia alguna, sin reunir gente en torno de su lecho ni hacer espectáculo de la muerte, como se mueren los verdaderos santos y los verdaderos héroes: Acostandose a morir.

Miguel de Unamuno.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



MUERTE Y HONORES

He seguido el desenvolvimiento de un drama que tiene como protagonista a un pensador angustiado, frente a la imposura que ve delante de sus ojos. Los madrileños durante 25 años tuvieron a don Carlos Pereyra en medio de ellos. Día a día fueron testigos presenciales de aquella actividad incansable, aquel desinterés y aquella probidad subordinadas a un anhelo de reivindicación de la grandeza de lo ibero. Sí, de lo ibero, pero en su más amplia acepción que comprende lo peninsular y lo americano, su mundo portugués y su mundo español.

Mientras algunos protestaban con los actos, él protestó con la elocuencia contra aquella atrofia sistemática, que estuvo a punto de sufrir nuestra raza. Si lo español se salvó en los dos mundos, fué gracias a sus caudillos iberos e hispanoamericanos, que no perdonaron sacrificios, con tal de cumplir con el imperativo de su conciencia.

Los madrileños, que quisieron tanto a nuestro Pereyra, pudieron darse cuenta de cómo se despide del mundo un Quijote del siglo XX. Quienes vieron a don Carlos en los últimos días de su existencia, son los que tienen más derecho para evocar estos recuerdos. En el noble libro de don Angel Dotor, se cita un luminoso artículo de la *Revista de Indias*, que a mi vez transcribo:

“En efecto, el viernes 8 de mayo abandonó don Carlos su mesa de trabajo en el Instituto, para entrar en un lecho, que



no había de abandonar con vida. Su destino de investigador, de hombre de gabinete y de estudio, se cumplió íntegramente. Abierto quedó sobre su mesa el grueso infolio de las Cartas de Indias, y abierto por la misma página, como si sus ojos hubieran aún de pasarse en ella, permaneció hasta después de su muerte. A un lado apilábanse los copiosos tomos de Fernández de Oviedo, y libros y revistas llenaban los cajones de su mesa de trabajo.

Con ademán cansado, y como excusándose de abandonar fuera de hora el despacho, anunció aquel día su salida, y rehusó insistente, como siempre, la ayuda que se le ofreció para ponerse el abrigo. El postrer gesto de aquella viril entereza, que le hizo renunciar a tanta y tantas cosas gratas en la vida, quedó en éste que encerraba, no el orgullo de valerse por sí mismo, sino la gentileza de evitar molestias por su causa.

En el tranvía, camino de su hogar, situado en la Ciudad Jardín, tuvo ya un desmayo, y manos amigas hubieron de conducirlo al lado de su admirable y admirada esposa, María Enriqueta, compendio de virtudes, comprensión, voluntad y talento.

Vanos fueron los esfuerzos de la Ciencia, y ésta hallábase representada, ciertamente, por lo mejor que España pudiera ofrecerle. Imposible resultaba cualquiera intervención quirúrgica en el tumor que le consumía, y hubo de aguardarse con paciente pena el fin de aquella vida extraordinariamente fecunda.

Por indicación de los médicos, hubo de abandonar don Carlos el calor hogareño de su Villa de las Acacias, a la que tanto amaba, para buscar las atenciones de un sanatorio —siempre acompañado de María Enriqueta—. Y allí, en ese sanatorio llamado de San José, fué donde tocó a don Carlos entregar su alma a Dios el 30 del mes de junio de 1942. Si en estos últimos días guardaba don Carlos alguna ilusión, era la de convalecer bajo la sombra de aquel alero familiar, respirando el fres-



cor de los exuberantes laureles que, sembrados por su mano, alegraban el jardín.

Era aquella casa para don Carlos un verdadero encanto. De Méjico, y más aún, de Saltillo —su ciudad natal— trajo un vivo sentimiento de afección que se había traducido en dulce nostalgia, como de quien no ha de ver nuevamente aquel cielo, aquellos árboles y aquellas cosas. Pero en su Villa de las Acacias tenía a Méjico. Estaba en los millares de libros de su espléndida biblioteca, en las cartas de los amigos, en las páginas de los diarios amontonados en su despacho. Estaba en algunos recuerdos pequeños, sobre los cuales posaba a veces la mirada entre dolorida y complaciente. Y estaba Méjico, sobre todo, en María Enriqueta, abnegada y fiel, disminuyendo en todo momento su insigne personalidad de escritora, para merecer en la intimidad únicamente la recatada de esposa”.¹³⁸

Sepultado el gran historiador en el cementerio de San Isidro (Madrid), permaneció allí hasta el año de 1949, en que sus restos mortales fueron exhumados y traídos a su patria. Es María Enriqueta quien nos habla de cómo fué su retorno a México. Con su estilo lleno de sensibilidad emotiva, de matiz profundamente femenino y lleno de sencillez evoca estos recuerdos:

“Estoy de nuevo en México”.

¿A quién debo todo esto? Al Excmo. Sr. don Miguel Alemán, el hidalgo Presidente de la República Mexicana. Por él me encuentro aquí.

A veces, me parece que todo esto no es verdad, sino que estoy soñando. Pero no, lo repito; verdad y sólo verdad.

¿Cómo se llevó a debido efecto mi viaje hacia acá?

De este modo:

¹³⁸ Angel Doctor, Carlos Pereyra y su Obra, pág. 192 y 193.



Estaba yo una mañana escribiendo ante mi mesa, allá en Madrid, cuando se me avisó:

—Hay una persona que la espera a usted en la sala.

¿Quién es? —pregunté.

—No ha dicho su nombre —se me respondió.

Hice a un lado mis papeles, salí de prisa, entré en la sala, y allí encontré a un amable caballero que al punto me dijo:

—Soy Arturo Allsopp Vila, Canciller de la Embajada Mexicana en Lisboa y un atento servidor de usted. Le traigo un saludo cordial y expresivo del Presidente de nuestra Patria, don Miguel Alemán, y, además, una súplica que, por conducto de la Embajada y por el mío, él hace a usted también. ¿Qué es ello? Lo siguiente: que como México desea con ansia ver a usted de nuevo allí juntamente con los restos mortales de su distinguido esposo el gran historiador don Carlos Pereyra, él, don Miguel Alemán, erogará con profunda satisfacción los gastos que el viaje demande. Aquí estoy, pues, a las órdenes de usted para arreglar con todo interés cuanto se relacione con ese viaje de los dos esposos a su querida Patria Mexicana. Supongo —añadió—, que aceptará usted tan espontánea y afectuosa invitación, ¿no es verdad?

La s y la i de la sílaba Sí que me subió al instante del corazón a los labios, y que me bañó con mis lágrimas, fué la conmovida respuesta que di, en el acto al amable enviado del generoso Presidente.

—Sí, sí, —dijo de nuevo con voz emocionada: a mi Patria, a mi amadísima Patria, a la que hace casi treinta y siete años¹ que no veo. . . ¡Y que Dios bendiga al Sr. Alemán, que con su bondad suprema, nos conduce de nuevo a mi esposo y a mí, hac'a nuestra bendita tierra Mexicana!



Y diré también que, pocos días después, el Generalísimo Franco, al saber por los periódicos de Madrid, que yo me venía para acá juntamente con los restos mortales de mi amado esposo, me envió igualmente a uno de sus Secretarios para decirme de su parte que, al salir nosotros de Madrid, a mi esposo se le tributarían los “máximos honores que allí se tributan a un “Capitán General”, y a mí, “todos los que yo merecía”. Palabras bondadosas que agradecí profundamente.

Y se hizo así. Mandaron aunar un Wagon al ferrocarril que de Madrid debía llevarnos a Barcelona, el Puerto de mar donde embarcaríamos. Colocaron en ese Wagon un túmulo; y personas de altas jerarquías condujeron la caja mortuoria de mi esposo, la depositaron sobre el majestuoso túmulo, y la ataron después con la bandera Mexicana y con la bandera Española... Mientras tanto, allí en la estación una banda de música tocaba impresionantes marchas fúnebres. Después, el Ministro de Relaciones, don Martín Artajo, puso sobre la caja de mi esposo la hermosa Condecoración de “La Gran Cruz de Isabel la Católica”, pasando en seguida a prender en mi pecho dos Condecoraciones: la del “Lazo también de Isabel la Católica”, y la de “Alfonso X el Sabio, Rey de Castilla”.

Concluido todo esto, que fué para mí profundamente emocionante, la máquina del tren comenzó a lanzar agudos gritos, anunciando ya su partida. Todas las personas que integraban tan distinguida Comisión, besaron mi mano con respetuoso acatamiento, se despidieron amablemente y bajaron del tren. El Ayuntamiento de Madrid, que estaba también en la estación, así como otras muchas personas que fueron igualmente a despedirse de nosotros, prorrumpieron en “¡Vivas!” entusiastas, en aplausos y en “Adioses” conmovidos gritos todos emocionantes, que la distancia fué debilitando poco a poco, y a los que un misterioso silencio puso el fin.

Entonces yo, profundamente impresionada, me retiré de la ventanilla del tren juntamente con el Sr. Allsopp Vila y con



una bondadosa Srita, que por disposición también del Sr. Alemán, venía acompañándome en el camino; enjugué de nuevo mis lágrimas, y nos acomodamos los tres en el asiento, comenzando, en espíritu a hacer ese viaje.

Y diré que poco antes de que el Sr. Alemán llevara a efecto nuestro anhelado traslado a la Patria, en la ciudad de Saltillo, Coah., donde vió su primera luz mi esposo, se había ya constituido un “Comité Pro-Traslado Restos de Carlos Pereyra a Saltillo” bondadoso Comité que estaba ya tratando de nuestro regreso a la República, y al que yo puse al tanto con toda oportunidad, de las hidalgas disposiciones del Sr. Alemán.

Pero volvamos a hablar del viaje, de ese ansiado viaje que duró más de un mes y que parecía no tener término alguno, ya que, al llegar a Veracruz, un violento huracán impidió que el buque pudiese atracar, obligándole, por el contrario, a virar y a alejarse del Puerto, hasta llegar a un sitio donde el norte no era ya tan fuerte, y donde permanecemos casi tres días. Pasado ese tiempo, el buque viró nuevamente, emprendiendo su marcha hacia el Puerto. Y como si estuviéramos soñando, nos vimos por fin, ya en pie, sobre la bendita tierra Mexicana. Levanté los ojos para agradecer a Dios sus bondades, y después, cayendo de rodillas, besé con reverencia el suelo, y lo regué con mis lágrimas . . .

Y no me detengo a describir el recibimiento cariñoso que mis queridos compatriotas nos hicieron a mi amado esposo y a mí, tanto en Veracruz, como en la capital Mexicana, porque todos estos detalles ocuparían mucho espacio.

Ramos de flores, “¡Vivas!” . . . todo cayó sobre nosotros con profusión emocionante.

Los latidos de mi corazón eran para mi espíritu como toques de campanas . . .



En la estación de México, entre las muchas personas distinguidas que a mí se acercaron, estuvo el estimabilísimo Sr. Secretario de Educación Pública don Manuel Gual Vidal, quien, a nombre del Sr. Presidente de la República, fué a darme la bienvenida con un abrazo cariñoso que reconfortó mi espíritu.

Y así, acompañada de continuo, llegué a la casa de los estimables esposos Rouquaud, de donde salí varias horas después para llevar los restos mortales de mi amado esposo a la ciudad de Saltillo, en la que fueron recibidos con grandes honores, y en la que se les enterró en la “Rotonda de los Hombres Ilustres del Panteón de Santiago”.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



Bibliografía



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



B I B L I O G R A F I A

OBRAS DE DON CARLOS PEREYRA:

- Antología.—México.—1944.
Breve Historia de América.—Madrid.—1930.—Primera edición.
Breve Historia de América.—Madrid.—1941.—Segunda edición.
Bolívar y Whashington.—Un Paralelo Imposible.—Madrid.—1916.
De Barradas a Baudin.—México.—1904.
España está Despierta.—1946. *
Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay.—Madrid.—1919.
Francisco Pizarro y el Tesoro de Atahualpa.—Madrid.
Juárez Discutido.—México.—1904.
Hernán Cortés.—Edición Aguilar.
Hernán Cortés.—Edición Espasa Calpe.—1941.
Historia de la América Española.—Madrid.—Editorial Saturnino Calleja.—8 tomos.
Historia de Coahuila. * * (Fragmentos).
Historia del Pueblo Mexicano.—Dos tomos.
La Conquista de las Rutas Océánicas.—Edición Aguilar.—Madrid.
La Conquista de las Rutas Océánicas.—Edición Biblioteca Histórica.
La Constitución de los Estados Unidos.—Madrid.
La Doctrina de Monroe.—México.—1908.
La Juventud Legendaria de Bolívar.—Madrid.—1932.
La Obra de España en América.—Madrid.—Sin fecha.
La Tercera Internacional.—Madrid.
Las Huellas de los Conquistadores.—Madrid.—1942.
El Crimen de Woodrow Wilson.—Madrid.—1917.
El Fetiche Constitucional Americano.—Madrid.—1942.
El General Sucre.—Madrid.
El Pensamiento Político de Alberdi.—Madrid.
El Mito de Monroe.—Madrid.—1921.

* La mayor parte de esta obra fué escrita por PEREYRA.



- * * Obra inédita, transcripción de una copia del original en mi poder
Lecturas Históricas.—México.
México Falsificado.—Editorial Polis.—México.—1949.—Dos tomos.
Patria.—México.—1920.
Quimeras y Verdades de la Historia.—Madrid.—1945.
Rosas y Thiers.—Madrid.—1919.
Texas.—Madrid.

OBRAS TRADUCIDAS O ANOTADAS POR DON

CARLOS PEREYRA:

- Oliveira Lima M.** Formación Histórica de la Nacionalidad Brasileña.—Biblioteca de Ayacucho.—Editorial Améri-
ca.—Madrid.—Traducción y notas de Carlos Pereyra.
Díaz del Castillo Bernal.—Historia Verdadera de la Con-
quista de la Nueva España.—Prologada por Carlos Pe-
reyra.—Editorial Espasa Calpe.—Madrid.—1933.
Díaz del Castillo Bernal.—Descubrimiento y Conquista de
México.—Narración íntegra de esta epopeya, formada
con los más brillantes capítulos del príncipe de los cro-
nistas.—Biblioteca Histórica Ibero-Americana dirigida
por Carlos Pereyra.
Salado Alvarez Victoriano.—La Vida Azarosa y Románti-
ca de Carlos María de Bustamante.—Bilbao.—1933.—
Prólogo de Carlos Pereyra.
O' Leary Juan E.—El Centauro de Ybycui.—Prologada por
Pereyra.

B I B L I O G R A F I A

G E N E R A L

- Antología del Centenario.**—Obra compilada bajo la direc-
ción de Justo Sierra; estudio documentado de la litera-
tura mexicana durante el primer siglo de Independencia.—Tomo II.
Alessio Robles Vito:
Acapulco en la Historia y en la Leyenda.—México.—1932.
Bosquejos Históricos.—México.—1938.



- Coahuila y Texas.—Desde la consumación de la Independencia hasta el tratado de paz de Guadalupe.—Dos tomos.—México.—1945.
- Coahuila y Texas en la Epoca Colonial.—México.—1938.
- Desfile Sangriento.—México.—1936.
- Heráldica Coahuilense.—México.—1943.
- Francisco de Urdiñola y el Norte de la Nueva España.—México.—1945.
- Mis Andanzas con nuestro Ulises.—México.—1938.
- Monterrey en la Historia y la Leyenda.—México.—1938.
- Saltillo en la Historia y la Leyenda.—México.—1934.
- Alamán Lucas.**—**Obras Completas.**—Editorial Jus.—México.—Trece volúmenes.
- Alberdi Juan Bautista.**—Bases y puntos de partido para la organización política de la República Argentina.—1914.
- Arnáiz y Freg Arturo.**—Semblanzas e Ideario.—(Páginas de la obra de don Lucas Alamán, escogidas y prologadas por Arturo Arnáiz y Freg. Tomo VIII de la colección del estudiante universitario.—México.—1939.
- Bancroft Huberto Howe.**—Vida de Porfirio Díaz.—San Francisco, California.—1887.
- Banegas Galván Francisco.**—Historia de México.—1940.—México.—Tres tomos.
- Bataillon Marcel.**—Erasmo y España.—México.—1950.—Dos tomos.
- Becerra Ricardo.**—Vida de don Francisco de Miranda.—Madrid.—Dos tomos.
- Berthe R.P.A.**—García Moreno.—París.—1892.
- Blasco Ibáñez Vicente.**—Argentina y sus Grandezas.—Madrid.
- Bocanegra José María.**—Historia de México Independiente.—México.—1892.—Dos tomos.
- Bolívar Simón.**—Epistolario.—Cartas de 1823 a 1825.—Notas de Rufino Blanco Fombona.—Madrid.—1921.—“Editorial América”.
- Boiton Herbert E.**—La Epopeya de la Máxima América. Versión del inglés por Carmen Alessio Robles.—México.—1937.
- Bravo Ugarte José.**—Historia de México.—Tres volúmenes.
- Bulnes Francisco:**
- Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma.—1905.
- El Verdadero Juárez.—México.—1904.



- El Porvenir de las naciones Hispano Americanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos.—México.—1899.
- El Verdadero Díaz y la Revolución.—México.
- La Guerra de Independencia.—México.—1910.
- Las Grandes Mentiras de Nuestra Historia.—México.—1904.
- Camoens Luis de.—Los Lusíadas.—Edición de Montaner y Simón.—Barcelona.—1913.
- Carta de Américo Vespucio de las Islas nuevamente descubiertas en cuatro de sus viajes.—Imprenta Universitaria.—México.—1941.
- Cartas de Relación de la Conquista de América.—Tomo I.—Editorial Nueva España.—México.
- Caso Antonio.—El concepto de la Historia Universal y la Filosofía de los Valores.—México.
- Calles Elías Piutarco.—El esfuerzo educativo en México.—México.—Sin fecha.—Dos volúmenes.
- Cervantes Federico.—Felipe Angeles y la Revolución de 1913.—México.—1944.
- Cervantes de Salazar Francisco.—Crónica de Nueva España.—Tres Volúmenes.—Tomo I, publicado en España en 1914.—II y III publicados en México en 1936.
- Clavijero Francisco Javier.—Historia Antigua de México.—1917.—México.
- Conte Corti Egon Caesar.—Maximiliano y Carlota.—México.—1944.
- Cortés ante la juventud.—Publicado por la Sociedad de Estudios cortesianos.—México.—1949.
- Elguero Francisco.—Vanguardia.—México.—1928.
- Echanove Trujillo Carlos A.—Vida pasional e inquieta de don Crescencio Rejón.—México.—1941.
- Encina Juan de la.—Historia de la Pintura de Occidente.—Tomos I y II.
- Fernández Montaña José.—Más luz de verdad histórica sobre Felipe II el Prudente y su reinado.—1892.
- Ferrer Gabriel.—El Maestro Justo Sierra.—México.—1944.
- Ferrara Orestes.—Un pleito Sucesorio.—Ediciones “La Nave”.—Madrid.



- Fernández José Diego.**—México, experimental y político.—México.—1919.
- Ferry Gabriel.**—Escenas de la Vida Militar en México.—1919.
- Frías y Soto Hilarión.**—Juárez Glorificado y la Intervención y el Imperio ante la Verdad Histórica.—México.—1905.
- Filisola Vicente.**—Memorias para la Historia de la Guerra de Texas.—México.—1952.
- Gaos José.**—Pensamiento de la Lengua Española.—México.—1945.
- García Genaro.**—Juárez, (Refutación a D. Francisco Bulnes).—México.—1904.
- García Genaro.**—Carácter de la Conquista en América y en México.—México.—1901.
- García Granados Ricardo.**—Historia de México desde la Restauración de la República en 1867, hasta la caída de Porfirio Díaz.
- Garcilaso de la Vega Inca.**—Comentarios Reales.—Buenos Aires.—Emecé Editores.—1943.
- Geografía Económica.**—Por Clarence Fieldden Jones y Gordon Gerald Darkenwald.—México.—1944.
- Correspondencia de Juárez y de Montluc.**—México.—1905.—Edición de Angel Pola.
- Cuevas Mariano.**—Historia de la Nación Mexicana.—1940—México.
- Darío Rubén.**—Obras Poéticas Completas.—Madrid.—1941.—Edición Aguilar.
- Díaz Porfirio.**—Memorias.—Notas de Guillermo Vigil y Robles.—Acotaciones críticas de Francisco Bulnes. México.—1922.
- Diario del Presidente Polk.**—Tradurido y anotado por Luis Cabrera.—México.—1948.
- Diccionario de Geografía Antigua y Moderna.**—Hecho por D. L. Campana.—París.—1869.
- Dotor Angel:**
María Enriqueta y su Obra.—1943.—Madrid.
Carlos Pereyra y su Obra.—Madrid.—1948.
- Diccionario de Geografía, Historia, Bibliografía Mexicanas.**—Alberto Leduc y Dr. Luis Lara Pardo.—México.—París.—1910.
- El Movimiento Educativo en México.**



- Talleres Gráficos.—1922.
- Emerson Ralph Waldo.**—Antología.—México.—Publicidad por la Secretaría de Educación Pública.—México.—1943.
- Esquivel Obregón Toribio.**—México y los Estados Unidos ante el Derecho Internacional.—México.—1926.
- Esquivel Obregón Toribio.**—Apuntes para la Historia del Derecho en México.—México.—Volúmenes I, II y III.
- Gooch G. P.**—Historia e Historiadores en el siglo XIX.—Publicado por el Fondo de Cultura Económica.—México.
- García Granados Rafael.**—Filiis y Fobias, (Opúsculos Históricas).—México.—1937.
- Gómez Farías y la Reforma Educativa en 1933.**—Secretaría de Educación Pública.—México.
- González Obregón Luis.**—México Viejo, México.—1900.
- Güialdes Ricardo.**—Don Segundo Sombra.—Buenos Aires.—1943.
- Guzmán Martín Luis:**
- El Aguila y la Serpiente.—México.—1940. Mina el Mozo, (Héroe de Navarra).—Madrid.—1932.
- Hamilton, Jay, Madison.**—El Federalista.—Publicado por el Fondo de Cultura Económica.—México.
- Histoire Générale des Peuples.**—Publiée sous la direction de Maxime Petit.
- Historia de América y de los Pueblos Americanos.**—Génesis del Descubrimiento.—Por Antonio Ballesteros Berretta.—Los Portugueses; por Jaime Cortesao.—Tomo III de la “Historia de América”.—Madrid.—1947.
- Historia de América.**—Publicada bajo la dirección de Ricardo Lavene.—Editorial Jackson.—13 tomos.
- Historia Universal.**—Dirigida por Walter Goetz.—Tomos IV y V. Editorial Espasa-Calpe.
- Homenaje a D. Valentín Gómez Farías.**—México.—1933.
- Hostos Eugenio M. de.**—Obras Completas.—Habana Cuba.—1936.—Trece volúmenes.
- Antología.—México.—1944.—Prólogo y selección de don Pedro de Alba.
- Humboldt Alejandro:**
- Cosmos.—Editorial Glem.—Buenos Aires.—1944.
- Crosthóbal Colón y el Descubrimiento de América.—Madrid.—1892.—Tomo II.



Ensayo político sobre el Reino de Nueva España.—Introducción bibliográfica y notas de D. Vito Alessio Robles. Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente.—París.—1826.

Icazbalceta García Joaquín.—Biografía de Fr. Juan de Zumárraga.—Madrid.—1929.

Iglesias Calderón Fernando:

El Egoísmo Norte-Americano durante la Intervención Francesa.—México.—1905.

Las Supuestas Traiciones de Juárez.—México.—1907.

Tres Campañas Nacionales y una Crítica Falaz.—México.—1906.

Juárez Benito.—Exposiciones.—Cómo se gobierna.—Biografía por Anastacio Zerecero.—Notas de Angel Pola.—1902.—México.

Juárez Benito.—Miscelánea.—Recopilación de Angel Pola.—México.—1906.

Jus.—Revista de Derecho y Ciencias Sociales.—Número 61.—México.—Agosto de 1943.

Klabund.—Historia de la Literatura.—Editorial Labor.—1937.

Lafora Nicolás de.—Relación que hizo de los Presidios Internos situados en la Frontera de la América Septentrional.—Notas y aclaraciones de don Vito Alessio Robles.—México.—1939.

La Universidad Nacional.—Libro conmemorativo de su fundación.—México.—1910.

Landa Diego de.—Relación de las Cosas de Yucatán.—Introducción y Notas por Héctor Pérez Martínez.—Séptima edición.—México.—1938.

Lerdo de Tejada Miguel.—Apuntes Históricos de la Heroica Ciudad de Veracruz.—México.—1857.—Dos tomos.

López Portillo y Rojas José:

La Parcela.—Prólogo de Castro Leal.—México.—1945.

Elevación y Caída de Porfirio Díaz.—1921.

Larrazábal Felipe.—Vida de Simón Bolívar.—Prólogo de Rufino Blanco Fombona.—Editorial América.—Madrid.—Dos tomos.

Maeztu Ramiro de.—Defensa de la Hispanidad.—Editorial Poblet.—Buenos Aires.—1945.

Madero I. Francisco.—La sucesión Presidencial en 1910.—San Pedro, Coahuila.—1908.



- Martí José.—Páginas Escogidas.—París.—1919.—Editorial “Gernier Hnos”.—Dos tomos.
- Mártir Pedro de Anglería.—Décadas del Nuevo Mundo.—Buenos Aires.—1944.
- Magdaleno Mauricio:**
Vida y Poesía.—Santiago de Chile.—1936.
Fulgor de Martí.
- Magdaleno Vicente.—Perspectivas del Nuevo Mundo.—México.—1946.
- Melchor Alvarez.—Historia Documentada de la Vida Pública del General José Justo Alvarez.—México.—1905.
- Memorias de Sebastián Lerdo de Tejada.—Tipografía de “El Mundo”.—Laredo, Texas.
- México su Evolución Social.—Director literario Justo Sierra.—Editorial Ballescá.—México.—1900-1901.—Tres tomos.
- México a Través de los Siglos.—Obra dirigida por Vicente Riva Palacio.—México.—Tomos I y II.
- Mendieta Gerónimo.—Historia Eclesiástica Indiana.—1945.—México.—Cuatro volúmenes.
- Menéndez y Pelayo Marcelino:**
Historia de las Ideas Estéticas en España.—Buenos Aires.—Buenos Aires.—1943.
Editorial “Glem”.—Tres volúmenes.
Historia de los Heterodoxos Españoles.—Buenos Aires.—Editorial Emecé.—8 volúmenes.
- Mitre Bartolomé.—San Martín.—Compendio.—Buenos Aires.—1943.—Editorial Espasa Calpe.
- Ñier Fray Servando Teresa de:
Historia de la Revolución de Nueva España.—México.—1922.—Dos volúmenes.
- Monumentos Arqueológicos de México.—Publicado por la Secretaría de Educación Pública.—México.—1933.
- Mora Luis José María:
Obras Sueltas.—París.—1837.—Dos Volúmenes.
México y sus Revoluciones.—París.—1856.—Tres volúmenes.
- Montalvo Juan:**
Siete Tratados.—París.—Sin fecha.—Editorial Garnier Hnos.—Dos tomos.
Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.—Editorial Montaner y Simón.—Barcelona.—1898.



- Mota y Escobar Alonso de la.**—Descripción Geográfica de los Reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León.—1940.—México.
- Morfi Juan Agustín.**—Viaje de Indios y Diario de Nuevo México.—Introducción Bibliográfica y notas de Vito Alessio Robles.—México.—1935.
- Muñoz Rafael F.**—Santana Anna.—México.—1937.
- Melchor Ocampo.**—Obras Completas.—Prólogo de Félix Romero.—Notas de Angel Pola.—Tomos I y III.—1900.—México.
- O’Gorman Edmundo.**—La Conciencia Histórica en la Edad Media.—México.—1942.
- O’Leary F. Danie.**—Ultimos años de la vida pública de Bolívar.—Tomo Apéndice.—Madrid.—Prologado por Rufino Blanco-Fombona.—Editorial América.
- Orozco y Berra Manuel:**
Historia Antigua y de la Conquista de México.—1880.
Historia de la Geografía en México.—México.—1881.
- Ortiz Tadeo.**—México considerado como Nación independiente y libre, o sean algunas indicaciones sobre los deberes esenciales de los mexicanos.—Burdeos.—1832.
- Ortega y Gasset José.**—Meditaciones del Quijote.—Editorial Espasa Calpe.—1942.
- Ozanam Federico.**—Los orígenes de la civilización Cristiana.—México.—1946.
- Páez José Antonio.**—Memorias.—Apreciación de Páez por José Martí.—Madrid.—Editorial América.
- Palencia Ceferino.**—España vista por los Españoles.—México.
- Paula de Arrangoiz Francisco de.**—México desde 1808, hasta 1867.—Madrid.—1871.
- Pampolini Santiago.**—Historia Universal de la Literatura.—Director José Pijoan.—Buenos Aires.—Tomo XII.—1941.
- Pijoan José.**—Historia del Mundo.—Tomo II.—Barcelona.—1928.
- Pimentel Francisco.**—Obras Completas.—México.—1903.
- Pérez Verdía Luis:**
Compendio de la Historia de México.—Segunda Edición.—1892.
Compendio de la Historia de México.—Quinta Edición.—1911.



Historia Particular del Estado de Jalisco.—Guadalajara — 1910.—Tres volúmenes.

Prescott Guillermo H:

Historia del Reinado de los Reyes Católicos don Fernando y Doña Isabel.—Madrid.—1855.

Historia de la Conquista de México.—Dos volúmenes.—Ediciones Imán.—Buenos Aires.

Prida Ramón.—De la Dictadura a la Anarquía.—El Paso, Texas.—1914.—Dos tomos.

Guillermo Prieto:

Viaje a los Estados Unidos.—México.—1878.

Memorias de mis Tiempos.—México.—1906.—Dos tomos.

Historia Patria.—México.—1891.

Primer Centenario de la Constitución de 1824.—Obra conmemorativa publicada por la Cámara de Senadores de México. Dirigida por Pedro de Alba Nicolás Rangel.—México.—1924.

Quezada Ernesto.—La Epoca de Rosas.—1898. Buenos Aires.

Quevedo y Zubieta.—Porfirio Díaz.—1906.—México.

Rabasa Emilio:

La Constitución y la Dictadura.—México.—1912.

La Evolución Histórica de México.—México-París.—1921.

Ramos Arizpe Miguel.—Memorias, Discursos e Informes.—Nota biográfica y bibliográfica y acotaciones de Vito Alessio Robles.

Ranke Leopold Von:

Historia de los Papas, publicada por el Fondo de Cultura Económica.—México.—1943.

Pueblos y Estados en la Historia Moderna.—Publicado por el Fondo de Cultura Económica.—México.—1948.

Renan Ernesto.—Novísima Historia Universal.—Tomo II. Orígenes del Cristianismo.—Madrid.—1909.

Restrepo Manuel.—Historia de Colombia.—Bogotá.—1825.

Reyes Bernardo.—El Gral. Porfirio Díaz.—México.—1903.

Rivera Agustín.—Principios Críticos sobre el Virreinato de la Nueva España y sobre la Revolución de Independencia.—Lagos, Jal., México.—1922.—Tomo I.

Rodó José Enrique:

Ariel.—México.—1942.

Hombres de América.—Barcelona.—Editorial Cervantes.—1924.—Segunda edición.



- Roa Bárcena José María.**—Recuerdos de la Invasión Norte-Americana. (1846-1848). México.—1883.
- Roosevelt Teodoro.**—La Guerra Mundial, Norte América y la Situación Mexicana.—Barcelona.—1915.
- Ramírez José Fernando.**—Opúsculos Históricas. México.—1898.
- Ríos Fernando Enrique.**—Fray Margil de Jesús.—México. 1941.
- Sánchez Luis Alberto.**—Breve Historia de América.—México.—1944.
- Salado Alvarez Victoriano:**
- De Santa Anna a la Reforma.—Edición Ballescá.—México.—1913.—Tres volúmenes.
- La Intervención y el Imperio.—Edición Ballescá.—México.—1904.—Cuatro volúmenes.
- Sarmiento F. Domingo.**—Facundo.—Barcelona.—1933.
- Sierra Justo:**
- Epistolario.—México.—1949.
- Elementos de Historia General.—México.—1919.
- Ensayos y Textos Elementales, de Historia.—1948.
- Evolución Política del Pueblo Mexicano.—México.—1940.
- Historia Patria.—México.—1922.
- Juárez su Obra y su Tiempo.—Edición Ballescá.—1905-1906.
- Juárez su Obra y su Tiempo.—Segunda Edición, con prólogo de Agustín Yáñez y notas de Arturo Arnáiz y Freg. 1948.
- Discursos.—México.—1948.
- La Educación Nacional.—México.—1948.
- Periodismo Político.—1948.
- Prosas.—Prólogo y Selección de Antonio Caso.—México.—1939.
- Schmieder Oscar.**—Geografía de América.—México.—1946.
- Seidel Canby Henry.**—Thoreau.—Buenos Aires.—1944.
- Solís Antonio de.**—Historia de la Conquista de México.—Buenos Aires.—Sin fecha.—Dos volúmenes.
- Spengler Oswald.**—La Decadencia de Occidente.—España.—1942.—Editorial “España Calpe”.—4 volúmenes.
- Taine Hippolyte.**—Los Orígenes de la France Contemporaine.—París.—Cuatro volúmenes.—1885.
- Tamarón y Romera! Pedro.**—Demostración del Vastísimo Obispado de la Nueva Vizcaya.—1937.—México.—Con



- introducción bibliográfica y acotaciones por Vito Alessio Robles.
- Tello Antonio.**—Libro Segundo de la Crónica Miscelánea.—Guadalajara.—1891.
- Tocqueville Alexis de:**
El Antiguo Régimen y la Revolución.—Madrid.—1911.
La Democracia en América.—Madrid.—1911.
Tres Siglos de Arquitectura Colonial.—Publicado por la Secretaría de Educación Pública.—México.—1933.
- Troncoso Francisco del Paso.**—Las Guerras con las tribus Yaqui y Maya.—México.—1905.
- Valadés José C.:**
Breve Historia de la Guerra con los Estados Unidos. México.—1947.
Alamán.—México.—1938.
El Porfirismo.—Historia de un Régimen.—Tomos I y II.—México.—1941.
- Vasconcelos José;**
Apuntes para la Historia de México.—Editorial Filosófica.—México.—1943.
Bolivarismo y Monroísmo.—Tercera Edición.—Santiago de Chile.—1937.
Breve Historia de México.—México.—1937.
El Proconsulado.—México.—1939.
Estudios Indostánicos.—México.—1938.
Estética.—México.—1936.
Ética.—Madrid.—1932.
El Desastre.—México.—1938.
Hernán Cortés.—México.—1941.
Historia del Pensamiento Filosófico.—México.—1937.
Indología.—Barcelona.
La Raza Cósmica.—Barcelona.
La Revulsión de la Energía.—México.—1924.
La Sonata Mágica.—Madrid.—1933.
La Tormenta.—México.—1936.
Los Últimos Cincuenta Años.—México.—1924.
Lógica Orgánica.—México.—1945.
Pesimismo Alegre.—Madrid.—1931.
Pitágoras.—México.—1921.
Páginas Escogidas.—México.—1940.



- ¿Qué es el Comunismo?.—México.—1936.
¿Qué es la Revolución?.—México.—1937.
Manual de Filosofía.—México.—1940.
Tratado de Metafísica.—México.—1929.
Prometeo Vencedor.—Madrid.
Ulises Criollo.—México.—1937.
Simón Bolívar.—México.—1939.
Viajes y Descubrimientos Españoles en el Pacífico.—De la Colección de Viajes publicada por don Martín Fernández de Navarrete.—Tomo I.—Madrid.—1919.
Zarco Francisco.—Historia del Congreso Constituyente de 1857.—México.—1916.
Zavala Lorenzo de.:
Viaje a los Estados Unidos de Norteamérica.—París.—1834.
Ensayo Histórico de las Revoluciones de México.—México.—1918.
Zavala Silvio A.—La Encomienda Indiana.—Madrid.—1935.
Zelaya José Santos.—La Revolución de Nicaragua y los Estados Unidos.—Madrid.—1910.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS